

rara avis



No, mamá, no
Verity Bargate



ALBA

Verity Bargate



No, mamá, no

Traducción
Mireia Bofill

rara avis
ALBA



Nota al texto



No, mamá, no se publicó por primera vez en 1978 (Jonathan Cape, Londres).

Para Barrie con amor

I



Lo que más me impresionó cuando me dieron a mi segundo hijo y lo cogí en brazos fue la total ausencia de sentimientos. Ni amor. Ni cólera. Nada.

Contemplé las hinchadas facciones amoratadas, las manos achatadas, el escroto que le colgaba casi hasta los tobillos, y sentí tan poco placer y afecto como si hubieran envuelto por equivocación la placenta en una manta y me la hubieran puesto entre los brazos. La verdad, al principio pensé que eso era lo que habían hecho.

Luego nunca pude saber con certeza si se lo había devuelto bruscamente pasándoselo por encima de mis piernas al doctor que me estaba cosiendo o si lo había imaginado. El caso es que se lo llevaron. Una enfermera se acercó entonces a lavarme. Primero el pubis, luego la cara, con el mismo paño, que apenas enjuagó entre una y otra operación. Después el té. Tibio y derramado sobre el plato. Me desagradó el té. No me permitieron fumar un cigarrillo... «Aquí dentro hay oxígeno, madre.»

Mi marido, David, testigo indiferente de estas humillaciones, seguía llorando porque el niño no había sido una niña. Alegué cansancio y le sugerí que se marchara, cosa que hizo con fingida reticencia. Tanto disimulo, ya tan pronto.

De vuelta en la habitación, encendí por fin un cigarrillo. Tenía el sabor dulzón que tienen a veces después de hacer el amor. Cerré los ojos e intenté imaginar un cuadrado negro sobre un cielo negro, cualquier cosa con tal de apartar el recuerdo de esa berenjena más bien pasada que me habían arrojado a los brazos en nombre de la maternidad. Creo que me adormecí, pues de pronto oí: «Despierte, madre, el niño tiene sed», y lo conectaron a mi pecho dócil con una precipitación que parecía innecesaria. Tardó una eternidad, agitando el hocico como un cerdo hozando en busca de trufas. Sentí asco y no me avergoncé, aunque cogí un libro para intentar distraer mis pensamientos de los jadeos y tirones y movimientos de succión en curso. Regresó la enfermera y me quitó el libro con un enérgico «Vamos, madre, no puede hacer dos cosas a la vez». Sí puedo, grité mudamente; tendré que hacerlas los

próximos meses.

Más tarde, a la hora de visita, volvió David con los ojos todavía un poco llorosos. Le envidié el lujo de sentir algo, aunque sospeché que su sufrimiento respondía sobre todo a que habíamos leído en alguna parte que si se hace mucho el amor hay más probabilidades de tener una niña; cuanto más se folla, más débil es la eyaculación, y las hembras, más fuertes que los machos, tienen mayores posibilidades de llegar primero hasta el óvulo y fecundarlo. En otras palabras, su pena parecía tener un fundamento bastante machista. Creo que fue entonces cuando nuestra incapacidad de comunicarnos se hizo irreversible. Nuestro dolor era tan distinto, los motivos tan divergentes; el mío todavía no articulado, el suyo ya casi superado.

Transcurrieron algunos días. No sé muy bien cómo, pero pasaron. Mientras estaba despierta leía todo el tiempo –cualquier cosa con tal de no pensar– y pasaba muchos ratos sentada en la bañera. Eran los únicos momentos en que no me parecía estar sentada sobre una alambrada de púas. Pero por fin me quitaron los puntos y ya casi había llegado el momento de volver a casa.

Aparte de leer y de contemplar imaginarios cuadrados negros había un pensamiento que no lograba impedir por más que lo intentara. Mi madre le contó a una solterona amiga suya que parirme a mí había sido un viaje a las puertas del Infierno. La amiga, que había dejado de ser solterona, me comunicó la información en el funeral de mi madre mientras los demás comían sándwiches de pepino cortado en rodajas casi transparentes y bebían té en tazas de porcelana fina decorada con hojas de hiedra. Yo estaba en el dormitorio de mi madre y recorría con el dedo el polvo que cubría su espejo mientras me preguntaba cómo era posible que todas esas personas reunidas ahí abajo tuvieran tantas ganas de charlar, y entonces ella vino a buscarme. Por el tono en que me habló, se diría que me estaba transmitiendo mi legado. Y en cierto modo así era. Creo que fue la única persona que nombró a mi madre en todo aquel largo, caluroso día de agosto. Y el pensamiento que no lograba apartar de mi cabeza todos esos días en el hospital era que el parto en sí no había sido en absoluto un viaje a las puertas del Infierno; ese viaje solo empezaba ahora.

La mañana del día en que debíamos volver a casa, pedí hablar con la

enfermera o con un médico. La enfermera de guardia me dijo que estaban ocupados, pero yo salí del pabellón, que olía a éter y fenol, a flores muertas y leche agria, y entré en el despacho, que olía a sudor rancio y cigarrillos, a ceniceros sucios y suficiencia. Estaban tomando café.

Volvieron hacia mí sus caras escandalizadas al ver que había infringido las normas entrando en el sanctasanctorum sin tan siquiera llamar a la puerta. Empecé a balbucear que iban a mandarme a casa con un crío a quien no quería y que no podía hacerme responsable de mis actos y que vivía en un piso alto y que qué ocurriría si tiraba el crío por la ventana porque no lo quería, no lo quería, no lo quería.

La expresión de horror desapareció de sus caras; se encontraban nuevamente en terreno conocido. Oí cómo la enfermera le recordaba a la doctora quién era yo, una vez que la enfermera de guardia se lo hubo recordado a ella. La oí exclamar que esta madre era tan buena madre que había dado de mamar al niño e incluso se sacaba la leche sobrante para donarla a la unidad de prematuros y pensé que quizá las ascendían si superaban la media nacional y conseguían tener más de un determinado porcentaje de madres que amamantaban a sus hijos. Yo era un dato estadístico que podía serle útil en su carrera. Entonces grité que cada vez que le daba el pecho al niño me entraban ganas de vomitar; que me daba asco; que me sentía como una vaca o una máquina ordeñadora. La doctora me preguntó si era actriz o modelo y comprendí que pensaba que era una puta. Me dio palmaditas en el brazo, carraspeó y pronunció su veredicto. Dijo que no debía preocuparme porque yo sabía lo que sentía y con eso ya tenía ganada la mitad de la batalla y que aguardara unos instantes y todo se arreglaría porque iba a darme unas pastillas estupendas que me harían sentir mejor y que pensara que podría haber sido mucho peor si me hubiera ido a casa pensando que no ocurría nada. En otras palabras, que era una mujer afortunada.

David había llegado en medio de este insignificante incidente pero yo no me había dado cuenta. Cuando la doctora se alejaba taconeando en busca de mi ficha para recetarme los antidepresivos, le grité:

—Y al bebé le lagrimea el ojo, ¿podría recetarme también algo para él? Por favor.

Fue como si hubiera conjurado a la Santísima Trinidad; la doctora se detuvo en mitad de la escalera y se volvió a mirarme con expresión de total felicidad.

–¿Lo ve? –chilló–, ¿lo ve? Tiene que querer a su hija, si no, no se habría fijado en el ojo.

–No es una niña, no es una niña, es un niño. –Y me eché a llorar de verdad; empezaba a sentir algo y eso era justo lo que no quería que ocurriera.

Hasta ese momento no sabía con certeza por qué había irrumpido de ese modo en el despacho. Pensaba que quizá solo quería romper la indiferencia de esa gente, porque desde luego no se me habría ocurrido pedirles ayuda. Pero entonces comprendí que lo que quería era romper mi propia indiferencia, solo para averiguar si era posible, pero dejando a pesar de todo todas las opciones abiertas, para que, si me aventuraba demasiado, siempre me quedara la posibilidad de echarme atrás.

Y ahora ya era demasiado tarde, ahora sufría de verdad, pero también estaba furiosa porque esa mujer a quien tanto detestaba lo había desencadenado todo. Ella había llamado niña al niño y por su culpa yo ya no podía continuar fingiendo que los bebés tenían un solo sexo, ya no podía seguir negando la causa de mi angustia.

David se acercó mientras miraba el reloj y dijo:

–Por el amor de Dios, no armes tanto alboroto. Nunca saldremos de aquí y tengo que entrevistar a Fenella Fielding dentro de media hora.

Y entonces empecé a reír y a llorar al mismo tiempo y me trajeron rápidamente las pastillas y el ungüento porque algunas otras pacientes habían salido del pabellón a ver qué estaba pasando y ese era el peor pecado que yo podía cometer. Estaba alterando el orden establecido y dando un espectáculo.

El taxi, el crío y los medicamentos llegaron al mismo tiempo y me sacaron del recinto con escasas ceremonias y un gran alivio.

En el taxi intenté recuperar mi insensibilidad, lo que no fue demasiado difícil con David disculpándose con enorme irritación y el crío chillando.

Cuando llegamos a la puerta, David dijo que me vería más tarde y que Mary traería a Matthew a las dos y que él regresaría tan pronto como pudiera y adiós cariño y levanta la barbilla y arriba esos ánimos y te veré luego.

Bajé del taxi y me quedé en la acera con el crío y una maleta y una bolsa.

Tenía que subir ochenta y tres escalones y pensé que más me valía empezar cuanto antes. El taxi no se movió. Entonces oí que el taxista decía:

–¿Piensa ayudarla, amigo, o tendré que hacerlo yo?

Y David bajó del taxi y subió corriendo las escaleras con la maleta y la bolsa. Y yo me volví y sonreí, dándole las gracias al taxista, que me saludó levantando el pulgar y me soltó un «¿Contenta, nena?».

Me crucé con David en la escalera. No nos dijimos nada.

II



Cuando llegó Mary con Matthew, me alegré sinceramente de verlo. Solo lo había visto dos veces en el hospital porque Mary vivía en la otra punta de Londres y tenía dos hijos propios que cuidar.

Estaba enfadado conmigo por haberlo abandonado y al principio no quiso hablarme ni acercarse a mí.

Contemplé su vulnerable espalda de niño de veinte meses mientras él buscaba sus cochecitos, ignorándome deliberadamente. Arrastró una silla hasta la ventana, se encaramó encima y alineó los cochecitos sobre el alféizar, con fuertes ruidos de emergencia: coches de bomberos, ambulancias y coches patrulla. Era uno de sus juegos preferidos y uno en el que solía pedir mi participación; pero no ese día.

Mary había hecho café y nos permitimos una breve cháchara superficial. Eso me entristeció; antes habíamos sido amigas íntimas. Los maridos y los críos y la distancia física habían cambiado las cosas y ahora nuestros puntos de referencia eran tan distintos que pensé que ya nunca recuperaríamos la antigua intimidad.

Los repentinos berridos furiosos, en la habitación de al lado, me recordaron que tenía otro hijo. Por unos diez minutos había olvidado por completo la existencia de... Orlando, y al diablo con David. Mary fue a buscarlo y me lo trajo, haciéndole mimos y carantoñas. Casi se interrumpió en mitad de un berrido; nunca había oído esos tontos ruiditos que se les hacen a los bebés. A lo mejor imaginé la expresión de sorpresa, quizá le estoy atribuyendo reacciones a una edad un poco demasiado tierna, pero desde luego respondió a los mimos de Mary.

Terminadas todas las operaciones necesarias para desnudar mi pecho izquierdo –los botones de la chaqueta, la cremallera del vestido y Dios sabe qué del artefacto Heath Robinson llamado sostén maternal–, empecé a alimentar al desconocido huerfanito. Esto tuvo un efecto instantáneo sobre Matthew. Derribó todos los cochecitos del alféizar, bajó de un salto de la silla, corrió hacia mí y apartó a Orlando de mi pecho, diciendo:

–No, no, no, no, no, no, no, no...

Luego me echó los brazos al cuello y lloró y lloró y lloró como si fuera a rompersele el corazón. Sorprendida y desconcertada, solo atiné a estrecharlo con fuerza. Tampoco era una niña, pero no había sido mi última oportunidad; significaba algo especial a mi pesar.

Mientras Matthew se calmaba, consulté el libro del doctor Spock¹, que tenía siempre a mano, por la letra C, de celos, subapartado «Cuando el bebé llega a casa». No aclaré gran cosa. Spock se refería constantemente al niño mayor como «él»; el nuevo bebé era «ella». Comprendía la lógica de esos términos que facilitaban mucho la lectura, evitando confusiones, pero aquel día, para esta madre, eso significó otra pequeña muerte.

Además, Orlando empezaba a ponerse frenético, no tenía tiempo de leer qué debía hacer, solo podía actuar. Le hablé a Matthew, le expliqué lo que estaba haciendo y por qué, mientras pedía ayuda a Dios, cuyo consultorio a todas luces estaba cerrado por vacaciones. No hubo respuesta. Matthew se echó a llorar de nuevo. Idea luminosa:

–Muy bien, Matty, tú también puedes probarlo, también te he tenido así en mis brazos, tú también tomabas leche de mi teta. Pruébalo, tómala si quieres, Matty.

Silencio en mitad de un sollozo. Unos ojos muy grandes miran alternativamente mi cara y el pezón. Leve vacilación y después la boca se abre, se acerca, se acerca, ya lo tiene. Una chupada poco convencida, luego una expresión de total repulsión, escupe, arruga la nariz y –milagro– las manitas de Matthew orientan la cabeza de Orlando, que mueve frenéticamente la boca como un cuclillo hambriento, ya está de vuelta en la base. Silencio de Matthew, asombrado silencio de Matthew, y un silencio un poco más ruidoso de Orlando. Mary y yo nos miramos, y en ese momento de mutuo alivio reapareció brevemente nuestra antigua complicidad.

–Brillante –dijo ella–, has estado brillante.

–Suerte –repliqué–, solo ha sido suerte.

Continuamos charlando, pausada, nostálgicamente, mientras ella preparaba algo de comer para Matthew y yo amamantaba y después lavaba y cambiaba a Orlando y lo dejaba en el moisés. Matthew se negaba a separarse de su hermano, lo seguía de un lado a otro, agarrándose a la parte que

estuviera a su alcance, y Mary tuvo que perseguirlo con el plato y la cuchara, para ir dándole de comer como y cuando podía. Por fin, Matthew cayó dormido junto a Orlando, agarrado a su pie, estableciendo de manera definitiva la estrecha relación que han tenido desde aquel día.

Mary, la paciente, atenta Mary, finalmente se marchó para relevar a su marido en la tarea de cuidar a sus dos chicos. Recuerdo que cuando se fue tenía unas ganas terribles de decirle: «No te vayas, no me dejes, tengo que contarte lo que de verdad siento». Pero naturalmente no se lo dije y se marchó con la imagen emotiva y totalmente irreal de una radiante maternidad de categoría superior.

Cuando se hubo ido me senté y contemplé a mis dos criaturas y advertí que estaba llorando de nuevo, pero esta vez sin lágrimas. Me metí en el baño y, desde el lado de la bañera, alargué la mano para coger la maletita de cartón que tenía en el estante de arriba. Me la llevé al dormitorio y la abrí. Extendí todo lo que guardaba encima de la cama en pilas ordenadas y el llanto cesó. Aquí, los vestiditos victorianos cosidos a mano, allí las suaves enagüitas de algodón, dos capitas de terciopelo muy antiguas, diminutas, más allá una pulserita de plata, una muñeca de porcelana resquebrajada y muy delicada, un chal que casi se caía en pedazos y, por último, un par de minúsculas tijeritas.

Cogí las tijeritas, frotándolas muy suavemente entre el pulgar y el índice, y recordé el día, hacía muchos años, en que había desobedecido todas las normas y había bajado, medio rodando, medio cayendo, por el talud del tren hasta la vía férrea, con un puñado de alfileres en la mano y apretándolos con tanta fuerza que cuando llegué abajo tenía la mano cubierta de sangre. Recordé cómo los había depositado de dos en dos, cruzados, sobre la vía, y cómo había oído el silbato a lo lejos, y el auténtico terror mientras me arrastraba hasta la mitad del talud y el ruido del tren y la velocidad y el olor y el humo y las chispas sobre la hierba seca. Y después el tren se alejó y casi todos los alfileres habían desaparecido y dos habían quedado cruzados al revés y aún quedaba un perfecto par de pequeñas tijeras, un verdadero regalo del cielo para mí. Y luego me volví y vi el talud en llamas, y tuve que bordearlo un largo trecho hasta encontrar una zona que no estuviera ardiendo, y cuando subí no sabía dónde estaba. La simultánea conjunción del miedo y una profunda satisfacción. Un legado para mi hija. El octavo trabajo de

Hércules. Mi triunfo. Para nadie.

Y entonces vi que David estaba de pie a mi lado, que llevaba un rato allí, anonadado, mudo, desolado. Supe todo eso sin mirarlo; y cuando lo miré descubrí mucho más aún. Vi su desconcierto y su dolor, su absoluta incapacidad de comprender, su indignación, su desesperación, su temor y el inicio de la certeza de que yo estaba loca. Lo supe por la cautelosa amabilidad con que me trató, preocupado, bastante cariñoso, pero distanciándose muy firmemente de mí. No me pregunten cómo pude averiguar tantas cosas en tan poco tiempo. Simplemente las supe.

Puede que fuera porque tenía las tijeritas en la mano, el talismán de mi niñez. De niña las cogía cuando me sentía triste y entonces nada parecía ya tan doloroso. Me hacían sentirme a salvo. Toda mi vida, desde el día en que las fabriqué, siempre supe dónde estaban. He perdido muchas cosas en mi vida, pero nunca mis tijeras. Bueno, al menos hasta entonces no las había perdido.

Volví a guardarlo todo en la maleta sin decir nada, temblando un poco, y luego me la llevé al cuarto de los niños, y alegando agotamiento y la seguridad de que me esperaba una noche agitada, me acosté en la camita desocupada al lado de mis hijos dormidos.

III



Pasaron los días. Mi aturdimiento volvió a consolarme. Hacía todo lo que debía; bañaba a mis hijos, les daba de comer, los sacaba de paseo. Matthew empezó a hacerle de madre a Orlando mejor que yo. Pasaba largas horas solitarias acariciándolo y canturreándole y muchas veces mirándolo simplemente.

Yo continuaba perdiendo sangre y agradecía esa pequeña bendición; David sentía la aversión del varón medio por la sangre. De no haber sido por eso, estuviera o no estuviera loca, habría esperado que le ofreciera el único tipo de consuelo que había conocido en su vida y el único que yo era capaz de darle. Volvía cada vez más tarde y generalmente yo ya estaba dormida en el cuarto de los niños cuando él llegaba a casa.

Rara vez nos dirigíamos la palabra y nunca hablábamos. No me sentía culpable. Los periodistas casi nunca paran de hablar mientras trabajan. Al fin tuve que volver al hospital porque la hemorragia no daba muestras de ceder. En el ambulatorio encontré a una mujer que reconocí; ocupaba la cama contigua a la mía y recordaba que mi leche había servido para alimentar a su hijo en la unidad de prematuros. Le pregunté cómo estaba el niño. Fue uno de esos momentos de pesadilla en que mientras todavía le estaba haciendo la pregunta de pronto recordé la respuesta. Tenía tres hijas, luego había venido el hijo que tanto anhelaba. Y su anhelado hijo había muerto el día antes de que me dieran de alta.

Si hubiera llevado a Orlando conmigo, se lo habría dado, estoy totalmente segura de que lo habría hecho.

Quedé horrorizada y sorprendida ante mi propia insensibilidad y egoísmo y sentí algo así como un desesperado desdén contra mí misma.

Entré a hablar con el médico y, oh Dios, era la misma doctora que estaba de guardia el día en que había dejado el hospital.

–Hola, madre, ¿cómo estamos? –dijo, señalándome la camilla con la cabeza. Ni la más mínima indicación de que me había reconocido.

Me desvestí y me acosté, avergonzada y sintiéndome increíblemente fea.

Durante un breve instante surrealista me sentí como si fuera un enorme pecho y mi boca un pezón rezumando leche. Luego un corte y cambio de plano y recuperé el enfoque y ella estaba examinando mis dos enormes pechos y corte otra vez y volvía a llevar las anteojeras y solo podía ver el techo.

Que no me preocupara por la hemorragia, estaba disminuyendo –¿cómo lo sabía?– y que volviera al cabo de dos semanas y le volveremos a poner la espiral.

David se había quedado al cuidado de los niños y cuando llegué a casa los encontré llorando a los dos, Orlando en su cuna y Matthew en la mesa, frente a la comida que no había tocado. David se marchó en cuanto yo entré y recordé que me había dicho que no me retrasara porque tenía que salir y hacerle una entrevista a Toad, el travestí del barrio que acababa de salir en libertad bajo fianza.

Lo primero que hice en cuanto se fue David fue retirar el plato de Matthew. Nunca habíamos estado de acuerdo sobre ese asunto, ni siquiera en la época en que coincidíamos en algunas cosas.

Cuando yo tenía cinco años y estaba en el internado de monjas una vez me negué a comer un trozo de ternilla grasienta. Tuve que quedarme en la mesa hasta mucho después de que las otras niñas hubieran salido en fila, con la hermana Margaret Rose montando guardia solitaria a mi lado. Allí me quedé y ella también y también la grasa. Por fin, la hermana Margaret Rose se acercó a la portezuela para susurrarle algo a la hermana Elizabeth, la encargada de todo el trabajo sucio cuando no lo hacíamos nosotras en nombre de la economía doméstica, y yo cacé al vuelo la oportunidad y la grasa y la escondí en la pernera de mis calzones. Cuando volvió empecé a simular movimientos de masticación bastante convincentes con la boca. Luego: «¿Puedo retirarme un momento, por favor?», el eufemismo del colegio de monjas para decir puedo ir al lavabo, por favor, salí del comedor y me metí en el lavabo, bragas abajo, la grasa en el váter, bragas arriba, tirar la cadena, victoria. La hermana Margaret Rose esperaba en la puerta, una mano en mi trenza, unos ojos de lince enfrentados a los míos obligándome a seguir la dirección de su mirada. La grasa flota. No se puede hacer desaparecer por el váter. Unos largos dedos blancos con el anillo de Esposa de Cristo recuperan la grasa, la otra mano tira silenciosamente de la trenza obligándome a echar la

cabeza hacia atrás, la boca abierta. Un repentino olor a incienso y la grasa que se desliza contra la corriente de una oleada de bilis. Así imagino que deben de ser las ostras.

O sea que no, David. Matthew no se comió la cena esa noche. Lo acosté y después le di el pecho a Orlando. Esta tarea todavía me inspiraba una enorme repulsión, pero los sentimientos de culpa me impedían destetarlo y darle un biberón. Había descubierto una manera de hacerlo sin necesidad de sostenerlo en mis brazos. Me tendía de costado en la cama y dejaba caer el pezón en su boca desde arriba. De este modo podía leer al mismo tiempo; simplemente me parecía la manera menos traumática de hacerlo, aunque cuando ahora lo recuerdo me estremezco al pensar que podría haberlo ahogado.

Estaba releendo el *Orlando* de Virginia Woolf. A estas alturas lo conocía tan bien que casi no tenía necesidad de pasar las páginas; y su Orlando era infinitamente preferible al mío.

Cuando terminé de amamantarlo lo metí en la cama y lo estaba tapando y entonces apareció David. Esperaba que llegara mucho más tarde y su inesperada aparición me dejó un poco confundida, casi me hizo sentir culpable, estaba muy acostumbrada a su ausencia y en realidad la prefería.

Después del silencio de las últimas cuatro semanas casi me pareció una impudicia verlo animado, un poco más bien enfadado y muerto de ganas de hablar.

Al principio pensé que todo su enfado iba dirigido contra la persona que acababa de entrevistar; tardé veinte minutos en darme cuenta de que era una pista falsa, que su indignación apuntaba directamente hacia mí, buscaba hacer blanco en mí, frase tras frase.

Había entrevistado al inofensivo travestí del barrio, un hombre introvertido e inocente a quien el periódico local y la policía querían ver convertido en una persona sin ningún amigo y totalmente aislada. Cada vez que lo veían hablar con otro hombre cuando iba travestido se lanzaban contra él, hablando de corrupción si el otro era joven y de conspiración si era mayor. No tenía escapatoria y cuanto más estrechaban el cerco en torno a él, más se recluía él en su personalidad más profunda, con lo cual había empezado a vestirse de mujer cada vez con mayor frecuencia, desafiándoles a destruirlo. A pesar de todo, era una persona muy apreciada por la mayoría de la gente

que lo conocía.

David, que nació en la posición del misionero, nunca había podido soportar ninguna forma de lo que él consideraba «desviaciones sexuales», pero Toad era tan inocente... En realidad no hacía nada, simplemente se paseaba vestido como una mujer. Tenía cierta pureza que resultaba penosa.

David ya había perdido la cabeza a estas alturas, gritando que tenía hijos y no los podía perder de vista ni un instante, con gente como Toad merodeando por ahí. No me lo podía creer, me parecía increíble que ese hombre, ese hombre con quien me había casado porque era tan amable, pudiera reaccionar ahora con tanta violencia ante otro hombre que era amable, amable, amable.

Y entonces empecé a comprender que Toad no tenía nada que ver con todo eso, que la indignación estaba destinada a mí, que toda ella iba dirigida contra mí. Las persianas cayeron detrás de mis ojos y puesto que ya no podía verle, apenas conseguía oírle. Palabras sueltas llegaban hasta mí como balas; lo demás era un distante zumbido. Negligencia. Crueldad. Locura. Psiquiatra. Hospital. Abandono. Autocomplacencia. Cobardía. Autocompasión. Derechos conyugales. Y siguió y siguió tan despiadadamente como una taladradora hidráulica. Y después empezaron las acusaciones, por mi ineficacia sexual, mi letargia y mi indiferencia, que era evidente que siempre había odiado a los hombres y que saltaba a la vista que estaba reaccionando así porque ahora había dos más en la familia. Una perorata de «llamen a los loqueros» con todas las de la ley. Antes de que me dijera eso, yo sentía una dolorosa necesidad de explicarle, de hacerle ver realmente, y tal vez conseguir que comprendiera, que el deseo de tener una hija estaba relacionado con muchas otras cosas. Cosas que podría dar a una hija pero no a un hijo, compensando las insuficiencias, las ausencias, la indiferencia de mi madre; cosas especiales que tenía para dárselas a una niña. También un pequeño par de tijeras. Pero ahora él acababa de reducir esa necesidad de explicarme a una enérgica determinación de impedir que supiera nada de todo eso, a toda costa.

Me levanté para salir de la habitación, para irme a la cama. Él también se puso en pie e imaginé que lo veía venir, que veía el puño levantado, los dedos que se cerraban mientras la mano se acercaba, y que vislumbraba la luz

reflejada sobre el anillo que yo le había regalado, cada vez más próxima.

Y luego se detuvo, tan bruscamente como se había puesto en movimiento, a escasos centímetros de mi cara, y él masculló que estaba intentando atrapar una mosca que lo había estado molestando desde que había entrado.

Yo estaba tensa, segura de que iba a pegarme, y se detuvo demasiado tarde para impedir que perdiera el equilibrio.

Me golpeé contra el canto del televisor, el borde afilado entró en firme contacto con mi sien.

David no dijo nada, no hizo nada, aunque podría haberme sostenido antes de que cayera.

Me acosté de todos modos.

IV

A la mañana siguiente tenía la cara rígida e hinchada y casi no podía abrir el ojo izquierdo. Temía que David lo viera, pues pensé que tal vez se sentiría culpable y eso solo empeoraría las cosas.

No tendría que haberme preocupado. Ni se fijó en mi cara, mientras dirigía su conversación hacia un punto situado unos diez centímetros por debajo de mi mentón, entre mis clavículas, hablando como si no hubiera pasado nada. Me pareció una buena idea e intenté hacer lo mismo. Fue una experiencia curiosa. Hablábamos como habla a veces la gente la mañana después de regresar de unas vacaciones en que han pasado dos semanas encerrados juntos, se han vaciado mutuamente todo lo que cada uno tenía en la cabeza y, temiendo haber revelado demasiado, se refugian en la relativa seguridad de las trivialidades.

Fue una mañana muy doméstica; las últimas semanas quedaron borradas. Desayunamos todos juntos y después David se llevó un rato a los niños mientras yo lavaba ropa, hacía las camas e iba a la compra. Me sentía culpable por haber tenido abandonado a David últimamente, por lo que compré todos los ingredientes para hacer un estofado de cerdo agridulce esa noche. Llevábamos demasiado tiempo subsistiendo a base de tortillas y comida china precocinada y cuando empecé a guisar recordé cuánto solía gustarme hacerlo.

Encendí el horno con la llama en el nivel más bajo, metí la comida dentro y fui a orinar y entonces me vi la cara en el espejo del baño. Había dejado de sentir el dolor, excepto cuando reía o arrugaba la frente, pero, como había procurado mantener una cara impasible y sin expresión, en realidad prácticamente no lo había sentido. Me alegré de no haber tenido verdadera conciencia de ello mientras hacía la compra, de no haberlo recordado en realidad ni una sola vez. De todos modos, el carnicero era casi ciego –solo tenía dos dedos en una mano– y el hombre de la tienda todavía estaba demasiado abochornado por algo ocurrido hacía dos semanas y no se atrevía a mirarme. Esa nueva, tímida versión era infinitamente preferible al lascivo y atrevido empleado con quien hasta entonces había tenido que enfrentarme siempre.

Un día, cuando me disponía a dar de mamar a Orlando, recibí la visita imprevista de un amigo de David que se presentó a tomar café y aproveché agradecida su presencia para salir corriendo a comprar un par de cosas que había olvidado. Cuando entré en la tienda, el hombre me miró directamente a las tetas y me saludó con una sonrisa irónica:

—¿Cómo están las chicas esta mañana?

Horrorizada, noté esa sensación de cosquilleo que enseguida reconocerá cualquier madre lactante y toda la pechera de mi vestido quedó empapada de leche. Quedé muy azorada, pero en un rinconcito de mí misma experimenté casi un perverso regocijo al ver la cara que ponía mi *bête noire*. Estaba mucho más abochornado que yo, estaba encarnado y morado y sudoroso y no conseguía enfocar la mirada en ninguna parte de mí. A partir de aquel día me sirvió con rapidez, eficiencia y cortesía y, si antes todo lo que compraba a peso siempre pesaba menos de lo debido, ahora pasaba generosa e invariablemente del peso justo.

En fin, que fui a orinar y me vi obligada a constatar que mis sospechas de la víspera eran fundadas; en efecto, por fin había dejado de sangrar. Decidí dejar para más tarde la reflexión sobre las implicaciones de ese hecho.

Me hice un café y me senté con mi *Guardian*. Era un buen día: tres niños y solo una niña en la columna de nacimientos. El día después de nacer Orlando solo había niñas.

Poco después regresó David con los críos y el día continuó más o menos como había empezado. Seguimos tratándonos con amabilidad aunque todavía con bastante recelo, y David me ayudó mucho; acostó a los dos niños e incluso los bañó primero; los tres juntos en la bañera. Estaban bastante estrechos, pero Matthew chillaba de placer y Orlando ni siquiera protestó como hacía conmigo.

Sentí verdadera pena al ver la alegría de David cuando vio que le había preparado una comida de verdad. Hasta salió a comprar una botella de vino, como si tuviéramos algo que celebrar. Y, de hecho, supongo que en su caso era cierto.

Todavía me costaba comprender cómo era posible que el día anterior hubiera habido tanta indignación y violencia y que ahora tuviéramos esa extraña y temerosa tregua. Deseé de todo corazón volver a ser la misma de

antes. Habíamos estado tan unidos en otros tiempos, habíamos pasado tantos buenos momentos juntos. Nos reíamos tanto los dos. Ahora tenía la sensación de vivir totalmente inmersa en mi propia cabeza, alimentándome solo de recuerdos. Pero no de recuerdos recientes, sino muy, muy antiguos. Todos mis recuerdos se referían ahora a mi infancia, a cosas que ni siquiera sabía que recordaba, tantos recuerdos de cuando era niña. Era como si una niña, por un grotesco accidente de la naturaleza, se hubiera encontrado convertida en la madre de dos niños pequeños. David lavó los platos después de cenar, cosa que no había hecho desde hacía siglos, y luego preparó el café. Estaba bueno, aunque molió demasiado los granos y le quedó tan fino e inconsistente como el café instantáneo.

Él, que detestaba verme fumar, me ofreció un cigarrillo y lo encendió y luego también otro para él y después estiró las piernas y dijo que quería hablar conmigo. Dijo que de verdad intentaba comprenderme y que haría cualquier cosa con tal de ayudarme, si le decía qué debía hacer. Me trató con suavidad y se le veía tan cansado y preocupado que creo que habría hecho cualquier cosa con tal de alisar las arrugas de su cara, de conseguir que se le marcaran menos las pecas debajo de los ojos.

Y por eso, cuando me rogó y me suplicó que fuera a ver a un psiquiatra, terminé por acceder. No consentí fácilmente; tuvimos una discusión bastante prolongada, fría y lógica por parte de David, y frenética y desesperada por mi parte, y al final cedí, más por agotamiento que por otra cosa y también por el recuerdo del amor.

Estaba completamente segura de que ya no lo quería y sentía una enorme pena y una desgarradora sensación de pérdida; también me sentía culpable, otra herencia de las monjas. Cuando una tiene que ir a confesarse a los cinco o seis años de edad y pedir perdón a Dios por casi todo lo que ha hecho desde la vez anterior, y si Dios, o su doble, no se limita a decir «No te preocupes, olvídalo», sino que te castiga con tres avemarías y dos vueltas alrededor del patio o algo peor, más tarde en la vida no resulta fácil hacer, o ser simplemente, sin necesidad de pedir perdón a alguien por lo que una hace o es.

De modo que dije «sí», a sabiendas de que no podía ser una respuesta inocua destinada a mantener la paz, una concesión para llevar una vida

tranquila; dije «sí», a sabiendas de que decirlo significaba que tendría que hacerlo, que tendría que ir a ver a ese tal doctor McCoy.

Cuando volví a mirar a David fue como si en los breves instantes transcurridos le hubieran hecho un *lifting* en la cara. Su piel se veía más tersa y más joven y más firme, la carne ya no tenía pinta de no saber exactamente cuál era su sitio. Fue un cambio realmente extraordinario.

Después de eso no parecía quedar gran cosa que decir. El cuándo y el dónde podíamos decidirlo por la mañana.

Me entretuve un buen rato en el baño, con la esperanza de que, cuando hubiera acabado, David estuviera dormido. Estaba completamente despierto y cuando se me acercó pensé que al menos esa vez no tendría que sentirme culpable, pues no disfrutaría. Los sentimientos de culpa estaban reservados para el placer; eso era un deber.

Y así ocurrió por primera vez en varias semanas. Me gustaría poder decir que hicimos el amor, pero no quedaba ningún amor por hacer.

V



Una semana más tarde cumplí mi promesa; fui a ver al doctor McCoy mientras David cuidaba de los niños. No me di prisa, incluso intenté llegar tarde, pero aun así tuve que aguardar unos veinte minutos en la sala de espera.

Esta era una gran habitación rectangular, casi del tamaño de todo nuestro piso, y estaba amueblada con tanta discreción y neutralidad que añoré alguna nota de color realmente vulgar. Sin duda habían gastado mucho dinero en su arreglo, pero con escasos resultados. Ni siquiera olía a nada.

Entonces dijeron mi nombre por un altavoz y entré en su despacho. También era de un exagerado buen gusto, pero allí no se había podido resistir la tentación de algún toque discordante como las bolas de Newton. El mismo doctor McCoy, cuando lo miré, era una prolongación de la discreción de su mobiliario. Traje, pelo, cara, ojos, manos: todo neutro. Hasta las cejas eran de color cremoso.

Me dijo que llegaba tarde y que si quería podíamos empezar por el principio y ahí se quedó, con las yemas de los dedos unidas para formar una capilla en la que rendir culto a sus pulgares.

Estaba esperando. Yo miraba por la ventana. Había un gorrión posado en un árbol y recordé que una vez había escrito una carta donde describía un pájaro parecido y que la monja que leía todas nuestras cartas me dijo que si no se me ocurría nada mejor que escribir sobre pájaros posados en los árboles sería mejor que no escribiera nada.

David me había hablado con tanto entusiasmo, casi con reverencia, de ese hombre que me resultaba casi imposible creer en la realidad de lo que estaba viendo. Era tan estereotipado, encajaba tan bien en el arquetipo del psiquiatra de los chistes, que pensé que la única justificación de su existencia podía estar en que todo fuera una broma y alguien hubiera pagado a un actor bastante malo para que se disfrazara y ofreciera su peor interpretación. Creí que en cualquier momento se echaría a reír y se quitaría la careta. No lo hizo; y comprendí que me tocaba decir algo. La conciencia de este hecho no dio

fruto. Me era completamente imposible decirle nada.

Seguimos sentados en silencio. Fumé dos cigarrillos y me disponía a encender el tercero cuando él me preguntó si me ayudaría un poco saber qué era lo que sabía él, para luego poder continuar a partir de ahí. No obtuvo respuesta y empezó a hablar sin darle importancia. Se refería a David como «su pobre marido» o «su desgraciado esposo» y habló mucho de él.

Hablaba en apartados y fue abriendo cada uno de ellos con una referencia a David. Debían de haber pasado mucho rato juntos, pues sabía muchísimas cosas de mí, cosas que yo ni siquiera sabía que David supiera, y me las fue revelando como si temiera que se le olvidaran si no las repetía.

Siempre había imaginado la psiquiatría como un asunto lento y prolongado, basado en la confianza y la sinceridad, un proceso durante el cual se iban exorcizando gradualmente pequeños resentimientos a fin de poder ver con mayor claridad y abordar con cautela los más importantes.

El primer apartado se refirió a la infelicidad de David; no dijo nada de la mía. Después me preguntó por qué no quería visitar a mis amigas que tenían hijas, por qué parecía alegrarme cuando en la columna de nacimientos del *Guardian* había más niños que niñas, por qué guardaba pequeños vestiditos como si fueran un tesoro. Habló de mi madre con una familiaridad que resultaba ofensiva, catalogando sus errores y comparándolos con los míos, diciéndome que ni cien hijas me la devolverían si eso era lo que esperaba.

Después pasó a hablar del sexo; me sorprendió que hubiera tardado tanto, pues saltaba a la vista que ese era su apartado favorito. No se dejó gran cosa. ¿Quería cortarles el pene a mis hijos? ¿A mi marido? ¿En mis fantasías aparecían mujeres, mujeres de grandes senos en desordenada confusión, o con las piernas de palillo de Bianca Jagger o las rodillas de Vivien Merchant? ¿Me gustaba la suavidad de las mujeres o la dureza de los hombres? Mis sentimientos habían oscilado entre la congoja y la indignación, la violación y la traición, pero al llegar a ese punto lamenté haber desperdiciado cualquier sentimiento con él. Más tarde ya me preocuparía de por qué David se lo tomaba tan en serio, pero en aquel instante solo sentía curiosidad por comprobar qué diría o haría a continuación. Me sentía como un estudioso observando un ejemplo de conducta irracional a través de un espejo unidireccional.

Ya desinflado, volvió a colocar los dedos en la posición de «esta es la capilla» y reanudamos nuestros respectivos silencios. Yo sabía que debía marcharme sin más, pero la curiosidad fue más fuerte. Entonces él tosió y se tapó la boca de pescado con un blanco dedo desnervado. La tos se transformó en un bostezo y sus ojos se humedecieron una pizca. Me sorprendió verle excretar un fluido corporal. Luego dijo:

–Como puede ver, en realidad ya lo sé todo. Pero solo conozco los síntomas. Usted conoce la causa. Intercambemos puntos de vista y enseguida podrá salir de aquí.

Me levanté para marcharme, diciéndome que, si no salía de allí enseguida, no lo haría nunca. Todavía no había dicho una sola palabra pero, puesto que él era a todas luces un intérprete solista, eso no parecía tener importancia.

Ya había llegado casi hasta la puerta cuando lo advirtió y entonces pareció un poco molesto y empezó a balbucir algo intentando retenerme, al tiempo que consultaba sus notas. No creo que fuera capaz de hablar y leer a la vez; de ahí el balbuceo, el furtivo remover de papeles, otro balbuceo, oh Dios, dónde estaba, un dedo señalando el punto, más balbuceos, ah, ya lo he encontrado...

–Matthew y Orlando. Orlando, es un poco fuerte, un poco autocomplaciente, ¿no cree? No será muy agradable para él en la escuela, ¿no le parece? Ya sé que su desdichado esposo se oponía a ello. ¿Por qué Orlando?

Quería que las primeras palabras que le dijera fueran también las últimas y quería dejarlo desconcertado; quería hacerle comprender que quizá no supiera hacer demasiado bien su trabajo, conque me limité a decir:

–Virginia Woolf. ¿No ha leído nunca a Virginia Woolf?

Y ya estaba en la puerta, con la mano en el tirador, una mano viscosa en el tirador que al principio no se movió; me entretuve forcejeando, pero no tendría que haberme preocupado. Le había concedido un margen adicional de tiempo sin proponérmelo, pero aun así no se le ocurrió nada que decir. Lo conseguí, se abrió la puerta, salí, se cerró la puerta. Una breve pausa.

Después oí sonar las bolas de Newton.

VI

Volví andando a casa y no me di prisa; no busqué ningún atajo. No sabía si reír o llorar, pero de todos modos una parte de mí detestaba experimentar emociones tan fuertes y positivas por un muñeco de cartulina como el doctor McCoy.

Entonces empezó a llover, grandes gotas elásticas de las que habría cabido esperar que fueran piedras de granizo. Me apoyé contra una farola y alcé la cara, acogiendo con agrado una sensación que no implicaba una decisión. Era tan agradable, tan purificador; empecé a sentirme menos sucia.

Cuando llegué a casa estaba empapada y me embargaba una cierta sensación de triunfo. No había salido derrotada del encuentro; en realidad, había servido para convencerme por completo de que estaba cuerda, de que, dijera lo que dijera David o quienquiera que fuese, no estaba loca. Era desdichada, pero no estaba loca.

David interpretó erróneamente mi expresión y el alivio que debía de traslucir mi cara se reflejó en la suya. Me abrazó con fuerza y me dio las gracias.

El piso olía a pañales humeantes tendidos delante de la estufa de petróleo y a leche hervida. Me había desembarazado de esa estufa cuando nació Matthew. Yo misma la había bajado a la calle y la había dejado en la acera para que se la llevara el basurero; había visto a demasiados niños morir quemados o con horribles cicatrices en mis tiempos de enfermera. Mi triunfo se trocó bruscamente en indignación. David no soportaba la idea de tirar nada, pero que hubiera introducido nuevamente en casa un instrumento mortífero me pareció el colmo. Podía ser una forma barata de calefacción, pero la vida vale más que eso.

Me acerqué a la estufa y la apagué, tirando al suelo los pañales tendidos al hacerlo. Matthew estaba debajo, hecho una bolita, profundamente dormido. Tenía la cara a unos quince centímetros del lugar donde ardían las llamas. Se despertó con una avalancha de pañales mojados sobre su cara y empezó a chillar muy fuerte, más por el susto que por otra cosa. Lo cogí en brazos y lo mecí hasta que sus sollozos se transformaron en un hipo de alivio. Cuando se hubo calmado, lo dejé delante de unos bloques de construcción y libros y

cochecitos, con la esperanza de que alguna cosa de la pila distrajera su atención. Y así fue.

Después recogí los pañales y los tendí otra vez, encima de la bañera, y me llevé la estufa de petróleo, bajé los ochenta escalones con ella a cuestas a pesar de que ese día no pasaba el basurero y no estaba permitido dejar nada en la calle. Una guardia de tráfico me miró indignada, como si acabara de aparcar el coche en su dormitorio; sacó su talonario de multas y me pareció que se acercaba a mí. Sabía que era imposible, pero por alguna razón cogí la estufa y la deposité entre los sorprendidos brazos de un vagabundo que pasaba por allí diciéndole que la vendiera y se comprara algo de beber. Sus ojos enrojecidos no expresaron la menor sorpresa, la gota que colgaba del extremo de su nariz simplemente tembló un poco mientras se alejaba aferrado a la estufa como si fuera un óscar inmerecido. Después entré en la casa e inicié la larga ascensión de las escaleras hasta el piso. No sé si el hombre la vendió, pero nunca volví a ver esa estufa.

Cuando llegué arriba me encontré la puerta cerrada. También caí en la cuenta de que desde que había salido de casa esa mañana solo había hablado dos veces, en una ocasión para mencionar a Virginia Woolf y la segunda con el hombre de la estufa de petróleo. No le había dirigido la palabra a David desde mi regreso a casa, ni siquiera le había dicho nada a Matthew al cogerle en brazos. Llamé a la puerta; no obtuve respuesta. Otra vez, más fuerte; aún sin respuesta. Entonces la aporreé con los puños, mientras mi indignación rebrotaba. Todavía nada. Después, oí correr el agua en el lavabo y casi enseguida se abrió la puerta. David murmuró lo siento, lo cual era mentira porque tenía que haberla cerrado deliberadamente. Por la fuerza de la costumbre, yo siempre dejaba trabado el pestillo cuando bajaba a buscar la leche o a tirar la basura.

Tenía una expresión tan débil y bobalicona que tuve que desviar la mirada. Tenía la sensación de retroceder y de hundirme cada vez más en las profundidades de mi cabeza y comprendí que si quería volver a hablar tendría que hacerlo pronto.

—¿Cómo te ha ido? —empezó a decir él.

Pero yo lo interrumpí para exclamar:

—Tu doctor McCoy es un cabrón del coño.

Antes de que pudiera reaccionar ante el verdadero significado de mis palabras descubrí que estaba desconcertado por cómo las había dicho. No creo que me hubiera oído decir nunca una palabrota hasta entonces, no porque sea una estrecha, sino simplemente porque me parece inútil. Cuando hubo superado esa primera reacción y empezó a pensar en lo que realmente le había dicho, vi transfigurarse su cara hasta adoptar una expresión de complacencia. Esa era la reacción que cabía esperar. Probablemente le habían dicho que la hostilidad formaba parte de la cura.

Dijo que podíamos sentarnos y hablar de ello, ahora con su expresión de «soy un hombre amable». Pero nunca podría volver a engañarme, ya no. No después de haberme traicionado de ese modo ante un completo desconocido. McCoy había hablado de algunas cosas que yo no sabía que David supiera, pero además todas eran secretos familiares, asuntos privados que no debían comentarse en ningún caso. Era como si él y McCoy me hubieran violado. Tal vez David pensaba, igual que yo, que ya no formábamos una familia y por tanto ya no consideraba preciso mantener las antiguas fidelidades, pero ¿por qué la violación? Entonces comprendí que jamás podría contarle nada de lo que había ocurrido. Ya no, nunca jamás.

—David —dije—, ¿te importaría marcharte un rato? Necesito pensar un poco y creo que no podré hacerlo contigo aquí. Si de verdad quieres saber cómo me ha ido, te sugiero que se lo preguntes a tu amigo. Él parece conocer todas las respuestas, aunque no esté demasiado seguro de las preguntas.

Su respuesta realmente me sorprendió.

—¿Por qué no sales tú, Jodie, cariño? Yo me ocuparé de los niños, ya los acostaré yo. ¿Por qué no vas a visitar a alguna amiga, o al cine? De todos modos tengo que trabajar un poco y puedo hacerlo perfectamente cuando se duerman los niños.

Me quedé asombrada. Jamás me había dicho nada tan generoso. Hasta me ofreció un billete de una libra. Esa fue mi primera reacción. La segunda, naturalmente, fue de sospecha. ¿Por qué quería que saliera? ¿Qué planes tenía? ¿Qué trabajo? Él nunca se quedaba en casa a menos que realmente no quisiera salir. Nunca había perdido su libertad como la había perdido yo.

No expresé ninguna de mis sospechas. Decir cualquier cosa ya me suponía un gran esfuerzo y si empezaba a hablar de ese asunto Dios sabía

cómo acabaría. Me limité a responderle amablemente, como si esa fuera una situación rutinaria:

–Pero, David, qué buena idea. Gracias. Me encantará poder salir.

Después le di el pecho a Orlando; pero no lo cambié, aunque por el olor noté que necesitaba urgentemente un pañal limpio. Que lo hiciera David.

Me cepillé el pelo, me guardé el billete en el bolso y me dirigí a la puerta. Matthew se echó a llorar cuando vio que me iba y de pronto quise hacerle daño a alguien, aunque tuviera que ser a mí misma. Ya no sabía cómo herir a David, pero de todos modos lo intenté.

–Hay algo que quería decirte –dije–, algo en lo que he estado pensando mucho. Esa vez que me obligaste a abortar, justo antes de casarnos. Apuesto a que habría sido una niña.

Por segunda vez en el mismo día cerré una puerta a mis espaldas odiando lo que dejaba al otro lado.

VII



Cuando por fin salí a la calle eran casi las nueve. Había parado de llover y el asfalto humeaba ligeramente, como ocurre a veces bajo el calor del sol. Esa noche debía de ser por el calor de los cuerpos presurosos y de las fuertes pisadas. Olía a polvo limpio y a lana húmeda con algunos soplos ocasionales de perfume barato y laca para el pelo.

Caminé hasta encontrarme fuera de mi vecindario inmediato y entonces me compré el *Evening Standard* y entré en una cafetería para tomar un café. Lo maravilloso de esos lugares es el anonimato, cómo una se encuentra automáticamente rodeada por las cavilaciones de otras personas. Cuando era más joven solía temer la indiferencia; ahora la ansiaba. No quedé defraudada. Pedí el café. El servicio fue muy rápido. Primero la nota, después la bebida, derramada sobre el plato, empapando el plato, empapando el azúcar. Cuando me lo bebí no pude determinar con certeza si era café o té; de hecho, creo que el brebaje que ofrecen es mitad café, mitad té. Así nadie se atreve a quejarse porque siempre hay un rastro del pedido original. No lo suficiente para que el convencimiento sea total, solo para crear serias dudas que no llegarán a expresarse.

El cine parecía francamente una buena idea. Ya no recordaba la última película que había visto. Consulté la cartelera en busca de algo que me atrajera. Una cosa inusitada: antes nunca tenía necesidad de hacerlo, siempre podía confiar en mi propio criterio ya formado, únicamente necesitaba consultar el dónde y el cuándo. En el Prince Charles ponían *El último tango en París*.

Me gustó la idea, podía volver a casa andando desde allí y era una película que había causado revuelo. David también estaba armando un revuelo en torno a mí; tal vez encontraría algún consuelo en la película. Pagué el café con resentimiento y crucé Leicester Square camino del cine. Llegué justo a tiempo: les quedaban entradas y la película estaba a punto de empezar. Indiqué la localidad que deseaba, igual que antes había indicado qué deseaba tomar. Recuerdo que me costó noventa peniques y que la

acomodadora suspiró cuando vio que iba a tener que recorrer una vez más todo el pasillo hasta la primera fila. De no haber sido por eso, yo habría dicho: «No se preocupe, ya lo encontraré yo sola», pero tuvo que pagar un alto precio por ese suspiro. Después, más suspiros de las personas que tuvieron que levantarse para dejarme pasar. No pisé deliberadamente a nadie; estaba bastante oscuro.

La película empezó cuando acababa de sentarme. Apenas recuerdo con claridad la primera parte. París, intenso, evocador; los solitarios no tenían cabida en esa tarde de mayo. El primer encuentro entre Brando y Schneider y alcancé a captar cuán erótico era, pero de un erotismo que no despertaba ecos en mí, pues no lo compartía, no podía identificarme con nadie; solo sirvió para reforzar mi aislamiento. Lo único con lo que conseguí identificarme en toda la película fue el piso; destartalado, usado, de segunda mano, deshabitado, vacío. Acabé sintiendo verdadero cariño por ese sitio desolado. Durante el intermedio observé a los demás miembros del público. Todo el mundo iba emparejado, pero eso no parecía proporcionarles demasiada satisfacción. Sus caras, grises y patéticas casi sin excepción, continuaban mirando fijamente la pantalla aunque ahí ya no había nada, caras vacías que reflejaban el vacío de la pantalla. Algunas personas compraban helados y bebidas, pero la mayoría estaba suspendida en un limbo esperando que se reanudara la película para poder volver a vivir sucedáneamente a través de otros.

Normalmente, cuando iba sola al cine alguien solía abordarme, aunque solo fuera para pedirme fuego. Esa noche nadie se me acercó y lo agradecí, aunque me ofendió un poco.

Y luego se acabó la película y me encontré integrada en la fila de personas que arrastraban los pies camino de la salida y tuve la impresión de que, sola o en medio de una multitud, siempre carecía de rostro.

Volví a casa andando por las aceras ya secas, todos los ruidos que solían impedirme dormir cuando nos mudamos al Soho se habían convertido en un insignificante runrún. El volumen, el nivel creciente y decreciente eran los mismos, pero mi percepción estaba embotada; de haberlo pensado entonces, habría podido ver ahí un reflejo de mi matrimonio.

No despegué la vista del suelo en todo el trayecto hasta casa, guiándome

por el instinto y mi buen oído para cruzar las calles, rodeada de olores a comida y lujuria y dinero fácil que me llegaban con la misma velocidad e intensidad que la música de la radio cuando Matthew jugueteaba con el mando y lo paseaba por todas las emisoras con el volumen a tope.

A medida que me iba acercando al piso, cada vez parecían pesarme más los pies y cuando doblé la esquina para entrar en mi calle tenía la impresión de tener que despegarlos de un espeso almíbar a cada paso.

Mi cabeza era un caleidoscopio de impresiones y después debió romperse el espejo, porque únicamente vi la puerta de mi casa ante mis ojos y ya tenía la llave en la mano.

Subí la escalera, unos peldaños y una pausa, luego unos cuantos peldaños más, otra pausa, el último tramo y ya casi estoy allí, no, en realidad ya he llegado. Nada de buscar a tientas, la llave entra directamente en la cerradura aunque el rellano está a oscuras y ya estoy de vuelta. No en casa; solo de vuelta.

Mis sentidos recibieron una embestida; las luces estaban encendidas, la televisión tronaba a todo volumen, el tocadiscos continuaba zumbando en el punto donde había quedado sin que nadie lo hubiera apagado, la radio parloteaba monótonamente, el vapor de la tetera lo invadía todo y David estaba chapoteando y cantando en la bañera. Como si el piso estuviera preparado para una fiesta y los invitados se hubieran ido a otra parte. Y mis niños dormidos sonreían en sueños, como pude comprobar cuando fui a apagarles la luz y cerrar la puerta. Deseé tanto poder quererlos, amar su abandono y su inocencia, temiendo que mis reservas de cariño se secaran pronto si no las utilizaba. La leche acaba secándose en los pechos si nadie la toma, aunque el proceso puede ser doloroso.

Me apoyé en la puerta y miré hacia el dormitorio, al fondo del pasillo. Observé que la cama estaba hecha, que el piso estaba ordenado y cuando David salió del baño también se le veía hecho y ordenado. Se interrumpió a mitad de un gorgorito al verme, pero la expresión de felicidad no abandonó su rostro como yo esperaba. De hecho, se acercó a mí y me cogió en brazos y me hizo girar en el aire, con lo cual se le cayó la toalla que llevaba enrollada a la cintura y noté su desnudez al igual que él debió notar el grosor de mi ropa. Recuerdo que pensé: no puedo pensar que me estoy volviendo loca; ¿a

qué venía tanta alegría? Me depositó en el suelo y me escoltó hasta la cocina, donde tenía preparadas dos ensaladas, dos latas de cerveza, dos velas. Me hizo una estudiada reverencia, recogiendo la toalla con el mismo gesto y, todavía haciendo reverencias, retrocedió hasta el baño, donde su mano buscó a tientas la bata que continuaba tirada en el suelo. Se la ató con gesto ceremonioso y volvió a la cocina, me ofreció mi cerveza, cogió la suya y brindó con la lata mientras iba diciendo «salud» y «te felicito» y «estoy tan contento».

Yo me limité a mirarlo, totalmente perpleja; a lo mejor tenía un interrogante en la cara porque dijo en tono juguetón (cómo lo detesto cuando se pone juguetón):

—¿Por qué no me lo dijiste, bribona? No podías soportar tener que darme la razón, ¿eh? Está verdaderamente entusiasmado. Dice que las personas como tú le hacen apreciar su profesión. Calcula que dentro de un par de semanas volverás a sentirte normal. Serás mi Jodie de antes.

Tiré la cerveza al suelo y cerré la puerta de la cocina a mis espaldas, sin hacer ruido, asegurándome simplemente de que estaba cerrada. Cogí mi maletita del cuarto de baño y me acosté en la habitación de los niños después de quitarme solo los zapatos. Apreté con fuerza la maletita contra mi vientre y me mecí hasta caer dormida. O sea, que, en fin de cuentas, no hablé gran cosa ese día.

VIII



Esa noche dormí muy poco. Oficialmente, Orlando seguía teniendo una toma a las dos de la mañana, pero, como no sabía leer la hora, esta se había convertido en una fiesta móvil. Precisamente esa noche Matthew decidió despertarse también y se puso a jugar. A veces los niños se recuperan después de una dosis increíblemente reducida de sueño; pueden estar agotados y después de dormitar cinco minutos se despiertan con todas las pilas recargadas, completamente ansiosos por volver a empezar. Orlando solía caer dormido de nuevo en esa toma nocturna, a veces antes de acabar por el primer lado, lo cual me dejaba con un pecho hinchado y una pequeña bolsita colgante, una premonición de lo que ocurriría luego. Sabía que realmente odiaría mi cuerpo cuando destetara a Orlando, al concluir mi aportación de «dos niños en dos años» a mi feminidad; me preguntaba si a estas alturas sentiría suficiente interés por algo para que eso me preocupara.

Bueno, normalmente caía dormido; esa noche parecía estar cayendo despierto. Me chupó hasta dejarme seca y después empezó a exigir que le dedicara también toda mi atención. Empecé a sentir cómo poco a poco me quemaba el resentimiento y para que no saltaran los plomos probé lo único que a veces da resultado. Los metí a los dos en la cama pequeña conmigo y alargué la mano para apagar la luz, pero entonces comprendí que tendría que sacar la maleta de la cama. Ya era imposible acomodarnos los tres con una mínima holgura; tendría que abandonar mi maletita. En busca de un compromiso, la metí debajo de la almohada, pero tampoco sirvió de nada – era demasiado dura–, así que tuve que separarme por completo de ella. Eso me afectó mucho esa noche concreta; si hubiera existido alguna manera de acomodar a todo el mundo en la cama sin tocarla, lo habría intentado, pero era imposible, así que me tendí de espaldas con dos rígidos brazos en torno a dos suaves, cálidos, dúctiles cuerpecitos.

Al fin debí de dormirme, porque recuerdo que me desperté y me encontré abrazando con fuerza a mis hijos dormidos como si fueran algo muypreciado.

Escuché a David haciendo los ruidos de primera hora de la mañana: abriendo el grifo, afeitándose, la cisterna que se llenaba, la cafetera que silbaba. Después oí el molinillo, olí el café; eso me sorprendió, porque siempre batallábamos por esa cuestión. A David le gustaba tomar té por las mañanas, yo necesitaba un café.

Me sentí nerviosa, aprensiva, por un instante dudé si había soñado el día anterior. David entró en la habitación con una gran taza de café y una enorme sonrisa.

–Buenos días, cariño. ¿Has dormido bien? Tengo que marcharme volando; hoy y mañana estoy de guardia en los tribunales. Te telefonaré más tarde. Estás muy guapa.

Y desapareció lanzándome un beso al salir. Se lo veía asombrosamente contento y su sonrisa era genuina. Uno de los dos tenía que estar loco, y no creo que David pensara que era él. Separé mis rígidos, entumecidos brazos del cuerpo de mis hijos y me deslicé fuera de la cama como una serpiente, procurando no despertar a ninguno de los dos. Me tomé el café muy deprisa y fumé un cigarrillo, cosa que hacía muy raras veces por la mañana. Sentía una gran tranquilidad, un gran silencio llenaba mi cabeza y me parecía flotar suspendida lejos de toda realidad, protegida una vez más por mi aturdimiento.

No recuerdo con claridad los detalles de la primera mitad de ese día. Andaba pisando con gran cuidado, como si temiera que el suelo no fuera sólido, que pudiera ceder bajo mis pies. Tenía la sensación de hacer las cosas a cámara lenta, pero sin duda no era así, pues los niños estaban contentos y tranquilos, cosa que no habría ocurrido si hubieran tenido que esperar para satisfacer cualquiera de sus particularmente urgentes necesidades.

David telefoneó, tal como había dicho que haría. Había hablado otra vez con McCoy y continuaba manteniendo obstinadamente su actitud de «todo es precioso en el jardín». Parecía excitado por teléfono; al parecer, McCoy se había mostrado increíblemente complacido de que lo hubiera llamado «cabrón del coño». Era el indicio más claro hasta el momento, decía, de que mi estado empezaba a mejorar; de lo contrario no habría sido capaz de decir una palabra tan singularmente femenina para describir a una persona a la que decía detestar y que, además, era del sexo masculino. Lo interpretaba como una señal de que yo confiaba en él.

Fuera del «diga» al descolgar el teléfono, ya no dije nada más. De hecho, era imposible responder a nada de lo que decía David aquellos días. Colgué sin esperar a que terminara y dejé el teléfono descolgado, auténticamente confundida, sin saber qué hacer. Me parecía que tenía dos opciones evidentes, dos alternativas. O bien David en verdad se estaba volviendo loco, tenía alucinaciones y necesitaba por tanto urgentemente que alguien le ayudara, o bien, un hecho más aterrador que todo lo que había experimentado hasta entonces, él me estaba empujando al borde de la locura y esperaba el momento oportuno para empujarme a la desconexión que parecía aproximarse por instantes.

Cuando dejé el auricular en el suelo estaba temblando violentamente e hice algo que no había hecho nunca hasta entonces; metí a los dos niños juntos en el parque y bajé a comprar whisky y cigarrillos. No sé por qué compré whisky; ni siquiera me gusta. Estuve unos cuatro minutos fuera del piso e hice todo el camino de regreso corriendo, aterrorizada ante la idea de que pudiera haberles ocurrido algo a esos niños a quienes no quería pero que de todos modos estaban a mi cargo.

Ni siquiera habían notado mi ausencia. Matthew erigía pacientemente construcciones con los bloques para que Orlando las admirara. Orlando dirigía casi deliberadamente la mirada por todas partes, excepto hacia las relucientes manchas de color.

Me senté y los estuve observando mientras me bebía el whisky directamente de la botella, luchando contra las náuseas que me daba, intentando recordar desesperadamente el nombre de alguna persona con quien pudiera hablar, cualquier persona con quien poder compartir esa pesadilla. Nada. Nadie.

Tal vez una chica llamada Joy, que había hecho las prácticas conmigo, pero habíamos perdido el contacto hacía años. Era la mejor amiga que había tenido en mi vida, pero ella había continuado estudiando para especializarse en psiquiatría y se había marchado a Canadá hacía siglos, antes de mi casamiento, antes incluso de que conociera a David. No se me ocurría nadie más. Mary quedaría aterrorizada, sería totalmente incapaz de afrontar la situación; además, tenía tantas ganas de mostrarse siempre de acuerdo con todo el mundo que simplemente no sabría reaccionar.

Siempre he estado sola en los momentos difíciles de mi vida, a veces por propia elección, pero en general por miedo. En aquel momento sentía tantísimas cosas –me sentía paranoica y estúpida y autocomplaciente y patética–, pero el sentimiento predominante era de miedo; miedo a que David tuviera razón, a estar desequilibrada tal vez, a haber superpuesto una falsa imagen sobre el verdadero McCoy.

Pasaron las horas. Los niños se quedaron dormidos en el parque, como animales enjaulados. Detestaba el parque y raras veces lo utilizaba. Parecía sumida en una especie de letargia. Cuando miré el reloj, se había parado. Cogí el teléfono para averiguar la hora y después volví a colgar distraídamente el auricular. Encendí otro cigarrillo. Sonó el teléfono y derramé el whisky del susto. Lo descolgué, esta vez con gran cautela, todos los nervios en guardia.

–Diga –susurré.

–Oiga, oiga, ¿me oye? ¿Puedo hablar con Jodie? –Una voz de mujer, vagamente conocida.

–Sí, soy yo –todavía en un susurro.

–Jodie, Jodie, hola, soy yo. Jodie, soy Joy.

¿Joy? ¿Sería posible? ¿Después de seis años? Me soné la nariz.

–Hola, Joy. ¿Cómo estás?

IX



Tuvimos una magnífica aunque deslavazada conversación. Me reconfortó tanto escucharla, su voz me llegaba tan viva y la oía sonreír. Había hecho todo lo que ella y yo queríamos hacer cuando éramos estudiantes y sobrevivíamos a base de café y esperanza y dos horas de sueño cada noche. No había sido una mala época mientras la vivimos y, al volver la mirada atrás, esos días aparecían como los mejores y más felices de nuestras vidas. Bueno, al menos de la mía.

Yo me dediqué sobre todo a escucharla, hablé poco y no aludí en absoluto a mi presente situación excepto para decirle que estaba casada con una persona que ella no conocía. Curiosamente, no me preguntó si tenía hijos y yo no se lo dije. Estaba viviendo en Brighton y pensaba casarse pronto. ¿Por qué no bajaba a pasar el día con ella allí? ¿Qué tal mañana? O tal vez no mañana mismo, pero pronto, muy muy pronto, tenía tantas cosas que contarme. Dije que tendríamos que dejarlo para la semana siguiente, porque ese fin de semana estaríamos ocupados. No sé demasiado bien por qué le mentí, no habíamos hecho ningún plan; creo que me asustaba mucho la idea de volver a verla por temor a que hubiéramos cambiado demasiado y no pudiéramos reanudar la relación en el punto en que la habíamos dejado. También necesitaba tiempo para encontrar a alguien que pudiera hacerse cargo de los niños por un día; ese día sería todo para mí, un lujo muy especial.

Charlamos un poquitín más, un parloteo deshilvanado, allanando el camino para el momento de nuestro encuentro. Decidimos llamarnos el domingo por la noche para coordinar los horarios del tren y decidir dónde nos encontraríamos. Despreocupados adioses y te veré pronto y cuídate. Ella colgó primero y yo me quedé un buen rato con el auricular en la mano. Me parecía que de ese modo todavía continuaba en contacto con ella, que ya no estaba completamente sola. Era una sensación reconfortante. Las amigas duran más que los amantes. Alguien me lo dijo hace mucho tiempo y yo me reí, convencida de que la pasión podía superarlo todo, de que era la única

forma de sobrevivir. Ahora veía que constituía el camino más seguro hacia el aislamiento y el dolor. Bueno, tal como yo lo recordaba al menos. Al fin colgué el auricular. Joy y yo nos conocíamos tan bien que si ella descubría algún rastro de locura en mí enseguida lo vería reflejado en su rostro.

El resto del día transcurrió con bastante tranquilidad. Me había refugiado otra vez en el interior de mi cabeza y el cuidado de los niños se convirtió en un proceso rutinario que cumplí con aceptable eficiencia. De vez en cuando tocaba el teléfono como si ahora fuera mi talismán, mi tarjeta de crédito emocional.

Más tarde, mucho más tarde, cuando Matthew y Orlando ya dormían y después de lavar un poco la ropa, le escribí a mi abuela, con un vaso de whisky a mi lado, encima de la mesa, y una repentina necesidad de hacerla sonreír. Tenía ochenta y tres años y todavía era hermosa, si no fuera por las finas y erizadas pestañas de las viejas maquilladas en exceso. Quería hacerla sonreír allá abajo, en Salisbury, y con esa intención escribí: «Estoy escribiendo despacito, pues sé que no puedes leer demasiado deprisa» y después lo taché y empecé otra vez por temor a que lo interpretara mal y se ofendiera. Me habría gustado contarle el chiste a alguien. Antes yo era famosa entre mis amigos por mis chistes y ahora ya no recordaba la última vez que alguien había esbozado siquiera una sonrisa ante un comentario mío. Tampoco me quedaban demasiados amigos.

Las paredes parecían dispuestas a aplastarme otra vez, por lo que abrí la maletita e inspeccioné su contenido, cosa que no había hecho desde el día de mi llegada a casa con Orlando. Tampoco vertí ni una sola lágrima esta vez, pero acaricié los vestiditos con una ternura que a veces estaba ausente en el contacto con mis hijos. Restregué las tijeritas entre los dedos con la esperanza de conjurar la felicidad en vez del genio que siempre esperaba ver aparecer en aquella época. No ocurrió nada y volví a guardarlo todo y me serví otro vaso de whisky. Antes había descubierto accidentalmente que si chupaba un caramelo y después bebía el whisky, podía tragar sorbos bastante grandes sin notar el gusto y seguir experimentando sin embargo sus efectos. En vista de lo cual esa noche comí una buena cantidad de caramelos, aunque tampoco me gustan demasiado. Solo los tenía en casa porque la mujer de la tienda de los italianos había puesto una bolsa llena en las manos nada reacias de Matthew.

Habitualmente soy muy estricta con los caramelos y el azúcar y por regla general se los habría quitado al salir de la tienda, pero últimamente había empezado a ceder más y más a sus caprichos con tal de vivir en paz. También pensé que quizá ese fuera el único gesto simpático que había tenido la mujer en todo el día. Esa mujer sonreía muy raras veces; siempre ponía mala cara menos cuando veía a los niños y entonces su rostro parecía casi hermoso.

Bastante borracha y con dolor de muelas me retiré a la cama con un *Cosmopolitan*, lo cual fue una estupidez. Cada vez que lo leía decidía no reincidir nunca más, pero la revista ejercía una terrible fascinación sobre mí. Detestaba las fotografías de esas mujeres estereotipadas creadas por los hombres de la prensa, probablemente porque yo ya nunca volvería a ser así y sentía una dolorosa añoranza ante la idea de estar perdiendo algo que, de todos modos, en realidad nunca había deseado. Hubo una época en que yo también tenía las tetas bonitas y el pelo lustroso y las caderas estrechas, pero ¿y qué? Todo eso no me había servido de gran cosa. Lo más agradable de la revista era su olor, ese olor muy particular a papel bueno. La dejé y me entraron ganas de tener una nueva y reluciente novela de tapas duras, un libro que deseara leer y que me doliera terminar.

Debí de quedarme dormida, pues me medio desperté cuando entró David, de puntillas y pisando con fuerza como solía hacer cuando quería que yo observara el gesto pero no deseaba molestarme. Lucía la misma sonrisa bobalicona de por la mañana, como si fuera un hombre feliz. Cuando se metió en la cama noté el olor rancio a tabaco y cerveza y recordé que había olvidado comprar pasta dentífrica. Pero tampoco yo me lavaba ya tan a menudo como antes; no le veía demasiado sentido. En consecuencia, cuando se me desplomó encima, respiré hondo y me consolé con la certeza de que la cosa no duraría mucho. Después se me quedó dormido encima.

–Lo siento –dije–, pero pesas un poco.

No recibí respuesta, así que lo empujé, sin miramientos, hacia su lado de la cama.

Después me levanté y me metí en el baño y me bañé para poder sentirme limpia otra vez. Añadí al agua una generosa dosis de Badedas, producto normalmente reservado para las grandes ocasiones y fiestas de guardar, no demasiado abundantes por aquel entonces. La bañera estaba muy llena y me

quedé un buen rato tendida en el agua observando las burbujas que iban a estallar contra mis pechos y mi vientre y mis rodillas.

Después me acosté en el cuarto de los niños. Estuve mucho rato despierta en la oscuridad mirando el techo con los ojos bien abiertos, contemplando las formas que trazaban las luces de neón de los casinos y clubs de striptease. La habitación adquiría un aspecto exótico y excitante que se contradecía totalmente con la realidad de su olor a bebé.

Intenté conciliar el sueño a base de intentar quedarme despierta, un procedimiento que nunca me había dado resultado desde que dejé de ser niña, pero al que todavía recurría en momentos de desesperación. Después empecé a preocuparme, pues en mi entusiasmo no había anotado el número de teléfono de Joy y si ella no me llamaba el domingo por la noche...

Entonces Orlando empezó a despertarse y yo me dormí, pues, cuando se despertó de verdad y empezó a chillar muy fuerte, me hizo volver a rastras a la realidad desde un lugar oscuro y muy remoto, y después nos dormimos juntos otra vez, sumidos en un lechoso aislamiento.

X



Me desperté con la sensación de expectación y entusiasmo que me gusta imaginar que tenía de niña el día de Navidad. Al principio no podía recordar el motivo de mi entusiasmo y después lo recordé y una sensación de alivio invadió mi cuerpo como un anestésico. Todo sería posible; solo tenía que dejar atrás aquel día y el domingo y luego sería lunes. Si David y yo continuábamos nuestra absurda comedia, los dos días podían transcurrir de manera soportable. En plena euforia de primera hora de la mañana me parecía poco probable que él mostrara sus cartas y si continuábamos nuestro juego de doble farol tendríamos grandes probabilidades de supervivencia.

Saboreé esos momentos previos al despertar de los niños, estuve pensando en Joy y recordé la intimidad que antes compartíamos, una intimidad que no había encontrado en ningún otro momento, ni antes ni después. Yo creía que eso era lo que una debía sentir con una hermana muy querida. Cuando se fue a Canadá, al principio la eché increíblemente de menos, pero poco después conocí a David y creí estar enamorada, de modo que aunque Joy hubiera continuado en Londres también habríamos dejado de vernos, como suele ocurrirles a las mujeres, que pierden a sus amigas cuando se obsesionan con un amante. Ella no podía haber vuelto en un momento más oportuno. Subsistía la absurda preocupación por no tener su número de teléfono. Tendría que confiar en ella; dejarme avasallar por ese tipo de pánico sería devaluar la moneda de nuestra amistad. Sin embargo...

Orlando se despertó con fiebre y con la cara grisácea y Matthew demostró una vez más que era mejor madre que yo. Se negó a separarse de él y le tenía constantemente cogida alguna parte del cuerpo.

David se despertó tarde y con una fuerte resaca, de esas que solo permiten mover la cabeza si uno literalmente se la sujeta al mismo tiempo. Aun así, recordaba perfectamente que debía sonreír y mostrarse cariñoso. El resultado final de esta combinación era francamente grotesco, como una espantosa gárgola sonriente salida de una pesadilla infantil. Hubo un momento en que me eché a reír de verdad y después tuve que fingir que me reía de algo

totalmente distinto.

Le preparé una gran jarra de café antes de salir de compras. No fue un gesto cariñoso, solo mi antigua formación instintiva de enfermera. Esos dos días resultarían mucho más llevaderos si se sentía mejor. Le di un par de aspirinas y me llevé a los niños para darle tiempo a recuperarse por completo. Siempre temía la expedición semanal a las tiendas y había confiado en poder llevarla a cabo sin niños esa mañana. Me llevé la sillita de paseo en vez del cochecito; era mucho más manejable para subir y bajar las escaleras. Ahí no debía ponerse un recién nacido, pero metí un cojín debajo de Orlando y confié en no toparme con ninguna de esas matronas mandonas, tan generosas a la hora de dar consejos y tan cicateras cuando se trata de ofrecer ayuda.

Matthew se cayó al bajar la escalera y sus ojos azules bañados en lágrimas me miraron a través de una maraña de pelo rubio, sin acusarme ni reprocharme nada, solo para comprobar si Orlando y yo estábamos bien, para asegurarse de que no nos habíamos caído también. Cuando salimos a la calle todos juntos, se agarró a la barra de la sillita con una mano mientras intentaba tocar a Orlando con la otra, para lo cual tenía que caminar de lado. Creí que sería difícil, pero había olvidado cuán adorable y razonable era ese primogénito mío. Simplemente dijo: «Oh, claro» cuando le expliqué que no avanzaríamos gran cosa andando de ese modo y soltó la sillita mientras seguía cogido a Orlando. Para lo cual tenía que caminar de espaldas. Oh, Dios, rogué, por favor haz que toda la comida aparezca ante mí aquí en la acera, ni siquiera te daré una lista, dame solo comida suficiente para dos personas y media durante dos días. Gracias. Amén.

Cuando abrí los ojos, Matthew seguía mirando en sentido contrario al de la marcha y mis bolsas de la compra continuaban vacías.

Le di la vuelta y, en una solución de compromiso, le permití cogerse a Orlando en vez de a la sillita, con la esperanza de que se cansara de caminar así. Cuando llegamos al supermercado todavía no se había cansado. Siempre me hago el propósito de preparar una lista antes de salir de compras y nunca lo hago. No había pensado qué comeríamos, por lo que me limité a meter en la cesta las cosas que me parecieron sencillas o familiares o baratas. Entonces ocurrió algo curioso. De repente, el estúpido canturreo dejó de ser un mero zumbido de fondo y oí la canción de los Righteous Brothers *You've lost that*

loving feeling, no muy alta, un poco cascada, pero inconfundible.

Creí que mi corazón dejaría de latir o que quizá me desmayaría, tan intenso fue mi dolor, pero naturalmente no ocurrió absolutamente nada; todavía seguía con un paquete de varitas de pescado en la mano pero ¡ah!, siete años antes tenía que ser caviar o nada y estaba enamorada y no existía David y había pasión y música y flores, y el marido de otra en un pequeño apartamento en un sótano de Knightsbridge, y antes de eso solo el sol me había seducido hasta el punto de inducirme a acostarme y quitarme la ropa. Era tan inexperta que la primera vez que hicimos el amor ni siquiera noté que él tenía un solo cojón. De hecho, hasta la tercera o la cuarta vez no pude abrir los ojos sin enrojecer y entonces él me dijo que se lo habían arrancado de un disparo en la guerra de Corea. Me pareció increíblemente romántico y también quedé impresionada porque él continuaba en la Reserva de Voluntarios de la Marina Real; sonaba muy patriótico: por la reina, la patria y un testículo. Curiosamente, no descubrí la verdad hasta hace cosa de un año, cuando conocí a alguien que había ido a la misma universidad y que de hecho estaba jugando al rugby con él cuando ocurrió el accidente.

Aun así, fue terrible sentir ese dolor en medio del supermercado. Cuando salí de mi ensueño advertí que una mujer estaba mirando muy fijamente a Matthew y me ruboricé imaginando que se habría metido algunos caramelos en el bolsillo. Lo examiné, deseando a medias que así fuera para tener una oportunidad de ponerme furiosa contra el mundo en general y sobre todo contra esa tienda que ponía los caramelos al alcance de la mano de los niños. Había visto tantas veces madres frenéticas chillándoles a sus hijos, pegándoles incluso, por haber tenido la osadía de dejarse tentar exactamente como los expertos en estudios de mercado pretendían que ocurriera. No era de extrañar que la mitad de los críos del país no tuvieran un solo diente propio cuando llegaban a la pubertad. Pero el pobre Matthew era inocente, esta vez.

Volví a fijarme en la mujer mientras hacíamos cola en la caja. Nuevamente estaba mirando muy fijo a mi Matthew. Me sentí incómoda y después me puse nerviosa al ver que parecía esperarnos; tanto que primero no oí a la chica que me decía:

–Siete libras y cuarenta y tres peniques.

No, por favor. Ella lo repitió muy alto y una pesadilla empezó a cobrar vida; no me alcanzaba el dinero, me faltaban once peniques, y tuvieron que llamar al gerente y la cola empezó a crecer y a murmurar como un volcán a mis espaldas y yo no sabía qué hacer, y entonces descubrí una lata de judías con tomate al precio especial de oferta de once peniques y la saqué del cesto con gesto triunfante, pero la chica replicó muy irritada que tendría que contarle todo de nuevo y el gerente le dijo que no fuera tonta y la chica se puso muy colorada y se calló y yo pagué y recogí mis cosas muy torpemente, dejándolas caer, con los dedos hechos un lío. Y la cajera y el gerente me observaban y la cola chasqueaba la lengua y rezongaba, por el amor de Dios.

Entonces advertí que la mujer que estaba mirando a Matthew continuaba observándolo fijamente y me entró el pánico y quise salir deprisa. Colgué una bolsa a cada lado de la sillita y me volví para coger a Matthew y en ese instante la sillita se cayó para atrás y Orlando empezó a chillar y chillar y chillar.

Y yo también empecé a gritar, pero solo dentro de mi cabeza.

XI



Matthew me salvó: esa criatura que aún no tenía dos años me acarició la mano y me hizo agachar la cabeza y hundió su cara en mis lágrimas hasta que no cupo ninguna más entre sus mejillas y las mías.

Medio mundo había confluído en torno a Orlando para cogerlo en brazos y calmarlo y canturrear cancioncillas, con lo cual pasó a ser todavía menos hijo mío. Cuando Matthew comprobó que yo estaba tranquila y calmada se abrió paso en busca de Orlando, hecho un pequeño ariete furioso y decidido, arrastró la sillita de paseo por la correa inferior entre la barrera de piernas y me la acercó para que pudiéramos estar todos unidos y ofrecer una imagen familiar al mundo exterior.

Hicimos una salida unida, aunque poco digna, de la tienda. Y allí, aguardándonos en la acera, encontramos otra vez a la extraña mujer. No pude esquivarla, estaba justo en medio del paso.

–Perdone –me dijo–, tengo que decírselo, y lamento molestarla después de todo lo que le ha pasado, pero soy representante de una agencia de publicidad y estamos buscando a una niñita tan hermosa como su hijita para promocionar un producto recién lanzado al mercado. –Y me puso una tarjeta en la mano con una sonrisa realmente genuina.

Por segunda vez aquella mañana se me paró el corazón y mi cara debió aparecer vacía de toda expresión, porque ella continuó rápidamente:

–Oh, ya sé que es una monstruosidad por mi parte, pero la he estado observando y es una modelo innata. Tendría que ver algunos de los monstruitos que nos traen las mamás embobadas. Es increíble. Ella –señaló a Matthew con la cabeza– es exactamente lo que estamos buscando. Afectuosa y vivaracha y bonita y... bueno, encantadora. –Miró a Orlando, al pobre, calvo, poco seductor Orlando–. Y él, es tan... grande. Quizá podamos incluirlo también de algún modo. En el fondo de la foto. Mire, no tiene que decidirse ahora mismo. Llámeme el lunes o el martes. Pero, por favor, piénselo. –Y me tendió la mano.

–Tendré que esperar a ver qué dice mi marido. Explotación, ya sabe –fue

lo único que se me ocurrió decir, porque mi cabeza parecía a punto de estallar de dolor. Oh, Matthew, ¿por qué no tendrías el pelo y los ojos oscuros? Nadie tomaba nunca a Orlando por una niña y sin embargo tiene que haber niñitas feas. En alguna parte.

No era la primera vez que ocurría. La gente exclamaba con frecuencia: «Oh, qué niña más adorable (o mona o encantadora o preciosa)», pero cada vez sentía un dolor tan intenso como si se tratara de una nueva vivencia, a menos que simplemente estuviera disminuyendo mi tolerancia al dolor.

Había sido una mañana poco agradable y no pude hacer nada para levantar nuestros ánimos, pues la compra se me hacía más y más pesada por instantes y no me quedaba ni un céntimo. No tenía más alternativa que volver a casa. El trayecto era corto, pero pareció que tardábamos mucho. El mercado de Berwick Street estaba llenísimo de gente y al fin, harta de que me empujaran y me zarandearan, lancé la sillita a través de la multitud como si fuera una segadora de césped eléctrica, golpeando las piernas de la gente con las bolsas de la compra si era preciso, cualquier cosa con tal de abrirme paso y alejarme de las miradas indiferentes y las cosas que decían, realmente tendrían que esterilizar a estas madres que llevan a sus hijos de compras a un sitio como el Soho. Probablemente exagero pero, desde luego, mi ánimo estaba bastante desbocado e incluso empecé a apuntarme tantos según una escala móvil por cada persona a la que golpeaba con las bolsas de la compra o la sillita. Tres por un taco, dos por un salto, uno por una mala cara y cero cuando fallaba el golpe. Me apunté once tantos en Berwick Street y ocho en Rupert Street y nos aproximamos a nuestro edificio rebosantes de triunfante entusiasmo. Pero duró poco, pues cuando llegamos a casa y tocamos el timbre David no contestó y tuve que decidir qué dejaría en la calle mientras hacía el primero de los dos viajes. Una vez dejé la compra y al volver todo había desaparecido.

Aquel día dejé a Orlando, cosa que no había hecho nunca hasta entonces. No me di prisa, no podía darme prisa, pues Matthew estaba aprendiendo a contar los peldaños y las dos bolsas pesaban mucho y había una cantidad espantosa de peldaños. Cuando llegamos arriba, abrí la puerta e hice entrar a Matthew y abandoné las bolsas de la compra en el suelo de la cocina. Volví en busca de Orlando, bajé el primer tramo de escaleras, doblé la esquina y me

topé con David que subía con Orlando en brazos. Ahora bien, en los tiempos preMcCoy me habría gritado y chillado de lo lindo por dejar al crío abajo, pero ahora se limitó a decir mansamente:

–Tendrías que haberme esperado. Había salido a comprar tabaco.

Imposible responderle nada, toda vez que no tengo dotes parapsicológicas y por tanto no tenía manera de averiguar qué estaba haciendo. Lo único bueno fue que a todas luces se le había pasado la resaca.

–¿Buen viaje? –me preguntó una vez en casa, como si hubiéramos estado en Grecia, y tampoco recibió respuesta.

Entonces dijo que qué tal si él preparaba una tortilla y una ensalada para todos y esta vez pude contestarle agradecida:

–Sí, es una idea realmente espléndida, pero ¿puedo darle de mamar a Orlando primero?

Mientras lo hacía observé que parecía tener menos leche y me felicité de haber comprado un biberón el día antes, pues había rechazado despectivamente el que me habían ofrecido gratis en el hospital. Mientras le daba el pecho estuve leyendo un ejemplar muy viejo y gastado por el uso de *En Grand Central Station me senté y lloré*. Últimamente solo parecía tener deseos de releer mis libros *favoritos*, había perdido por completo mi voraz apetito por las novedades.

David me había pedido que lo avisara cuando cambiara de pecho para empezar a preparar la comida. Le di un grito y él dijo: «Estupendo» y me ofreció un vaso de vino. Bebí un sorbo y a Orlando se le puso la cara muy encarnada y escupió con asco mi pezón. Oh, no, eso no, chiquillo, no conseguirás hacerme sentir culpable, y le introduje otra vez el pezón en la boca. Entonces advertí que no me estaba rechazando, sino que había empezado a cagar, y me bebí el resto del vino. Cuando por fin terminé de darle el pecho y de cambiarlo, David ya me había llamado tres veces, metiéndome prisa, y cuando me senté a la mesa mi tortilla estaba dura y fría y David y Matthew ya habían terminado. La escondí debajo de unas hojas de ensalada y me comí el resto pero David lo notó igualmente.

Mientras tanto ya había pasado la mitad del primero de los dos días, una cuarta parte de todo el fin de semana, sin contar las horas dedicadas a dormir.

XII



Después de comer, David se llevó a los niños al parque y yo llamé a Mary para preguntarle si podría quedarse con los chicos el lunes. Su madre estaba pasando dos semanas con ellos y dijo que me ayudaría con mucho gusto. Ni siquiera me preguntó adónde iba. Creo que podría haber vuelto a ser una buena amiga si yo se lo hubiera permitido.

Decidí terminar la carta a mi abuela. Estuve hurgando en mi cómoda en busca de su última carta para comprobar si había algo especial que requiriera respuesta, aparte de sus quejas sobre cuán dura era la vida y contra su perro y su médico. Ese cajón constituía mi último vestigio de vida privada –lo era, debería decir, hasta que Matthew perdió las llave– y allí guardaba las cosas más diversas: cartas, fotos, diarios, felicitaciones de Navidad, mi viejo pasaporte de soltera, recetas, partidas de nacimiento y agendas. Antes sentía un gran placer cuando revisaba lo que había en él, acariciando los objetos, mirando, palpando, recordando, pero no lo había ordenado de veras desde antes de que naciera Matthew. Últimamente me limitaba a embutir más y más cosas dentro y cuando fui a abrirlo para sacar la carta lo encontré atascado y tuve que sacar primero el cajón de encima para poder abrirlo. Enseguida descubrí lo que lo tenía atascado. Tres fotografías habían quedado enganchadas y se habían doblado; profundas arrugas surcaban su superficie. Una era un retrato de mi madre, ajada y bonita; en otra aparecía yo de pequeña, increíblemente parecida a Matthew; y la otra era una instantánea demasiado luminosa y desenfocada de David y yo en unas vacaciones en Córcega, encima de una roca, rodeados de un mar brillante.

Éramos tan felices entonces, estábamos tan unidos, que al mirar ahora la foto me parecía estar contemplando una pareja curiosamente familiar pero desconocida. Yo tenía entonces el pelo muy largo y llevaba un pequeño bikini descolorido. David vestía unos shorts más bien anchos. Recuerdo que acabábamos de hacer el amor y se nos veía muy ufanos. Quizá ese fue incluso el día en que fue concebido Matthew; desde luego, lo engendramos en algún lugar de aquella isla, en algún momento de aquellas felices vacaciones.

Entonces ya llevábamos un año casados y dos viviendo juntos. Nos sentíamos tan seguros, teníamos tanta confianza en nosotros mismos y en nuestro futuro y en nuestro mundo... Y ahora no podía recordar la última vez que había mirado a David y realmente lo había visto; ahora parecíamos pasarnos el tiempo intentando cada uno esquivar las miradas del otro y cuando nuestros ojos se encontraban por casualidad se diría que teníamos un tercer párpado de gato por lo poco que conseguíamos vislumbrar cada uno en el corazón del otro. En Córcega habríamos querido devorarnos mutuamente –habíamos estado a punto de hacer precisamente eso–, habíamos deseado y dado y tomado hasta que, eso parecía, no quedó ya nada que desear o dar o tomar. Y Orlando había sido engendrado en ese limbo residual; un acto sin pasión, furtivo, rutinario, sin amor. Lo único que podía hacer era reprochármelo a mí misma. Sabía lo que estaba ocurriendo con David y conmigo y, en vez de tener las agallas de largarme, me quedé porque no tenía adónde ir, pensé que tener otro crío enseguida era una buena idea, le haría compañía a Matthew, que no quería que fuera hijo único. Antes pensaba que si Orlando hubiera sido una niña las cosas habrían sido distintas. Nada de eso; el daño ya estaba hecho mucho antes.

La pasión difumina tantas cosas; es preferible vivir o casarse con un amigo que una aprecie: entonces queda algo capaz de mantener la unión. Nosotros no teníamos nada. Ningún respeto mutuo. Y, Dios nos ampare, dos hijos. Esa tarde, sentada en cuclillas, estuve recordando aquella felicidad de Córcega, pero no conseguía recordar a la persona con quien la había compartido.

Volví a guardar las fotografías en el cajón ahora abierto y localicé la carta que estaba buscando y que efectivamente era un catálogo de desastres personales y caninos. Escribí una respuesta festiva, alegre, llena de entusiastas comentarios sobre mis hijos y el trabajo de David y el tiempo. Rellené un cheque por una pequeña cantidad, sin barrarlo, pues mi abuela desconfiaba de los bancos, y después salí a comprar un sello y a echar la carta al correo.

Reuben, el hombre de la papelería de enfrente, me vendía a veces uno de los sellos que tenía para su uso particular; había empezado a hacerlo solo en casos desesperados, después de que tuve a Matthew, pero después de

Orlando, bueno, dos chiquillos tan encantadores, ¿cómo podría negarse? Aquel día incluso se lo dejé a deber.

Atravesé Trafalgar Square para echar la carta al correo, pues entonces todavía se podían franquear cartas después del mediodía del sábado, y de camino a casa me detuve a observar las palomas. Cuando nos mudamos allí veía continuamente una paloma con las patas terriblemente deformadas; me causaba el tipo de placer que a veces siente la gente cuando un perro desconocido se le acerca meneando la cola, esa sensación de «no puedo ser tan malo, fijaos cómo ha reaccionado este perro», imaginando en mi ingenuidad y arrogancia que esa paloma concreta me seguía. Después, naturalmente, me enteré de que casi ninguna paloma de Londres tiene dedos en las patas, apenas unos muñones nudosos donde deberían estar los pies. Creo que es por culpa de una cosa que ponen en los alféizares de las ventanas para que no se acerquen, pero que, al parecer, solo hace desaparecer sus patas.

Estaba sentada como en trance, mirando al vacío, cuando de pronto Matthew se abalanzó sobre mí. Si hubiera quedado con David para encontrarnos allí, no nos habríamos visto; ahora que quería estar sola, él me había localizado. Por un instante me sentí tan culpable como si mi aislamiento fuera un amante y nos hubiera pillado in fraganti. Acariciaba celosamente mis momentos de soledad; parecía tener tan pocos... Regresamos andando juntos, probablemente con una apariencia de familia feliz.

Nos paramos a comprar unas pizzas en Shaftesbury Avenue, pues ya eran casi las seis, y David se sacó de la manga otra botella de vino. Parecía tener una reserva inagotable de dinero aquellos días, así que le conté que no me había llegado para pagar en el supermercado. Me revolvió el pelo y me llamó su tontita Jodie, cosa bastante extraordinaria, pues uno de los motivos por los que teníamos verdaderas peleas, por los que llegábamos a gritarnos en serio, era el dinero.

Sentí un nuevo estremecimiento de temor: ¿por qué actuaba de esa forma tan fuera de lo común, por qué insistía en llevarme la corriente, qué temía o qué intentaba hacerme temer? Me sentía atrapada en un juego psicológico totalmente desconocido para mí. Tuve ganas de estar sola otra vez, ahora no para pensar, sino únicamente para sentirme segura y libre de amenazas.

Cuando los críos se durmieron, le sugerí que saliera por su cuenta, que fuera a ver a algunos amigos o al cine. Por un instante se le desplazó la máscara y me miró con expresión acusadora.

–¿Por qué? –dijo.

Me encogí de hombros.

–Nada, he pensado que tal vez te gustaría alejarte un rato de esto –indiqué el piso– y de nosotros.

–Estoy muy bien –respondió–, tengo que terminar algún trabajo y después había pensado ver *El partido de hoy*. Si no te molesta.

Dije que me parecía muy bien y que iba a preparar la ropa para llevarla a la lavandería al día siguiente y después me iría a leer en la cama. Incluso dije que tenía un principio de migraña. Jamás en la vida he tenido migraña, pero él tampoco la había tenido nunca y por lo tanto no detectó la ausencia de síntomas.

Mientras recogía mis cosas para llevármelas al dormitorio pensé que quizá seis meses antes todavía habría intentado hablar con él, habría hecho un esfuerzo para intentar descubrir dónde estábamos nosotros –David y Jodie– y de dónde habían salido esos dos desconocidos. Ahora ya no tenía sentido: sencillamente no me importaba, y eso era lo peor de todo. Terminé *En Grand Central Station me senté y lloré* y también yo tuve ganas de llorar. El libro había perdido algo para mí y pensé que quizá fuera un libro que solo impresionaba cuando una estaba viva; me sentía tan muerta que ya no me evocaba nada. Ningún eco familiar, ningún oh conozco esa sensación, esa angustia, ese dolor. O quizá no tenía nada que ver con estar viva, sino que más bien estaba relacionado con el hecho de estar enamorada o de tener al menos la capacidad de amar, una capacidad que yo había perdido hacía mucho, mucho tiempo.

Era como si estuviera llena de lágrimas, como si pudiera sentirme mejor si pudiera llorar, pero no había nada capaz de desencadenar el llanto: las lágrimas siguieron estancadas dentro de mí, esperando su oportunidad.

Estuve considerando la posibilidad de bañarme, ante la duda de si David exigiría sus derechos conyugales y me haría sentir sucia otra vez. Opté por lavarme. David era un practicante bastante entusiasta del ritual de exaltación del pene de la noche del sábado. Seguramente millones de mujeres eran

violadas en nombre del amor conyugal en todo el país las noches de sábado. El insistente lloriqueo de Orlando rompió el silencio que me rodeaba. Lo noté un poco caliente, así que lo cambié y le di el pecho y le froté las encías inflamadas. Se tranquilizó en mis brazos, pero cada vez que intentaba ponerlo de nuevo en la cuna empezaba a berrear. Aquella noche lo agradecí, aunque Matthew había hecho lo mismo muchas veces cuando David y yo nos poníamos cachondos y entonces yo habría sido capaz de cometer un infanticidio con toda tranquilidad. Quizá fue entonces cuando se esfumó nuestra pasión; cansada de esperar que se durmiera un crío rebelde, simplemente se evaporó en el mismo aire de la noche que se tragaba sus berridos.

Cuando me acosté agradecida en el cuarto de los niños, oí *El partido de hoy* en pleno apogeo. De pronto sentí un gran cansancio. Puede que fuera por la influencia de la respiración regular y uniforme de Orlando, que me hizo regular inconscientemente la mía para adaptarme a su ritmo, a la pauta de su sueño, pero allí, a oscuras, con él en los brazos, el sueño empezó a parecerme muy inminente y lo acogí con sumo agrado.

Mi último pensamiento fue de fastidio, porque podría haberme bañado al fin y al cabo.

XIII



A la mañana siguiente me desperté muy temprano e hice algo que no había hecho desde el nacimiento de los críos. Me levanté sigilosamente de la cama, sin respirar apenas para no despertar a Orlando, me vestí y salí a la calle.

Eran poco más de las seis de una pálida, casi luminosa mañana. Las aceras empezaban a secarse rápidamente después de la lluvia nocturna y había basura por todas partes, latas de cerveza, paquetes de tabaco, salchichas de Frankfurt a medio comer, envoltorios de condones, botellas de Coca-Cola, un par de bragas y varios zapatos desaparejados. Pero nada de eso me molestó, simplemente constaté agradecida que los domingos a primera hora de la mañana eran el único momento de la semana en que el Soho pertenecía a sus residentes. Todavía no había muchos en la calle. Algunos visitantes dormían, recuperándose de los excesos de la noche anterior, en los portales y sobre las rejillas de los sótanos; fuera de eso, podría haber sido un pueblo dormido en cualquier parte del país. Fui dejando atrás edificios cerrados que olían a café o a pan recién cocido o a sexo rancio. Los locales de striptease, con las persianas bajadas para protegerse de la luz hostil del día, parecían blanqueados e inocentes y sin vida bajo la pura claridad del amanecer. Se hacía difícil asociarlos con ningún tipo de deseo. Las fotografías de las chicas en la fachada resultaban increíblemente tristes, un panorama de desesperación intensificado por los *graffiti* iletrados y poco originales.

Atravesé Piccadilly Circus para comprar los periódicos, una de las cosas más agradables del domingo. Todavía estaba bastante lleno de gente, algunos pájaros madrugadores, pero sobre todo noctámbulos que volvían a casa, tal vez reticentes ante la idea de tener que poner fin a su noche en la ciudad y regresar a los suburbios, o quizá buscando todavía una chispa que justificara el dinero malgastado en sueños de oropel. Pero ese no era el mejor lugar para conseguirlo.

Regresé por Shaftesbury, estrechando los diarios contra el pecho mientras buscaba un café, pero naturalmente era demasiado temprano. Eso me exasperó, pues su olor me llegaba de todos lados. Por fin, volví a la cafetería

de Coventry Street que está abierta toda la noche, aunque tardaba más en llegar ahí que en ir hasta mi casa y prepararme un café de verdad. Entré arrastrando los pies, con la cabeza gacha, consciente de que era esencial no encontrarme con las miradas de la gente. Me senté en un rincón, de espaldas a la ventana y al resto de la sala, y me tapé la cara con el pelo.

Tuve que esperar un buen rato hasta que vino el camarero, pero me sentía muy bien, leyendo, fumando un cigarrillo, escuchando el ruido de la gente que dragaba la noche de sus pulmones. El café, cuando me lo trajeron, era mejor de lo que esperaba y me reconfortó. Estuve allí un buen rato, el suficiente al menos para leer las secciones de espectáculos y los suplementos del *Sunday Times* y el *Observer* y hojear las páginas de chismes del *Sunday Express*, mi única concesión a la vulgaridad, como decía David; él lo leía de cabo a rabo en nombre de la curiosidad periodística.

Cuando me detuve a pagar la cuenta antes de salir, vi a una muchacha que realmente me impresionó y cuya mirada no pude evitar. Se parecía bastante a mí: pelo liso, flequillo, pantalones con peto, zuecos. Era una yonqui, con la opaca vulnerabilidad a flor de piel de esas personas casi duras. En el Soho hay muchísimos yonquis, los veía continuamente, pero nunca me acostumbré a su presencia; aprendí a identificar sus siluetas para cruzar a la otra acera o al menos desviar la mirada cuando los veía acercarse. Pero no pude esquivar a esa muchacha. Su mirada se encontró con la mía por casualidad, pero una vez la hubo encontrado ya no la soltó. Quizá nos reconocimos en esa breve fracción de segundo del primer contacto. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan próxima a otro ser humano. No me pidió dinero, como había estado haciendo con otras personas. Por fin bajó la mirada y me soltó. Me alejé, sintiéndome inesperadamente privilegiada.

Comprobé que eran las siete treinta en el reloj eléctrico de la fachada del banco. Me senté en el muro bajo que flanquea el aparcamiento al final de nuestra calle, con la cara mirando al sol y los ojos cerrados con tanta fuerza que veía dibujos luminosos en la cara interior de mis párpados, retrasando todavía unos instantes mi retorno a la vida que seguramente había escogido. Era un gran lujo poder estar sola de ese modo, en el limbo; sin ser la esposa ni la madre de nadie. Solo Jodie.

Fumé un último cigarrillo, mientras echaba un vistazo en busca de alguna

otra cosa susceptible de retrasar mi regreso. No encontré nada y volví a casa.

Al abrir la puerta encontré un ambiente de gran satisfacción. David había encontrado el biberón y le había dado de comer a Orlando –únicamente, como descubrí luego, porque ya no podía resistir más sus chillidos– y él y Matthew se disponían a empezar un contundente desayuno de huevos cocidos y salchichas y tostadas con mermelada y té. Les sonreí y recibí otra bobalicona sonrisa forzada de David. Era un hombre alto y grueso, normalmente reservado y no demasiado propenso a ningún tipo de expresión facial, lo cual hacía particularmente ridícula esa sobredramatización de su fingida afabilidad. Le di los periódicos y preparé una jarra de café realmente fuerte, tarareando calladamente mientras lo hacía. No nos dijimos nada.

Advertí que Matthew se debatía dolorosamente en la desgarradora alternativa de ser un niño mayor y desayunar con papá o ser un niño pequeño y pedirle un mimo a mamá, conque me acerqué y me senté a su lado y le acaricié el pelo. Él lo interpretó como un gesto muy afectuoso, y tal vez lo era, y apretó la cabecita con fuerza contra mi mano, dándome a entender que todo marchaba bien en su pequeño mundo. De hecho, me empujó con tanta fuerza que perdí el equilibrio y derramé un poco de mi café. David continuó sonriendo. El café tenía un sabor amargo.

Lavé los platos y David hizo las camas mientras Matthew creaba otro terrible atasco de tráfico en la repisa de la ventana.

En un estado de ánimo creativo, decidí hacer lasaña para el almuerzo en vez del picadillo que tenía previsto. Las láminas de pasta se me pegaron y se rompieron; se me quemó la bechamel; cuando abrí el grifo, el chorro de agua fue a caer en el hueco de una cuchara y me empapó. Desaparecido todo espíritu creativo, lo puse todo en la fuente como buenamente pude y lo metí en el horno. Me bebí un trago de jerez de cocina muy dulce y desaparecí en el cuarto de baño para darme el baño que no había tomado por la noche. Mientras soñaba despierta, David aporreó la puerta y gritó: «Algo se está quemando», y por un instante sus palabras también formaron parte de mi sueño y no comprendí de qué me hablaba. No se le ocurrió apagar el horno. Comimos bastante temprano; la lasaña quemada no sabe tan mal como suena. Quizá el vino ayudó un poco.

Mientras le daba el pecho a Orlando, sentí un increíble sopor; en realidad,

hubo un momento en que los dos caímos dormidos, pero no pudo ser, no podía permitirme ese lujo. Tenía que ir a la lavandería. Y el día siguiente sería lunes.

XIV



La lavandería estaba prácticamente vacía, pero la mayoría de las lavadoras estaban llenas. Yo llevaba dos cargas completas: metí los pañales y las cosas del bebé en la única lavadora libre y después saqué algunas prendas de otra que ya había completado el programa. Metí mis cosas dentro y después observé las prendas que había sacado. No parecían merecer tanto gasto; había cuatro calcetines desparejados, una camiseta, una camisa y la parte de abajo de un pijama. Las dejé con cuidado en la cesta y me senté a contemplar el lavado, mirando cómo giraba y giraba la ropa, enredándose y desenredándose, un poquitín como mi cabeza y mi vida. Aburrída, busqué el libro que llevaba en el bolsillo. Estaba leyendo, por octava o novena vez, *El fin del romance* de Graham Greene y todavía me conmovía la belleza del texto y el sufrimiento que describía. «Quiero un amor humano corriente, corrupto.» Esta frase me obsesionaba desde que la leí por primera vez. Envidiaba a Sarah y Maurice su amor, tan puro, tan lleno de pasión, tan lleno de dolor. Añoraba ese amor devorador, ese deseo. ¿Volvería a desear a alguien algún día? Recordaba la sensación, aunque no con demasiada claridad, y no recordaba en absoluto el objeto del deseo. Había llegado a un compromiso, me había conformado con un accésit. Una vez, antes de que las cosas empezaran a ir realmente mal, le dije a David que todavía lo quería pero que ya no lo deseaba de esa manera que me consumía en otra época. Intenté explicarle que la pasión había desaparecido y que no creía que nada pudiera volver a encenderla. No se lo dije tan crudamente; fui suave y generalicé, lo dije con amor y no con rabia. Quería hacerle comprender que mi amor por él había cambiado, había pasado a un plano distinto, que yo creía más profundo y permanente. Pero, naturalmente, lo que no comprendía entonces era que el amor sin deseo tiene aún menos probabilidades de supervivencia que la otra clase de amor. Pero, de todos modos, tampoco valió la pena que me molestara en explicárselo; apenas levantó la mirada del libro y quince minutos después consideró que un polvo sería una buena idea. Fue la primera vez desde que lo conocía que me limité a tumbarme ahí como una

estrella de mar. Él no lo notó.

Perdida en mis fantasías, volví a la realidad empujada por un joven furioso que quería saber por qué había sacado su ropa de la lavadora. Estaba realmente enfadado y dedicó una enorme cantidad de energía a hacérmelo saber. Su manera de hablarme era francamente desagradable. Me excusé profusamente; siempre soy muy tímida frente a las explosiones de ira.

–Lo siento muchísimo –tartamudeé–, tenía muchísima ropa y su máquina se había parado y no había nadie aquí y no he sabido qué hacer y no he caído en la cuenta de que estaba haciendo una cosa totalmente irrazonable y ahora lo comprendo y lo siento, de verdad que lo siento. No sé qué más puedo decirle.

Creo que incluso solté una lagrimita. Él parecía un poco acoquinado y dijo:

–Oh, bueno, no pretendía... En fin... Verá, no puedo soportar que nadie toque mis cosas... Lo siento... Lo único que pasa es que... bueno... olvídalo, ¿quiere?

–Está bien, de acuerdo –respondí, mirando al suelo.

–Vamos, le he dicho que lo siento, lo digo en serio, deje que lo sienta. Hablo primero y pienso después. Mi madre siempre me reñía por eso. Venga, acompáñeme a tomar una taza de café.

Estaba tan estupefacta que lo acompañé. Era un poquitín más alto que yo y muy flaco, con cierta arrogancia, entre fanfarrona y defensiva. Me alegré de salir de allí; era aburrido contemplar el lavado de la ropa y había terminado de leer un capítulo del libro, la ración diaria que me concedía.

El local más próximo era Chubbies, detrás de Liberty's, al final de Carnaby Street. En la calle había muchísima gente, réplicas perfectas de la que había visto en Piccadilly por la mañana. Tomamos el café sentados en taburetes altos en una barra de plástico y sin darnos cuenta iniciamos un trato fácil, familiar, el reconocimiento mutuo de dos solitarios.

Él acababa de mudarse al Soho y quería ser escritor. Creo que pensaba que, ya que vivía en el Soho, debía explorar cada centímetro cuadrado del barrio, bautizarse de hedonismo antes de empezar a deslizar la pluma sobre el papel. Era inteligente e ingenioso y divertido e increíblemente directo, pero en ese primer encuentro me pareció que se tomaba bastante en serio a sí

mismo.

Terminamos ese café y nos llevamos otro par de vasitos de plástico a la lavandería. Continuaba vacía, pero alguien había vaciado una de mis lavadoras en una cesta, lo que le hizo mucha gracia a Jack (así se llamaba).

Metimos toda la ropa, también la suya, en una secadora y juntamos las monedas que llevábamos. Después nos sentamos a charlar.

Él había iniciado una investigación exhaustiva sobre mí y mis respuestas, en general, no fueron sinceras. Entonces, de pronto, me preguntó por el recuerdo más intenso de mi infancia, el hecho que recordaba con mayor frecuencia. No tuve que esforzarme demasiado.

–Cuando era niña estaba en un internado y pasaba las vacaciones con un matrimonio que tenía dos hijos.

–El equivalente de clase media de un asilo –dijo burlonamente él.

–Es posible. De un modo u otro –continué– eran realmente buenos conmigo, me hacían participar en todo lo que hacían, me hacían sentir querida y aceptada. No favorecían para nada a sus propios hijos. Una mañana entré en el dormitorio de los padres, buscando a los otros niños. El padre estaba en la cama y la madre estaba de pie al lado riéndose con los niños. No llevaba nada encima, estaban compartiendo un simple momento de intimidad todos juntos, pero cuando yo entré ella buscó frenéticamente las sábanas para taparse. Tuve una visión de cuatro caras sobresaltadas mirándome y me apresuré a salir y cerré la puerta. Pasó mucho rato antes de que alguien saliera de la habitación. Por primera vez me sentí totalmente excluida y tuve conciencia de que, fuera lo que fuese, yo no era de la familia. Me sentí muy aislada.

Después de contarle esto, Jack estuvo callado un buen rato. Luego me dijo:

–Inmortalizaré ese momento para usted. Lo incluiré en mi libro.

Yo no dije nada, simplemente abrí la portezuela de la secadora para ver si algunas de las prendas más pequeñas ya estaban secas y podía sacarlas.

Luego la conversación volvió a un nivel bastante general y yo procuré mantenerla en ese plano. De repente me sentí incómoda por haberle revelado aquel incidente a ese muchacho adulto a quien apenas conocía. Nunca se lo había contado a nadie.

Jack me ayudó a doblar la ropa y a meterla en las bolsas. De pronto se fijó en los pañales y preguntó:

–¿De quién son? No serán suyos, ¿verdad?

Yo asentí con la cabeza.

–No parece tener edad para eso.

No hablamos nada de mi vida presente. Le conté algunas cosas del pasado, pero él no me preguntó nada sobre el momento presente y yo no le ofrecí ninguna información. Era una mujer con un pasado y sin presente. Era una sensación bastante agradable.

Él me acompañó hasta la esquina de mi calle y me llevó la ropa limpia. Había envuelto la suya en la camiseta y se la puso bajo el brazo.

–Yo voy hacia allí –dijo.

Y yo enfilé en sentido contrario, separándome de él, temiendo que me pidiera el número de teléfono o me preguntara si podría volver a verme, pero solo dijo:

–Bueno, hasta otra.

Me sentí ridícula y también un poquitín molesta.

XV



Orlando dormía en su cuna y Matthew y David se habían dormido en el suelo y en un sillón respectivamente. Yo ya había archivado a Jack, clasificándolo como una persona en la que pensaría en un momento más oportuno si es que volvía a pensar alguna vez en él.

Guardé la ropa limpia haciendo bastante ruido, para ver si los despertaba, golpeando las puertas de los armarios y los cajones. Siempre me sentía muy virtuosa después de una visita a la lavandería; a veces dejaba las cosas apiladas en grandes túmulos primitivos. Al contemplarlos, me sentía mejor madre y esposa.

Pero al día siguiente estaría en Brighton y Mary no sabría dónde guardar las cosas.

Preparé algo de cenar para Matthew y lo desperté. Estaba muy malhumorado y cansado y escupió parte de la comida, en vistas de lo cual lo desvestí para acostarlo y justo cuando empezaba a leerle un cuento empezó a despabilarse. Siete cuentos más tarde lo dejé muy satisfecho, canturreando por lo bajo. Ya eran las siete y empezaba a estar inquieta por la llamada de Joy.

Volví a la otra habitación para estar cerca del teléfono y observé que David debía haber derribado el auricular con el brazo al dormirse.

Mi enfado fue totalmente irracional pero muy difícil de contener y, puesto que David no sabía nada de lo de Brighton ni de Joy ni de la llamada telefónica, su confusión probablemente fue sincera. La verdad es que estuve un poco insolente y es probable que David, todavía medio dormido, tuviera motivos para decirme que me callara y me portara como una persona adulta. Segundos después ya había recuperado su máscara y estaba haciendo su comedia de yo cuidaré de ti, representando el papel de un ser humano.

Me senté al lado del teléfono. Él bostezó y se rascó y se desperezó y dijo que le vendrían muy bien una tacita de té y un bocadillo. No me moví, ni siquiera parpadeé, simplemente continué sentada al lado del teléfono.

Tres horas más tarde, David ya se había preparado varias tazas de té y

bocadillos y yo continuaba allí sentada, embotada de desesperación, mordiéndome las uñas y consciente de que tendría que pasarme toda la noche en esa silla si ella no llamaba. David estaba emitiendo gruñidos de «Oh, Dios, qué cansado estoy, me voy a la cama, te vienes también» y dentro de mí únicamente reinaba una espantosa inmovilidad, una total incapacidad de registrar nada por temor a que se manifestara en forma de pánico.

Y entonces sonó el teléfono. Lo dejé sonar dos veces y habría esperado todavía más, pero vi la mano de David que se movía para cogerlo –apenas alcancé a distinguir el vello, ligeramente rojizo, en el dorso de sus dedos– y alcé el auricular, muy calmada ya.

–Diga.

–Jodie, ¿creías que no iba a llamar? He tenido al fontanero en casa, toda la tarde del domingo sin agua, acaba de irse. Mira, los trenes salen de Victoria cada hora y el viaje dura cincuenta y cinco minutos. ¿A qué hora puedes venir?

–Oh, Joy –todavía muy calmada–, estaba a punto de irme a la cama. Te veré a las once menos cinco.

–Jodie, no puedo creerlo. Tengo tantas ganas... ¿No puedes venir más pronto?

Una rápida reflexión, Mary llegará a las nueve, puedo pedirle que venga antes, no, realmente no puedo, ¿o podría pedírselo?

–Imposible, Joy, pero te veré a las once.

–Estupendo. –Joy jadeaba nerviosa; yo, en cambio, guardaba la compostura–. Pareces tan calmada, Jodie... Te esperaré en la estación. Tendrás que empezar a hablar en cuanto me veas o nunca tendremos tiempo de contárnoslo todo. ¿Has cambiado, Jodie?

–Eso tendrás que decírmelo tú, no lo sé. Debo de haber cambiado, supongo, pero de pronto me siento exactamente igual que hace diez años. Mira, tengo que colgar. Te veré mañana. Adiós, cuídate.

–Tú también. Adiós.

Cuando colgué el teléfono me corrían lágrimas por las mejillas pero de mi garganta no brotó ni un sollozo. David me estaba mirando con una curiosidad que no había manifestado desde hacía unos tres años; creo que tal vez entonces me vio realmente. No le gustaba no estar enterado de las cosas.

–¿Quién era? –Había formado una capilla con las manos.

–Nadie que tú conozcas. Una chica que estudió conmigo. Era mi mejor amiga. Joy. Mañana tomaré el café con ella. –Habla en un tono indiferente, Jodie, que no note que esto te importa.

–¿Algún motivo especial que explique tus lágrimas, entonces? Tú no lloras.

–¿Estoy llorando? He estado reteniendo un estornudo que luego se ha convertido en un bostezo. No estoy llorando, se me han saltado unas lágrimas, nada más. Esto está lleno de humo.

–¿Cómo es posible? Ninguno de los dos ha fumado en toda la tarde. No tenemos tabaco.

Ah, qué bien, así podría cambiar de tema.

–Sí que tenemos. Hay cuarenta cigarrillos en la cocina. En el último estante. Debiste preguntármelo, ya sabes que siempre tengo unos cuantos escondidos. ¿Un café?

–¿Qué dices? ¿Un café? Ya sabes que me desvela. Pero me tomaría con mucho gusto una taza de té.

–Eso también te desvela.

Fui a preparar el té, lo coloqué todo en una bandeja y se lo llevé.

–Aquí tienes. Buenas noches, voy a acostarme.

No pudo decir nada. Él había pedido el té y ya lo tenía.

Me metí en el dormitorio deseosa de que Orlando se despertara y me diera así una excusa para entrar en su cuarto. Con Matthew solía rezar rogando que estuviera callado, lo drogaba con Fenegan, hacía cualquier cosa con tal de poder estar con David sin interrupciones. Quizá el momento en que nuestro matrimonio realmente se desmoronó fue aquella noche después de que vacunaran a Matthew contra el sarampión, cuando empezó a llorar mientras estábamos haciendo el amor. David me tapó los oídos con las manos, pero yo ya había perdido la concentración y lo aparté de mí momentos antes del orgasmo. Tal vez nunca me lo haya perdonado.

Nada más meterme en la cama y apagar la luz empezó a oírse el tenue, persistente lloriqueo de Orlando. ¿Cómo era posible que ese crío a quien no quería fuera tan sensible a mis estados de ánimo que hasta lloraba en el momento oportuno? Había empezado a sustituir esa toma de medianoche por

un biberón, pero aquella noche le di el pecho. No quería que se me empezara a derramar la leche en Brighton. Lo hice a conciencia. Un observador me habría tomado por una madre amantísima. Acosté al niño e incluso podría haber vuelto a mi propia cama, pero una vez más la camita individual me pareció más acogedora.

Repasé de nuevo mi maleta, entreteniéndome mucho rato, acaricié los tejidos y acerqué uno de los vestidos a la figura dormida de Matthew, solamente para ver cómo le habría quedado. Habría podido ser una niña muy bonita.

Creo que finalmente caí en la inconsciencia alrededor de las tres de la madrugada. Tenía la cabeza tan llena de Joy y de los recuerdos de nuestra transición de la adolescencia a la condición de mujeres adultas que simplemente me abandoné y dejé que mis pensamientos siguieran su propio curso.

Me quedé dormida abrazada a mi maleta como si fuera un amante esquivo y menos falible que cualquier hombre: todavía seguía entre mis brazos cuando me desperté muy temprano, tarareando para mis adentros, la cabeza zumbando, el corazón cantando.

Me levanté y me bañé y me lavé el pelo y dejé que se me secase mientras hacía el café y preparaba el desayuno. Lo dejé todo a punto de servir, pero todavía no eran las siete, de modo que me senté a leer un rato. Aunque bastante en vano: tuve que leer y releer varias veces el mismo párrafo intentando encontrarle algún sentido y al final desistí y desperté a Orlando.

Estaba de un humor adorable y complaciente, la imagen publicitaria de un bebé querido y satisfecho. Cuando lo tuve listo desperté a David y a Matthew. David me preguntó cómo había pasado la noche y le mentí y le dije que muy mal, que Orlando no había pegado ojo y, por tanto, yo tampoco. Respondió que tendría que pasar noches así más a menudo porque estaba esplendorosa.

Les serví el desayuno y miré la hora mientras me servía mi quinta taza de café. Eran las ocho menos diez. Dentro de dos horas estaría en la estación.

Sonó el teléfono. Lo cogí distraída; David recibía con frecuencia llamadas a primera hora cuando por la noche ocurría algo que requería un reportaje urgente.

Era Mary.

–Jodie, lo siento muchísimo. Mamá tiene bronquitis. No puedo dejarla sola con los niños. Lo siento pero me es imposible ayudarte hoy.

–No te preocupes, Mary; no era importante.

–Oh, Jodie, no sabes cuánto me alegro. Estaba francamente preocupada. Casi no me atrevía a telefonearte por si...

–No te preocupes, Mary. Nos veremos pronto. Gracias por llamarme. – Colgué el auricular con mucho, muchísimo cuidado, no fuera a ser que se rompiera.

XVI



Y ya eran las diez menos cinco y yo había sacado el billete y estaba intentando localizar el andén del tren de Brighton. Llevaba a Orlando en un portabebés y a Matthew en la sillita de paseo. Había colgado dos grandes bolsas a los lados y se me estaba haciendo tarde y me sentía al borde del pánico. No podía leer el indicador, no conseguía localizar ningún mozo de estación. Avanzaba a trompicones, embistiendo a la gente, llorosa, aterrada.

Y, entonces, inesperadamente, me encontré frente a la entrada del andén y el tren todavía estaba allí y el hombre que controlaba los billetes tenía una cara sonriente y el mozo de estación compareció como por arte de magia y sin saber cómo nos encontramos instalados en un asiento en un extremo del vagón y el tren empezó a moverse y el mozo nos saludó con la mano y ni siquiera le había dado una propina. Recliné la cabeza hacia atrás y cerré los ojos un instante. Ya nada podía salir mal. Orlando seguía durmiendo y Matthew estaba entusiasmado y nervioso por el viaje en tren, había aplastado la nariz contra la ventanilla y miraba los patios traseros de las casas y la ropa tendida y los coches y luego, más adelante, los campos y las nubes y la hierba.

Me puse a leer el periódico y al volver la página le metí una punta en el ojo a Orlando, cosa que irritó visiblemente a una mujer que tenía sentada delante, perfumada con Youth Dew de Estée Lauder y con una expresión de superioridad. Ya había chasqueado la lengua como una loca al verme encender un cigarrillo; era de suponer que por los niños, puesto que no estábamos en un compartimento de no fumadores. Me entraron unas ganas terribles de decirle: «Esto es lo malo del *Guardian*, las páginas son muy grandes». Pero, naturalmente, no lo hice.

Me resultaba difícil creer que la gente pareciera tan predispuesta a hacerme sentir culpable en relación a mis hijos y me pregunté qué haría la mujer si me plantara frente a ella y le dijera: «Sí, fumo delante de mis hijos, les paso las hojas del periódico por la cara y para colmo ni siquiera los quiero».

Ella continuó mirándome. Estuve a punto de hacerle una mueca, pero tenía que atender a mi hijo, que lloraba a gritos. Apagué el cigarrillo y doblé pulcramente el diario con mucho cuidado, después saqué a Orlando del portabebés y lo cogí en brazos apoyando su cabeza sobre mi hombro, dispuesta a vengarme de mi entrometida compañera de viaje de la única forma que sabía.

Desnudé mi pecho y empecé a darle de mamar a Orlando; en realidad, no le tocaba, pero tampoco era un niño que rechazara lo que se le ofrecía. La mujer se puso muy, pero muy colorada y miró nerviosamente en todas direcciones. Intentó fingir que no me veía, pero no le sirvió de nada; mi presencia era muy obvia. Orlando tragaba ruidosamente y al fin la mujer ya no pudo aguantar más. Recogió todas sus cosas y después alargó el cuello para asomarse al pasillo y fingió que veía a una persona conocida.

–Hola –articulaban exageradamente sus labios–. ¿Cómo estás? Me sentaré a tu lado. Aquí estamos un poquitín apretados.

Y se fue. Solo cuando hubo desaparecido de verdad me permití una sonrisa.

Un joven que ocupaba un asiento al otro lado del pasillo estaba francamente intrigado. Simplemente no podía dejar de mirarme y Matthew, intuitivo incluso entonces, se apartó molesto de la ventanilla para colocarse delante de mí, ocultando eficazmente el espectáculo.

Cuando Orlando estuvo saciado, ya habíamos recorrido aproximadamente la mitad del camino. Decidí trasladarme a la parte delantera del tren para no tener que andar tanto al llegar. Recogí a los críos y las bolsas y la sillita y emprendimos una poco airosa marcha por el pasillo. Estaba buscando un lavabo para cambiar a Orlando. Los dos primeros que encontramos estaban ocupados, pero había otros dos no lejos de allí y ambos estaban libres. Dejé la sillita y una de las bolsas fuera y entré con la otra bolsa y los críos y cerré firmemente la puerta. Estábamos tan encogidos y apretados allí dentro que consideré la posibilidad de ocuparme de ellos por turnos y dejar a uno esperando fuera. La diferencia habría sido mínima, por lo que Matthew tuvo que aplastarse contra una esquina mientras yo me sentaba sobre la tapa del váter e iniciaba el complicado proceso de desvestir a Orlando, quien acogió con protestas cada movimiento. Por fin conseguí ponerle el pañal y lo vestí

con la ropa que llevaba conmigo y juro que a partir de ese momento estuvo sonriendo todo el rato. Después le tocó a Matthew, que al principio no comprendía en absoluto por qué tenía que cambiarse de ropa; estaba totalmente feliz con su mono. Intentó rechazar mis manos, que se afanaban con los botoncitos y corchetes y presillas, tirando de aquí, alisando por allá y poniéndoselo todo bien.

Cuando hube terminado y bajó los ojos para mirarse y después contempló a Orlando, me miró perplejo, casi con miedo, y protestó:

–No, mamá; mamá, no.

–Sí, Matthew; Matthew, sí –me limité a responder mientras guardaba la ropa sucia en la bolsa ahora vacía.

Contemplé a los niños con su ropa limpia y les sonreí, recreándome en su imagen. Casi parecían criaturas mías, pero tal vez solo era porque pronto las compartiría con Joy.

Instalé nuevamente a Orlando en el portabebés y abrí la puerta, dejando salir a Matthew primero para seguirlo con la bolsa y el bebé mientras me preguntaba si la sillita y la otra bolsa con los pañales y los biberones todavía seguirían allí. Al otro lado de la puerta, molesta por la espera, aguardaba la mujer que nos había mirado con reprobación; bueno, que me había mirado mal a mí, por lo menos. Fue un momento desagradable, pero ella se limitó a clavarnos una mirada furiosa a mí y a Orlando, que iba muy bien envuelto, después se fijó en Matthew y sus ojos se movieron como un juguete mecánico, de él a mí y luego otra vez a él.

Me alejé deprisa y, cuando miré atrás por encima del hombro, la mujer no había entrado aún en el lavabo y continuaba apoyada en la mampara mirándonos fijamente.

Le dediqué una enorme sonrisa falsa y la saludé con una inclinación de cabeza como si yo fuera una reina y ella mi leal súbdita, pero por dentro me sentía francamente incómoda. Faltaban diez minutos para llegar a Brighton. Avanzamos hasta el extremo delantero del tren y encontramos un asiento libre.

Dejé nuestras cosas tiradas en el pasillo, cerca de la puerta, y me senté estrechando con fuerza a Orlando. Después pasé el otro brazo alrededor de Matthew, incluyéndolo en nuestro círculo mágico.

Me sentí realmente muy orgullosa de ellos: se les veía limpios, inocentes y casi amados.

Las personas que tenía sentadas al lado y delante de mí se deshicieron en ohs y ahs y sonrieron con indulgencia mirándome y mirándose entre sí y cuando el tren entró en la estación tres pares de manos se extendieron dispuestas a ayudarme y a desplegar la sillita y a preguntarme si necesitaba algo, cosa que nunca me había ocurrido cuando salía con los niños en el Soho.

Bajamos de cualquier manera; entregamos los billetes y miramos a uno y otro lado oliendo intensamente el mar. Con la excitación me había olvidado del mar, que siempre me ha seducido y entusiasmado y que me hizo intuir la proximidad de unos momentos felices y agradables.

La verdad es que había olvidado que eso también formaría parte de la visita a Brighton. Quería dejar una de las bolsas en una consigna pero no pude localizar ninguna.

Levanté la mirada hacia el techo de la estación; parecía muy alto y de repente me sentí muy pequeña dentro de algo muy grande, una sensación familiar en mi infancia. Un estruendo demasiado fuerte para proceder del mar, aunque al principio creí que era eso, invadió al mismo tiempo mis oídos. Me quedé muy quieta, observando mis manos sobre la sillita, esperando poder volver a aposentarme en mi cabeza, pero mis manos solo parecían hacerse más y más grandes y el ruido se hizo más y más fuerte y el olor del mar era tan intenso que creí que debía estarme ahogando en él.

Y por una fracción de segundo volví a tener cinco años y me encontré otra vez en el colegio de monjas haciendo lo que había hecho cada recreo desde hacía dos años, desde el día en que las otras niñas se burlaron de mis grandes manos. Corría alrededor de los claustros, con el brazo izquierdo extendido para agarrarme a las columnas de madera en las esquinas, hasta que llegaba al vestuario. Allí llenaba una palangana con agua todo lo caliente que podía aguantar y sumergía en ella las manos, obligándome a mantenerlas bajo el agua, con la esperanza de que se encogieran.

Y entonces Matthew empezó a golpear una de esas manos, una de esas mismas enormes manos, llamándome mientras se esforzaba por no llorar.

Me agaché y lo besé y todo volvió a quedar bien enfocado y descubrí mi

propio reflejo en sus ojos húmedos. Lo acomodé en la sillita para que mirara en la dirección adecuada y mis manos, al cogerlo, lo trataron con ternura.

Emprendimos otra vez la marcha en dirección a la luz del sol que relucía en el exterior de la estación y enseguida estuvimos fuera y Joy nos estaba esperando y me sentí bañada en la más pura felicidad. La abracé muy fuerte, algo llorosa, sin saber si seríamos capaces de hablar.

Carraspeé y oí mi propia voz:

–Oh, Joy, me olvidé de decírtelo. Esta es Willow y esta es Rainbow. Mis hijas.

XVII



Joy dio un paso atrás para mirarlas y durante unos instantes las vi con sus ojos, vi a Matthew con la descolorida capita de terciopelo azul sobre un vestido victoriano blanco con encajes y cintas, y con calcetines blancos y suaves botines de cabritilla, el pelo rubio enmarañado, los ojos azules todavía más azules junto al azul del terciopelo; Orlando todavía en el portabebés, pero envuelto en una capita como la de Matthew, debajo de la cual asomaban unos encajes blancos que le colgaban muy por debajo de los pies.

–Oh, Jodie, son tan guapas –dijo Joy–. Y sus vestiditos y sus nombres... Siempre dije que tú tendrías niñas. No podrías haber sido nunca madre de varones. Ven conmigo, vamos a buscar el coche. ¿Qué comen las niñas?

–Rainbow come lo mismo que nosotras y Willow todavía me come a mí.

Y nos alejamos en el coche, las cuatro mujercitas, camino del piso de Joy en la planta baja de una de las hermosas casas con porches victorianos de Nash Terraces. Una de las columnas estaba ligeramente desconchada, pero la curva, los forjados y las altas ventanas de guillotina daban una impresión de tan inmensa belleza que el leve desperfecto solo acentuaba su encanto; y el olor a ozono y los graznidos de las gaviotas ponían el toque final al ya increíble grabado de la casa de Joy.

Por dentro, su piso era aireado, espacioso y de hermosas proporciones y olía a pachulí mucho antes de que se pusiera de moda. En la sala de estar, que a todas luces había sido originariamente el salón de la casa, habría cabido todo mi piso del Soho.

Saqué a Willow del portabebés y la acosté sobre la gruesa, mullida alfombra; Rainbow se había ido directamente hacia un montón de juguetes que Joy había sacado de alguna parte. Las dejamos allí entretenidas y nos fuimos a la cocina a vaciar la primera cafetera.

Joy no había cambiado nada; seguía teniendo la misma gruesa melena cobriza con el largo flequillo, los ojos verde topacio y la media sonrisa que nunca la abandonaba, ni siquiera mientras dormía, la misma figura menuda y curvilínea y los tobillos algo gordos que siempre había detestado.

Mientras molía el café me habló un poco del hombre con quien estaba viviendo y con el cual confiaba en casarse, un actor todavía joven y bastante rico del que yo no había oído hablar nunca y que se llamaba Nathan King. Su cocina era de madera de pino natural con algunas rosas distribuidas al azar y grandes ventanas luminosas y docenas de plantas. Suspiré de pura satisfacción, inhalando al mismo tiempo el aroma del café hasta que quedaron saciados mis sentidos. Y luego las dos empezamos a parlotear, sin completar las frases, perdidas en una avalancha de «te acuerdas», recuperando nuestro particular lenguaje taquigráfico, tomando el café y fumando y riendo exactamente como hacíamos en las guardias nocturnas. Me costaba creer que solo dos horas antes estaba desesperada y descompuesta y ahora me encontraba allí, radiante de felicidad, ebria de placer, exactamente como me había sentido una vez al salir de una exposición de Picasso en la Tate Gallery.

Entonces entró Rainbow atraída por las risas y la calidez que reinaban en la cocina. Debió de ser una sensación desconocida para ella. Creo que nunca me había reído de verdad en casa desde el nacimiento de Orlando. Rainbow se metía continuamente el vestido entre las piernas, para tener la sensación de llevar pantalones, creo. Luego Willow se despertó y fui a buscarla y le di el pecho en la cocina mientras Joy preparaba la comida. Terminamos al mismo tiempo y ella se acercó y me cogió la criatura mientras yo sacaba otro pañal de la bolsa. Se ofreció a cambiarla, para practicar un poco, dijo, y yo sentí otra vez el ruido en mis oídos y el olor del mar y mis manos que se hacían más y más grandes, y por un instante no pude decir nada, luego hablé:

–Oh, no te molestes, Joy. La verdad es que prefiero hacerlo yo misma. Tengo una manía un poco tonta, en realidad; ni siquiera se lo dejo hacer a David. Claro que tampoco se ofrece demasiado a menudo. ¿Por qué no empiezas a darle la comida a Rainbow?

–Muy bien, Jodie. ¿Le gusta el ajo? ¿O prefieres que le haga unos huevos revueltos?

–No, le encanta. Siempre le he dado lo mismo que cocino para nosotros. Debe ser la criatura que ha olido a ajo siendo más pequeña.

Después de cambiar a Willow la senté en la sillita de paseo para que pudiera ver lo que pasaba si le apetecía y me senté a la mesa. Comimos sopa de berros y pan con ajo y queso Brie y paté y fruta, y fue la mejor comida que

había probado en muchas semanas.

De pronto, Joy dijo:

–Jodie, tengo que decirte una cosa. Creo que soy estéril. Llevamos un año intentándolo. Y nada.

Recordé que Joy siempre había querido muchísimo tener hijos, recordé que la había visto pasar por dos abortos cuando éramos estudiantes por temor a inquietar a su madre viuda. Pero su deseo de tener hijos era solo la mitad del problema; al parecer, por razones que nunca he llegado a comprender claramente, Nathan solo estaba dispuesto a casarse con ella si estaba encinta.

Me habría gustado que no me lo hubiera dicho en ese momento. Habíamos vuelto al pasado y de pronto ella introducía el presente. Sabía que mi reacción era egoísta, pero, consciente de mi incapacidad para enfrentarme a mi propio presente, tampoco me creía capaz de ayudarla a enfrentarse con el suyo; por tanto, mi respuesta fue totalmente pragmática.

–¿A quién has consultado? ¿Qué análisis te has hecho? ¿Nathan se ha hecho un recuento de esperma?

–Nathan no sabe que me he hecho ningún análisis. Y además jamás aceptaría hacerse un recuento de esperma. Lo interpretaría como una insinuación malévola.

–Joy, ¿me dejas un ratito para pensarlo, podemos hablar de esto luego? Por favor.

–Naturalmente, Jodie. Hoy tenemos que hablar de los viejos tiempos. Mañana podremos hablar de hoy. Háblame de tu vida sexual.

Las dos nos echamos a reír. Cuando conocí a Joy, ambas teníamos dieciocho años, ella era experimentada, conocía el mundo, yo era ignorante, virginal. Nunca he conocido a nadie, ni antes ni después, que disfrutara tanto con su propio cuerpo; Joy realmente adoraba el sexo y quería que yo compartiera ese placer lo más pronto posible. Me buscaba un estudiante de medicina con probabilidades de gustarme, organizaba una cita y después esperaba mi informe sobre la velada. Temo que la decepcioné terriblemente bastante tiempo; de hecho, más de una vez intenté entrar sigilosamente en mi habitación de la residencia de enfermeras sin que ella me oyera llegar, avergonzada de tener que decirle que todavía no lo había conseguido. Me sometí a una cantidad desmesurada de intensos, fuertes jadeos y magreos,

probablemente más de los que me correspondían en justa medida, pero, puesto que en aquella época todo eso no me procuraba el menor placer, por fin decidí que ni siquiera por Joy podía continuar soportándolo. En aquella época ella estaba muy enamorada de un estudiante de medicina judío llamado Jude y lo que le gustaba más de todo era estar encima de él, montándolo arrodillada con un vaso de vino y un cigarrillo en la mano. Una vez le pregunté si no se sentía abandonada allí arriba sola y ella se lo contó a Jude, así que al final él también se preocupó por mi causa y todos sus amigos me invitaban a salir esperanzados. Jude me acusó una vez de postrarme ante el altar del himen paciente. En realidad, pienso que, por lo que respecta a sus amigos, había dinero de por medio. Una vez, en el baile de Navidad, Jude empezó a cantar las apuestas. En una ocasión estuve casi a punto de lograrlo, de hecho llegué a meterme en la cama con un tipo llamado Philip, pero me limité a tumbarme como una estrella de mar y él se durmió desalentado. Joy y Jude lo interpretaron como un relativo progreso.

Así pues, cuando ella me preguntó por mi vida sexual, las dos recordamos todo eso. Esos habían sido buenos tiempos. Unos tiempos inocentes.

Después de retirar las cosas del almuerzo de la mesa salimos a dar un paseo. Hacía un día luminoso, inundado de sol, pero todavía no demasiado caluroso. Caminamos un largo trecho, contemplando las tiendas de antigüedades y emocionadas con la vista del mar. Rainbow no lo había visto nunca hasta entonces y tenía una expresión solemne y respetuosa; estaba impresionada. Cuando nos acercamos al agua andando sobre los guijarros le entró pánico y se agarró a mí obligándome a cogerla en brazos y a estrecharla con fuerza mientras nos alejábamos. Willow siguió durmiendo en la sillita.

Nos detuvimos en un salón de té frente al mar y merendamos bollos con mantequilla y un té fragante y entramos en calor, y luego, con la cara todavía arrebolada, volvimos a casa de Joy, esta vez caminando contra el viento, que nos llenó los ojos de lágrimas y desde lejos quizá parecía que estábamos llorando. A veces pienso que tal vez fue así, que el viento era únicamente la excusa. Igual que muchas veces es un error volver a un lugar donde una ha sido feliz, a veces incluso hablar de esos tiempos puede ser un error; el negro presente parece todavía más negro por contraste. Entonces empezaba a pensar así; ahora estoy completamente segura.

XVIII



Cuando volvimos, Nathan estaba en la casa. Joy había dicho que era joven, pero parecía tener unos cuarenta y cinco años. Lo cual todavía es ser joven, supongo. Era muy alto y muy guapo, una calvicie incipiente en la coronilla le daba un aire distinguido con un impecable estilo satánico con pedigrí. A pesar de lo que había dicho Joy, no lo reconocí; claro que raras veces iba al teatro o veía la televisión. Nos saludó con una efusión que me pareció exagerada. Joy se apagó visiblemente bajo su mirada. Parecía nerviosa.

—Oh, Nathan, estoy tan contenta de que hayas vuelto temprano. Esta es mi amiga Jodie y estas sus hijas, Willow y Rainbow. Lo hemos pasado tan bien...

Nathan me estrechó la mano con mucha fuerza, la retuvo un buen rato y me miró a los ojos mientras me hablaba. Detesto a los hombres que hacen eso.

—Mucho gusto, Jodie. He oído hablar tanto de ti. En cuanto conseguí convencer a Joy de que volviera de Canadá conmigo, me empezó a hablar de ti. ¿Esta es Rainbow? Es la criatura más bonita que he visto en mi vida. Y Willow es una niña muy grande y robusta. Parece tener mucho carácter.

Pobre Willow. Incluso cuando la gente quería adularla, poca cosa podía decir aparte de comentar su tamaño y su robustez. Me invadió un repentino y sorprendente impulso protector que no había experimentado hasta entonces. Fue una sensación agradable.

Levanté la mirada justo a tiempo para captar la tristeza en los ojos de Joy mientras contemplaba a Nathan, que estaba jugando con Rainbow. Puede que imaginara la acusación que me pareció advertir en la mirada que él dirigió alternativamente a Joy y a las crías, pero la angustia de Joy no la pude imaginar.

Tomamos una copa antes de empezar a recoger las cosas de las niñas, pero mi día ya había concluido con la llegada de Nathan. Habíamos vuelto al terreno del cortés intercambio de trivialidades y mi íntimo contacto con Joy se diluyó absolutamente. Sentía un absurdo resentimiento contra él. Entonces,

de pronto, dijo:

–Jodie, Joy, ¿por qué no os ponéis de acuerdo para veros regularmente? Podrías venir una vez a la semana, Jodie: será un buen descanso para vosotras, podréis respirar un poco de aire puro, contaros las últimas novedades. A Joy también le vendrá bien. Necesita ver a sus amigas y tú parece ser la única accesible en estos momentos. Y para mí también significará que un día a la semana no tendré que ocuparme de ella.

Podría haberlo dicho con más delicadeza, pero era una buena idea. Me indignaban los sutiles comentarios con que rebajaba constantemente a Joy. Como si ella no pudiera existir sin él y sin sus orientaciones. Pero lo único que respondí fue:

–Me encantaría. ¿Joy? Nuestro piso es tan pequeño y estrecho y las niñas no respiran suficiente aire puro en el Soho. Solo toman el aire. Y todavía nos quedan diez años por recuperar, aún tenemos muchísimo que hablar.

–Me gustará mucho, Jodie. Y ya estamos casi en verano y podremos organizar meriendas en la playa, bueno, sobre los guijarros, y las niñas podrán ir sin ropa y se pondrán realmente morenas. Estupendo. Entonces ¿te veremos el próximo lunes?

Su expresión, su manera de hablar, de sentarse, de beber, me preocuparon. Esa no era la Joy que yo conocía, con quien había pasado el día; algo había desaparecido de su mirada. De pronto, cada uno de sus gestos parecía artificial, forzado, destinado a complacer a Nathan. Su libertad parecía haberse esfumado, no estaba relajada, y repentinamente tuve ganas de irme y de no ser testigo de aquello.

–Tengo que llevarme a las crías a casa para acostarlas. ¿Cuándo sale el próximo tren?

Y fue Nathan quien consultó el reloj y dijo:

–Partirá dentro de veintitrés minutos. Yo te acompañaré hasta la estación en el coche. Hoy quiero llevar a Joy a cenar fuera y tiene que empezar a arreglarse.

–Muy bien –respondí–, recogeré mis cosas. Ya cambiaré a Willow en el tren.

¿Qué se había hecho de nuestro magnífico día? Y ¿dónde se había ido mi Joy? La muchacha que yo conocía no era la muchacha que tenía ahora

delante de mí, controlada y sumisa. Ah, pero Joy tampoco me reconocería si me viera con David. A ella y a mí todavía nos quedaban muchas cosas que contarnos.

Y luego ya nos habíamos metido en el coche y Joy agitaba la mano despidiéndonos con un gesto de educada anfitriona. Al abrazarla le había dicho: «Hasta la semana próxima, ¿eh?» y ella no me respondió, solo me estrechó con fuerza y comprendí que todo iba bien entre nosotras. Lo que no marchaba eran ella y Nathan. Y yo y David.

No entiendo demasiado de coches, así que no sé de qué modelo era el de Nathan, pero era bajo y veloz y llamativo. No era un coche para un padre de familia. Me gustaba mucho más el Mini de Joy.

Cuando llegamos a la estación estuvo muy educado y cortés, me abrió la puerta y me ayudó a bajar, me escoltó hasta el tren que ya aguardaba en el andén y puede que fuera una paranoia mía, pero tuve la sensación de que quería asegurarse de que realmente lo cogía.

Me instaló con gestos parecidos a los del mozo de estación en el viaje de ida. Cuando ya bajaba del vagón me acordé de preguntarle:

–Oh, Nathan, no tengo vuestro número de teléfono. Pensaba pedirselo a Joy pero se me ha olvidado. ¿Tienes un bolígrafo? Podría anotarlo en el paquete de cigarrillos.

Nathan dijo que no llevaba ninguno, lo cual era mentira porque vi los contornos de uno en el bolsillo superior de su chaqueta tejana.

–No te preocupes, Jodie. No lo necesitarás porque nosotros te llamaremos. Tenemos tu teléfono. Joy estará en contacto contigo.

Y no pude decir nada. Era muy importante para mí, pero él no estaba dispuesto a aliviar mi malestar.

–Oh, bueno, supongo que lo encontraré en la guía si surge algún imprevisto. Gracias por acompañarme. Adiós. Gracias.

–Hasta luego, Jodie. Que tengáis un buen viaje. Nuestro número no está en la guía. Adiós.

Y se alejó y el tren arrancó y Willow se despertó y Rainbow se quedó dormida. Me sentía desconsolada y muy cansada, pero tenía que cambiar a las crías antes de permitirme el lujo de dormir un rato; desperté a Rainbow y rehicimos todo el proceso a la inversa, comprimidas en el minúsculo

lavabo. Doblé con cuidado toda la ropa que les acababa de quitar, les limpié la cara con saliva y un pañuelo de papel y cuando salimos del lavabo, Orlando y Matthew y yo, fuimos a sentarnos en otro compartimento. Matthew no tardó en dormirse de nuevo y le di la leche a Orlando, con un biberón esta vez, y después los dos dormitamos hasta que llegamos a la estación Victoria. Tuve que despertar al pobre Matthew; se encontraba muy mal y estuvo llorando amargamente todo el camino hasta la parada del taxi y en el taxi y mientras subíamos las escaleras.

En el último rellano no había luz y eso aumentó su llanto y entonces David abrió la puerta del piso y la luz se derramó sobre nosotros y el cansado lloriqueo de Matthew se transformó en histéricos chillidos.

–¿Dónde diablos has estado? ¿Qué le pasa a Matthew? ¿Por qué llegas tan tarde? Me habíais preocupado.

–Hacía un día tan bonito, David; los he llevado a ver el mar.

–Ven, dame a Matthew. ¿A ver el mar? Tú nunca vas a ver el mar.

–Hay muchísimas cosas que no hago nunca, David. Hoy me he desquitado por una vez. Hemos hecho montones de cosas que no habíamos hecho nunca. Pero, por favor, no hablemos en la escalera. Estamos cansados y tenemos frío. Entremos.

Y ya estábamos metidos nuevamente en la jaula, yo y mis dos hijos.

XIX



El piso me pareció muy pequeño y oscuro y olía bastante a pañales en remojo. Cuando estaba allí continuamente no notaba ese olor a amoníaco, pero después de un día de respirar el aire salobre del mar resultaba realmente abrumador.

Matthew continuaba berreando, de modo que lo desvestí y le puse el pijama sin lavarlo ni cepillarle los dientes. Se quedó dormido en cuanto lo metí en la cama, en mitad de un berrido.

Tardé más en arreglar a Orlando; tuve que bañarlo porque había hecho una caca líquida y cuando terminé de alimentarlo y lo tuve metido en la cama y dormido ya eran casi las nueve. También tenía que esconder los vestidos que habían llevado los niños en Brighton hasta que David no estuviera en casa y pudiera lavarlos, por lo que los metí debajo de la cama individual del cuarto de los niños.

Cuando entré en la salita, David estaba sentado en uno de los sillones con los pies encima del único otro que teníamos, leyendo la sección económica del *Sunday Times* del día anterior y con un vaso de vino en la mano. Me ofreció la sonrisa de gárgola y dijo, con bastante amabilidad:

–¿Ya duermen? Muy bien. ¿Dónde has estado?

–Creí que ya te lo había dicho. Hemos ido a ver a Joy.

–Sí, me dijiste que ibas a tomar café con ella. ¿Qué tiene que ver el mar con todo esto?

–Oh, ¿no te lo había dicho? Vive en la costa. En Brighton. Hemos ido a tomar café allí. Y también nos hemos quedado a almorzar, y a merendar.

–Ah –dijo David–. ¿Hacía buen tiempo?

–Sí. Espléndido. Un poco frío. Matthew se quedó sorprendido al ver el mar. No podía creerlo.

–Bueno, desde luego es un poquitín más grande que su bañera. –David se echó a reír exageradamente de lo que para él era un chiste y yo tuve ocasión de cambiar de tema y preguntarle a mi vez qué tal le había ido a él el día, que en su caso no parecía haber sido demasiado interesante.

Después empezó un programa de televisión que él quería ver y pude refugiarme en la cocina.

Una vez allí, me puse a pensar por primera vez en los acontecimientos del día. Al salir del piso por la mañana no tenía ningún plan definido, solo me había llevado las ropas como una especie de talismán porque no quería abandonarlas todas en casa. No sé qué me impulsó a ponérselas a los chicos; no lo sabía entonces y todavía no lo sé.

Tenía intención de comentar con Joy mis sentimientos por los chicos. La que les había cambiado las ropas no había sido yo, sino otra persona, y esa otra persona me había bloqueado eficazmente la retirada, porque, ahora, ¿cómo podría decirle a Joy que mis hijas en realidad eran hijos? Sin embargo, curiosamente, llevaba exactamente el número de prendas necesarias conmigo. Dos de cada cosa. De todos modos, había sido estupendo ser la madre de unas niñas esas pocas horas y había estado tierna y cariñosa como raras veces lo estaba en casa con los críos.

Tenía tantísimo más que ofrecer a unas hijas; para empezar, estaban todas las cosas que mi madre en su ausencia no había podido darme. Todo lo que yo había sufrido de niña podría mitigarlo con ellas, podría destilar su felicidad hasta convertirla en una esencia pura y concentrada que pudiera hacerles tragar junto con sus gotas de vitaminas. Mis hijas habrían disfrutado realmente de su infancia.

Nunca escribirían el poema que yo escribí una vez, cuando era mucho más joven y eso me parecía importante...

Despertada por un grito en pleno sueño

me incorporo en la cama revuelta.

Atrapada en el espejo

en un profundo reflejo

una cara de niña tiembla despavorida.

Mis dedos tocan el frío cristal liso

como para aliviar el dolor que veo.

La realidad, cristal que no puedo atravesar

para volver junto a la niña que no osé ser.

Eso ya no me parecía importante. Esa época había quedado atrás para

siempre. Lo único que tenía que procurar era que ninguna criatura mía escribiera nunca esas palabras. En realidad, ahora ese poema me parece bastante autocomplaciente. Pero en aquella época, oh, cómo sufrí.

Y ahora había dicho que iría a verla una vez por semana. Sabía que tendría necesidad de volver a ver a Joy y también intuía que ella me necesitaba más que yo a ella. Por lo tanto, o bien se lo decía, o bien continuaba la ficción. Ya entonces era consciente de que sabía lo que haría. No tenía otra opción. Una vez decidido, no parecía tener demasiado sentido seguir pensando en ello.

Preparé unos huevos revueltos, unté unas tostadas con mantequilla, molí el café, preparé una bandeja y lo llevé todo hasta donde estaba David. Cenamos en silencio. Él comía ruidosamente y una vez más me pregunté cómo era posible que no lo hubiera notado antes de casarnos. El amor, obviamente, es sordo además de ciego. Se ofreció a lavar los platos y yo acepté muy dignamente.

Si mis pensamientos no hubieran estado concentrados en Brighton, tal vez me habría preguntado durante cuánto tiempo podríamos continuar esa ridícula comedia. Estoy segura de que él también debía pensarlo de vez en cuando. Creo que los dos temíamos demasiado las consecuencias, temíamos decir todo lo que no queríamos decir, todo lo que no sabíamos que pensábamos. Y, entonces, ¿qué sería de nosotros? Ninguno tenía una familia a la cual recurrir, ni amigos íntimos, y es posible que la alternativa solitaria fuera peor para ambos que la realidad presente. Cierto que ahora yo tenía a Joy, pero ella se había convertido en la mitad de otra persona, de modo que no había posibilidad de escapatoria por ese lado.

Llegada a ese punto, ya estaba harta de pensar. Parecía perder tanto tiempo aplazando las cosas que, cuando realmente me reservaba un momento para pensar, enseguida me entraban ganas de volver al estado de no reflexión. Por consiguiente, cuando David volvió a la salita le propuse una partida de Intelect. Me miró como si hubiera visto un fantasma y dejó caer literalmente el paño de cocina con que se estaba secando las manos.

En nuestra primera época, en los buenos tiempos, jugábamos muy a menudo. Saqué el juego y él escogió la letra con más puntos y le tocó empezar; inició la partida con una palabra de seis letras que me llevó a pensar

por qué se me había ocurrido jugar. «Hembra.» Esa era la palabra.

Él iba sacando todas las mejores letras mientras a mí me tocaban las aburridas, conque enseguida empezó a sacarme ventaja y yo me puse de mal humor y no hice ningún esfuerzo. Pasaba continuamente y cambiaba todas mis letras, pero solo me seguían saliendo *us*, *eles* y *tes*. Entonces saqué una *eñe* y con una *ce* ya existente escribí «coño» y David dijo que esa palabra no estaba permitida porque no figuraba en el *Oxford Dictionary* y además era un vulgar coloquialismo y yo repliqué que era una realidad de la vida y después tiré el tablero y me encerré en el dormitorio, bastante nerviosa por lo que tal vez había desencadenado. Me desvestí muy deprisa y al lanzar los zapatos cayeron al suelo unos granitos de arena y un minúsculo guijarro. Recuerdo que pensé que eso era muy importante, que el trayecto hasta Brighton no era una vía de sentido único y que algo había vuelto de allí conmigo.

Entonces entró David, suave e imperturbable como de costumbre, como una réplica del marido de un anuncio de la tele, y comprendí que podía hacer lo que quisiera, actuar como quisiera, que nada lo conmoviera. Lo miré a los ojos y descubrí el reflejo de mi propia cordura; también advertí que él lo miraba todo desde el otro punto de vista y que lo que él creía ver era la locura y pensé que no tardaría en llegar el día en que mostraría sus cartas, en que se olvidaría de tratarme con guantes de terciopelo y en el lugar donde debería estar su mano aparecería un garfio de carnicero. Pero no aquel día; no aquella noche.

Esa vez Orlando me falló, no se movió nada. Supongo que el aire marino lo había dejado exhausto. A mí también debió de dejarme exhausta, porque me dormí mientras me penetraban.

XX



Los días que siguieron fueron muy parecidos a todos los días anteriores a mi viaje a Brighton; muy parecidos a los de cualquier madre con dos críos pequeños: una eterna sucesión de comidas, cambiar pañales, baños, compras, limpieza. La única diferencia para mí era que ahora tenía de vez en cuando brillantes, intensos momentos de pura felicidad en los que recordaba el lunes anterior y anticipaba el siguiente. Todo resultaba mucho más fácil, mucho más soportable aquellos días y yo jugaba paciente y cariñosamente con los niños como no lo había hecho nunca hasta entonces, y la carita de Matthew se iluminaba y apenas mostraba una levísima desconfianza.

Empecé a prepararle otra vez verdaderas comidas a David, mientras hacía un gran esfuerzo para preguntarle qué tal le había ido el día y contarle lo que había hecho yo, embelleciendo a veces deliberadamente mi relato para hacerlo reír. Cuando lo recuerdo, no sé por qué me tomaba esa molestia, pero entonces parecía valer la pena. Al igual que Matthew, también él intentaba disimular su sorpresa, aunque con menos éxito.

Joy me llamó el miércoles por la noche para decirme lo bien que lo había pasado el lunes y si podríamos vernos todos los lunes, en el mismo lugar y a la misma hora. Acepté con mucho gusto. Ella parecía bastante apagada: supuse que Nathan debía de estar presente. Cuando colgué, conecté el televisor y apareció Nathan, en un anuncio de cereales, sentado a una mesa tomando el desayuno con una nidada de saludables chiquillos que se peleaban por ser los primeros en repetir. El siguiente anuncio mostraba a una niña tocando las manos de su madre para comprobar si eran suaves y me pregunté si aquella mujer habría querido que Matthew hiciera algo parecido. Comprendí por qué se había interesado por él; Matthew era muchísimo más guapo que la niña del anuncio. Al pensarlo se evaporó mi felicidad y recordé que tenía un fuerte dolor de muelas. Esa noche, David se tuvo que preparar la cena y yo dormí en el cuarto de los niños por primera vez en toda la semana.

La mañana siguiente llamé al dentista y me dijeron que no podían darme

hora, pero que si me encontraba realmente mal podía ir a la consulta y esperar por si alguien anulaba la cita o terminaba antes. En esos momentos, el dolor ya era francamente espantoso y decidí probar suerte; tendría que llevarme a los niños y pensé que, si me hacían esperar mucho, siempre podía darle un pellizco a Orlando y hacerlo llorar hasta que me tocara, solo para poder volver a tener un poco de tranquilidad.

Cuando llegué eran alrededor de las once y la sala de espera estaba bastante llena. Como hacía siempre que entraba en alguna parte, miré al suelo, después de investigar dónde estaban las sillas vacías para no aterrizar en las rodillas de otra persona. Sin mirar todavía a nadie, cogí una revista para mí y un tebeo para Matthew, que era capaz de pasarse horas mirando un libro. Orlando dormía en la silla de paseo. Nada más empezar a hojear el *Vogue*, que nunca tenía dinero para comprar, caí en la cuenta de que no había anunciado mi nombre a la recepcionista y tuve que cruzar otra vez toda la sala. La recepcionista me dijo que muy bien y que me sentara por favor, que el dentista me vería en cuanto tuviera un hueco. Le pregunté si no necesitaba saber mi nombre y ella me respondió:

–Sí, si es tan amable, así podré buscar su ficha.

–Bueno –dije yo–, soy la señora Armitage.

Y ella dijo:

–Muy bien.

Y yo no logré comprender qué era lo que estaba muy bien.

Volví a mi sitio y cogí otra vez el *Vogue* ya rancio y entonces una voz me dijo al oído:

–¿Ha hecho alguna buena colada últimamente, señora Armitage?

Y era Jack, el de la lavandería. Me alegró absurdamente verlo, aunque me avergonzó un poco que me hubiera descubierto leyendo tales trivialidades, y le dediqué una sonrisa sinceramente cálida.

–Son suyos, supongo –dijo señalando a los niños.

Yo asentí y él miró a Matthew y preguntó:

–¿Cómo se llama el mayor?

Las lágrimas me hicieron escocer los ojos simplemente porque había acertado el género.

–Matthew. Y la Bella Durmiente es Orlando. Todas las noches se escapa

para ir al Baile de los Feos.

Lo dije para que no perdiera el tiempo intentando encontrar alguna cosa agradable que decirme, para facilitarle las cosas. Él me miró con sus ojos despiertos y dijo:

–Es agradable volver a verla, Jodie. ¿Ha venido solo para una revisión, como yo?

–No, en realidad tengo un dolor de muelas espantoso. No he podido dormir en toda la noche. –Y luego, mientras me pasaba la lengua por la boca y susurrando para que no me oyera la recepcionista, añadí–: Bueno, tenía un dolor de muelas espantoso. Ahora ha desaparecido.

Cada vez que he ido al dentista con un dolor de muelas, cuando por fin me recibe, el dolor ya ha desaparecido. Jack dijo que a él le ocurría lo mismo y que pensaba que era porque de pronto todos los nervios se concentraban en el miedo que uno sentía y no podían registrar el dolor al mismo tiempo. Me pareció una hipótesis razonable y cambiamos de tema.

Me dijo que estaba empezando a conocer el Soho y a entender qué quería decir yo cuando le dije que era como vivir en un pueblo. Nuestra charla era fluida, casual, familiar; parecía que nos conocíamos desde hacía años y no días.

Entonces dijo:

–Tengo una buena idea. Yo soy el siguiente pero, como es solo una revisión, por qué no pregunta si puede pasar en mi lugar y después podemos ir a tomar un café. Puede que hasta la invite a almorzar. No podemos desperdiciar un día tan espléndido en este depósito de cadáveres.

Dijo las palabras «depósito de cadáveres» bastante alto y varias cabezas se alzaron bruscamente y se volvieron a mirarnos. Jack se acercó a la recepcionista para averiguar si podía cederme su turno y ella lo trató de entrada con mucho desdén, pero le oí exagerar mi a estas alturas inexistente dolor y utilizar su nada despreciable encanto hasta que por fin ella se acarició el peinado pajizo e hizo aletear sus pestañas de pata de araña y dijo que miraría a ver si podía hacer algo.

Sin duda podía hacer algo, porque instantes después anunciaron mi nombre y me introdujeron en la sala de curas. Los dentistas me dan mucho miedo y después de unas experiencias malísimas en mi infancia estuve unos

cinco años sin ir. Entonces alguien me habló de ese dentista que te dormía si querías y desde entonces lo había estado visitando regularmente.

Hurgó un poco en mi boca y no tardó en localizar el origen del problema. Ese día no podía dormirme, porque yo había tomado café y además tenía a los niños conmigo. Jack me los estaba cuidando en ese momento, pero no podía correr el riesgo de quedar embotada y tener que ocuparme de ellos el resto del día, por lo que tuvo que ponerme el empaste con anestesia local.

Decidí concederme una recompensa si tenía el valor suficiente para darle al dentista una oportunidad de hacer su trabajo. Me agarré a los brazos del sillón hasta que los nudillos se me pusieron blancos, pero mis mandíbulas estaban tan apretadas al principio que ni siquiera pudo introducir la aguja. Mi dentista, que se llamaba Butcher², se burló de mí, pero de una forma muy simpática, y me puso un poco de música, me contó un par de chistes y finalmente pudo hacerme el empaste, pero más porque yo recordé mi recompensa que como resultado de su técnica profesional.

Cuando volví a la sala de espera, Jack estaba meciendo a Orlando en sus brazos mientras le contaba un cuento a Matthew. Me detuve a contemplarlos un instante sin que me vieran, y sentí una enorme oleada de afecto y gratitud por él. Matthew lo miraba con franca admiración y hasta Orlando parecía impresionado. Jack adoptó una expresión un poco avergonzada cuando me vio, pero solo dijo:

–Lo siento. Me encantan los niños y los suyos son un poquitín especiales.

Cuando salimos a la calle hacía un día realmente espléndido, los típicos de finales de mayo cuando se anuncia un buen verano. Subimos hasta Cranks y lo celebramos comprando algunos de sus pasteles más caros, galletas y una botella de zumo de manzana y nos fuimos al St. James's Park.

Todos los habitantes de Londres parecían haber tenido la misma idea, todos los bancos estaban ocupados y era demasiado pronto para las tumbonas, así que nos sentamos en el césped. No recuerdo exactamente de qué hablamos, pero fueron un par de horas muy felices. Él estuvo increíblemente cariñoso con los niños y se llevó a Matthew a dar de comer a los patos mientras yo me tendía a tomar el sol al lado de Orlando, que solo miraba a un lado y otro con expresión benévola. El sol me quemaba la cara y me habría gustado llevar menos ropa para poder sentir el calor sobre todo mi

cuerpo.

De pronto Matthew me saltó encima y solo distinguí la silueta de Jack recortada contra el sol. Su figura se veía grande y tranquilizadora desde donde yo yacía en el suelo. Entonces Orlando empezó a lloriquear y comprendí que tendría que darle el pecho. Nos instalamos debajo de un árbol para que yo pudiera apoyarme contra el tronco y Jack y Matthew se sentaron firmemente delante de mí para protegerme de las miradas curiosas o indignadas. Me sentía totalmente a mis anchas, en absoluto avergonzada de que me viera los pechos; me pareció completamente natural continuar nuestra conversación mientras estaba medio desnuda. Nuestra relación era tan inocente... aunque supongo que teóricamente en realidad solo éramos conocidos. Él no se molestó en ningún momento por las interrupciones de Matthew y parecía comprenderlo perfectamente; no tuve que traducirle ni una sola vez su habla infantil, como tenía que hacer a veces con David.

Me habría quedado allí horas muy gustosa; nada me obligaba a volver a casa, puesto que David tenía que trabajar hasta tarde y no llegaría hasta alrededor de las diez. Pero me había prometido una recompensa.

Jack me acompañó hasta la puerta de mi casa y nuevamente se repitió la brusca despedida. Sin embargo, esta vez no me importó tanto, sobre todo porque estaba desapareciendo el efecto del anestésico local y me empezaba a doler de nuevo la muela, pero también porque ahora él ya sabía dónde vivía.

XXI

Una vez arriba, eché el cerrojo a la puerta como simple medida de seguridad y después les di un baño a los niños, mucho más temprano que de costumbre. Terminado el baño, los sequé y los vestí de Willow y Rainbow por la mera curiosidad de comprobar cómo se veían mis hijas en mi propia casa.

Estaban bellísimas.

Matthew todavía no se sentía demasiado cómodo con el vestido y Orlando era obviamente demasiado pequeño para preocuparse de la ropa que llevaba. El desasosiego de Matthew me preocupaba un poco, pero pensé que, si llevaba a menudo un vestido en casa, aunque fuera por breves períodos de media hora, luego se sentiría mejor en Brighton.

Esa era mi recompensa por haber sido valiente en la consulta del dentista y estaba segura de que ahora encontraría todo tipo de pequeñas hazañas susceptibles de merecer una recompensa, igual que me concedía la lectura de un solo capítulo de un libro muy apreciado.

No hice nada, solo me senté a mirarlas. Rainbow estaba en su sitio de costumbre, subida a una silla junto a la ventana y seguía jugando con los cochecitos tarareando por lo bajo. Willow agitaba las piernas, contemplándose los dedos de los pies.

Entonces Rainbow hizo una cosa curiosa. Se bajó de la silla, todavía canturreando, y se puso a bailar. Desde luego, no era una Fonteyn, pero llegó a recogerse la falda y describió un círculo, balanceándose y ondulando el cuerpo al andar. La aplaudí y repitió la danza. Aplaudí otra vez y se disponía a repetir todo el proceso, encantada de mi reacción, cuando sonó el timbre. Me quedé paralizada en mitad de un aplauso. Rainbow también se puso rígida y hasta Willow desvió la mirada de sus pies a mi cara.

No fui a abrir la puerta, sino que le quité el vestido y las enaguas a Rainbow, desgarrándolas con las prisas, y le puse rápidamente la camiseta del pijama; después, abajo las bragas con puntillas y arriba el pantalón del pijama, que estaba cubierto de cochecitos. Sonó otra vez el timbre. Le quité el vestido a Willow, dando gracias por no haberle puesto también las enaguas, la metí en la cuna y la cubrí con las mantas. Escondí la ropa debajo de la cama y después salí y corrí hacia la puerta situada a mitad de la escalera, tres

rellanos más abajo. Era David. Se le había olvidado la llave.

Creo que esperaba encontrar la cara sonriente con que lo llevaba recibiendo desde el lunes por la noche, quizá incluso imaginó que eso era lo que veía porque yo estaba de espaldas a la luz y él solo podía adivinar mi estado de ánimo por mi silueta. Me ofreció su sonrisa bovina y dijo:

–Lo siento, cariño; soy un imbécil, he olvidado las llaves.

–Creía que hoy volverías tarde –dije, confiando en que mi angustia no se reflejara en mi cara porque ¿y si hubiera llevado consigo las llaves?

–Han suspendido la reunión. Pensé que te daría una sorpresa.

Yo creía que toda la gracia de las sorpresas estaba en que fueran cosas agradables.

Me acosté temprano, alegando dolor de muelas.

Lentamente fue transcurriendo el resto de la semana y, una vez superado mi pánico por la inesperada aparición de David aquel día, recuperé mi alegría durante la mayor parte del tiempo. Un día, al salir de compras, me topé con Jack y estuvimos charlando, pero él tenía prisa y yo me moría de ganas de que llegara el lunes, de modo que no hablamos mucho rato.

El sábado fui al mercado de segunda mano de Carnaby Street y encontré un bonito vestido para Rainbow, gruesa seda de un color rosa sucio con un delicado fruncido en el corpiño, y todavía aguardé con mayor ilusión la visita a Brighton.

David estaba de un buen humor espantoso con un aire de «vaya suerte que tengo» y le seguí la corriente. Habría hecho cualquier cosa con tal de mantener y contener mi íntima satisfacción y mis alegres expectativas. Nada parecía capaz de afectarme ya; Brighton me recubría como una gruesa capa de vaselina, de tal manera que, aunque pareciera a punto de ahogarme, no sentiría el frío.

Una noche incluso fingí que me corría, pero fue un error, pues a David se le subieron insufriblemente los humos, como si esa fuera la causa de mi alegría.

Y entonces llegó el domingo y, mientras David salía a dar un paseo con los niños, planché los vestidos que había decidido ponerles al día siguiente y los doblé con mucho cuidado, envolviéndolos en papel de seda, y los metí en el fondo de la bolsa que pensaba llevarme. Después puse los pañales y

algunos juguetes encima para que no se vieran. Antes de cerrar mi maleta saqué las tijeritas y también las envolví y las introduje en un costado de la bolsa. Estaba decidida a llevarme todo lo necesario para el día siguiente. Solo una cosa me reconcomía un poco: el tiempo, que era muy caluroso. Un tiempo para quitarse toda la ropa. Solo deseaba que al día siguiente refrescara un poco para que Joy no volviera a sugerir que las dejáramos corretear desnudas.

Después me lavé el pelo y me bañé, y, cuando ellos volvieron, la cena ya estaba en la mesa y me porté como una buena mamá de la tele.

David estaba de bastante mal humor, porque había visto a Toad, el travestí a quien había entrevistado. Era algo que lo enfurecía de verdad. Cada vez que lo veía, volvía a casa hablando de corrupción y moralidad; en realidad, si hubiera podido imponer sus deseos, el hombre habría pasado el resto de su vida entre rejas. Incluso en nuestra primera época, cuando nos tratábamos con dulzura y cariño, Toad tenía la capacidad de irritar a David; de hecho, yo solía hacerle bromas, sugiriéndole que en realidad tenía celos, que le gustaría ser una mujer. Y entonces David se reía y todo volvía a ir bien. Pero esa ligera irritación se había transformado en una furia irracional que yo ya ni siquiera intentaba comprender. Veía a Toad casi a diario y con frecuencia charlábamos un ratito, generalmente los domingos por la mañana, sentados sobre el muro del final de nuestra calle. Era un hombre alegre y muy querido. Quizá era eso lo que no podía aguantar David; pero me sentía incapaz de soportar su presencia mientras estuviera de ese mal humor, e hice un gran esfuerzo para hacérselo olvidar con mi charla. Estuve parloteando de todo y de cualquier cosa y dio resultado, como ocurría siempre. David no era demasiado inteligente, nunca había logrado desenmascarar mis tretas, y al poco rato ya se había olvidado de Toad y yo había conseguido que le pareciera una buena idea ocuparse de acostar a los niños.

Mientras tanto, ordené rápidamente la casa para que todo fuera más fácil por la mañana.

Después le dije que iría a visitar otra vez a Joy al día siguiente y él dijo que le parecía una buena idea, que la excursión de la semana anterior me había sentado bien. Y después repitió como un eco las palabras de Nathan:

—¿Por qué no os ponéis de acuerdo para veros regularmente cada semana?

Incluso estoy dispuesto a pagarte el viaje. O podrías dejar de fumar. Ahora que se acerca el verano, será una excursión realmente agradable. Ya sé que las mujeres necesitáis una rutina en vuestra vida. ¿Sabes qué podemos hacer? –en tono magnánimo–: considéralo tus vacaciones. Saldrá más barato y durará más. Cuando cambie el tiempo, ya veremos qué hacemos. ¿De acuerdo?

Asentí en silencio. Ya había salido del piso, en mis pensamientos ya estaba en el tren, comprimida en el lavabo con mis dos hijas.

XXII



Y ahora ya estaba allí, efectivamente, en el lavabo del tren que traqueteaba, avanzando veloz hacia mi realidad. El lavabo apestaba horriblemente y Matthew frunció la nariz y hasta Orlando emitía ruidos como si quisiera devolver, pero yo no notaba el olor. Mi nariz ya olía el mar.

Alguien golpeó con insistencia la puerta, pero no me apresuré. No quería tener que correr, quería hacer las cosas con calma para que al salir del lavabo nuestras crisálidas estuvieran verdaderamente hermosas.

Y lo estaban, vaya si lo estaban.

Hicimos lo mismo que la semana anterior y nos trasladamos a otro vagón, cerca del extremo delantero del tren.

Y esta vez no me preocupé cuando las caras se volvieron a mirarme; ahora ya sabía qué miraban. Estaban contemplando a mis hermosas hijas. Nuevamente la gente me ayudó, ofreciéndome asientos y sonrisas y caramelos como no hacían nunca cuando iba con los chicos.

Y luego llegamos y Joy nos estaba esperando y llegamos a su piso y pensé que nunca había sido tan feliz en toda mi vida. El recuerdo de la felicidad de la semana anterior me había permitido salir adelante siete días, pero la había subestimado. Eso era muchísimo mejor que mi memoria.

Pasamos una mañana pausada y tranquila, todavía muy inmersas en el pasado, intercambiando nuestros «te acuerdas» como chiquillos contándose chistes en un incesante vaivén. Desde luego, era inevitable que acabáramos poniéndonos un poco al día, teníamos que hablar de Nathan y David; y allí fue donde fallamos al principio, al no hablar con suficiente sinceridad, cada una consciente de que la otra no decía la verdad, de que se reservaba alguna cosa.

Al final yo rompí la pauta y declaré lo impronunciable.

—Joy —dije—, ¿sabes que en realidad no me importaría demasiado no volver a ver a David? Pero estoy atrapada, atrapada por la sillita en el pasillo, el bebé pegado al pecho, el anillo en el dedo. Sin dinero, sin una meta y sin agallas. Atrapada por las mismas cosas que me obligaron a buscar ese

refugio.

–Oh, Jodie, lo sé. Te lo noto en la cara. Ahora. Al principio no lo veía, pero fue solo porque había olvidado qué debía esperar encontrar. Pero la cosa todavía es más grave. Porque... a mí me ocurre lo mismo. Oh, me gusta todo esto –indicó el espacio y el confort–, pero aquí, dentro de mí, no queda nada. Soy una posesión. No represento una amenaza para su carrera de actor. No me deja trabajar. Quiere tener hijos; niños, naturalmente, pequeños mini-Nathans. Dice que tengo las caderas idóneas para tener hijos. No sabía cómo salir de Canadá, detestaba ese país. Él me ofreció una escapatoria. Y el billete de regreso. Estaba actuando en Stratford, Ontario. Pequeños papeles. Un gran ego. Enormemente atractivo. Con dinero. Buen amante. Me envidiaban tanto. Mi madre lo encuentra estupendo. ¿Cómo voy a dejarlo y empezar de nuevo justo cuando ella piensa que por fin he conseguido lo que siempre quiso que tuviera? No me siento capaz de hacerle eso. Ha luchado mucho para darme algo a mí, nunca se dejó abatir por la pobreza. Nathan, Dios me ayude, le da dinero. Y ella lo acepta. Ya ves cuánto lo aprecia. Las dos estamos igual, Jodie. Atrapadas. Tú por tus hijas, yo por mi madre.

Fue el discurso más largo que había pronunciado Joy en su vida y, en un sentido espantoso, me alegró. Al menos, las dos seguíamos hechas un lío. Ni una ni otra habíamos aprendido a controlar nuestra vida. Y entonces quise contarle lo de Willow y Rainbow, abrí la boca para hacerlo, y justo en ese momento entró Nathan.

–Hola, chicas. He pensado que os daría una sorpresa. ¿Puedo comer algo? Tengo media hora. ¿De qué estabais hablando? ¿Puedo sentarme con vosotras o hablabais de cosas de mujeres?

Joy se estremeció, se estremeció realmente, pero Nathan no lo notó. David tampoco lo habría notado. Así que la comida transcurrió en un ambiente muy reprimido; la conversación fue escasa, la comida abundante. Rainbow derramó la sopa y se echó a llorar y, mientras yo secaba la mesa, dijo que quería hacer pipí y antes de que pudiera darme cuenta de lo que ocurría Joy ya la había cogido de la mano y estaba abriendo la puerta del lavabo. Me sobrecogió una sensación física de miedo; creí que me desmayaba. Llegué a tiempo para hacer salir a Joy, susurrándole que Rainbow era muy tímida y que no haría nada si yo no estaba a su lado.

Cuando salió, aparté a Rainbow y vomité en la taza y ella se mojó las braguitas después de todo. Entonces descubrí, azorada, que no había cogido unas bragas de recambio. En el lavabo enjuagué las bragas mojadas y las escurrí con una toalla y se las puse otra vez. Esto la angustió mucho y estaba muy molesta, pero dejó de rezongar en cuanto llegamos a la cocina. Me protegía tan bien; sentí que la quería tanto, sufrí tanto por ella.

Si no hubiera estado Nathan, tal vez incluso entonces habría hablado con Joy, pero cuando él se marchó –mucho después de los treinta minutos que se había concedido–, las bragas sin duda ya estaban lo suficientemente secas para resultar soportables o la niña ya se había olvidado de ellas, y el momento propicio quedó atrás.

Willow se portó como un bebé modelo; el doctor Spock habría estado orgulloso de ella, de mí. Nunca había querido a mis criaturas como las quise aquel día.

Cuando Nathan se marchó intentamos retomar el hilo en el punto donde habíamos quedado antes de su intromisión, pero ya era demasiado tarde. Habían reafiorado las inhibiciones y, sin la ayuda de algunas piedras de nuestro pasado común que nos permitieran cruzar el fangoso arroyo de nuestro presente saltando de una a otra, nos encontramos varadas en orillas opuestas, condenadas a mover eternamente la boca modulando nuestras obviedades sin poder gozar de una clara recepción.

Embotadas y derrotadas, salimos a dar un paseo, dolorosamente aisladas la una de la otra. El sol lucía brillante, intensificando nuestra soledad, y arrojaba largas sombras que desdibujaban continuamente las imágenes de las niñas, que parecían viejas fotografías color sepia. Joy quería ir a la playa y desnudarse, pero yo, demasiado asustada, le pedí que me llevara a ver los paseos.

–Pues has cambiado –dijo ella–. Tú eras la que solía adorar el sol. Recuerdo que cuando teníamos guardias de noche en segundo curso dormías en bikini en el tejado, aunque solo asomara a medias el sol.

Y entonces yo cambié de tema, temerosa de que, si avanzábamos sobre esas piedras, pudiéramos llegar a hablar sinceramente del presente otra vez. Ya se había hecho demasiado tarde; la semana siguiente, tal vez.

En las tiendas de antigüedades había cosas preciosas, pero

prohibitivamente caras. Vimos una casita de muñecas de madera con unos mueblecitos diminutos perfectos que Rainbow se habría llevado encantada a casa y un brazalete de marfil tallado a la medida para el grueso bracito de Willow. Pero salí con las manos vacías y empecé a pensar en el regreso. La semana anterior habíamos vuelto demasiado tarde, las criaturas estaban demasiado cansadas y esta vez tenía intención de coger un tren que partiera más temprano.

Joy no quería que nos fuéramos y advertí que se estaba preguntando cómo podríamos recuperar ese momento de intimidad que había mitigado nuestra mutua sensación de pérdida y de dolor. Pero también ella sabía que ya se había hecho demasiado tarde y después de tomar una rápida taza de té nos llevó en coche a la estación. Nos dimos un breve abrazo, muy fuerte, y nuestros adioses fueron casi formales después. Le eché la culpa a Nathan; probablemente ella también lo culpó. Entonces Rainbow nos sorprendió a las dos dándole un gran abrazo a Joy y vi los brazos de Joy rodeando su cuerpo y apretándola con fuerza. Su gesto fue demasiado rápido para mí; solo pude observarla alarmada.

Ya en el tren y cuando empezó a moverse, cogí en brazos a Rainbow y la estreché con fuerza, como había hecho Joy, para averiguar exactamente qué podía haber notado, pero la niña era toda suavidad, no había nada de masculino en ese tierno cuerpo dúctil. Y después seguí estrechándola varios segundos más de lo necesario, simplemente porque la quería y era tan agradable tenerla apretada muy cerca de mi corazón, donde pensaba que debía estar.

Mi felicidad se evaporó al cerrar la puerta del lavabo. Cuando salimos éramos gente corriente. Nadie miró a los niños, ni nos sonrió, ni nos abrió las puertas. Éramos simplemente las tres cuartas partes de una unidad familiar nuclear que volvía a la célula familiar nuclear, donde nos esperaba la otra cuarta parte.

XXIII



Tuvimos otras seis semanas de felicidad. La resplandeciente cesura luminosa del lunes impregnaba el resto de la semana y yo era feliz con mis expectativas, realidades y recuerdos como raras veces lo había sido en mi vida. Estaba radiante y observé cómo David se iba relajando progresivamente hasta la autocomplacencia ante mis propios ojos. Yo no quería que pasaran los días; cada uno había llegado a constituir un hito importante: el tercer día para el recuerdo, el cuarto para la expectación; así me movía como un péndulo entre mis lunes, como fantasmal yoyó sin una mano que lo dirigiera.

Creo recordar cada instante de esos cuarenta y dos días. Vi varias veces a Jack, nunca con premeditación, sino por una feliz coincidencia. Resultaba tan fácil hablar con él, era tan cariñoso y divertido, tan curioso. En medio de una charla intrascendente, de pronto decía:

—Jodie, cuéntame algo que te haya hecho reír.

Y le hablé de esa vez en que cuatro estudiantes de enfermería fuimos a ver *Adelante, enfermera*. Nos reíamos muy fuerte, sobre todo con los chistes directamente relacionados con la profesión, y una señora de la fila de delante se volvió a mirarnos y dijo: «Si no les importa, yo he venido para ver la película», y yo le respondí: «En ese caso, señora, debería mirar para el otro lado», y entonces fue como cuando a una le entran ganas de reír en la iglesia, simplemente no podíamos parar.

O él me preguntaba:

—¿Cuál ha sido tu momento más embarazoso?

Y yo le conté cómo me descubrieron robando en Pricerite. Acababa de quedarme embarazada de Matthew y robé una lata de sardinas y un concentrado de limón en envase de plástico. David y yo subsistíamos con dos libras y dieciséis chelines a la semana, que era lo que yo cobraba por la baja de enfermedad, pues acababa de tener una bronquitis. Cuando fui al juzgado al día siguiente, el juez era un hombre amable y considerado que se compadeció de mí y así me lo dijo. Me absolvió con condiciones y me dio dos libras de la colecta para los pobres. También obró inteligentemente,

porque no volví a hacerlo nunca más.

O bien me preguntaba:

—¿Tu momento más triste, Jodie?

Y yo le respondí que fue el funeral de mi madre, el preciso momento en que arrojé sobre su ataúd las rosas que había cogido esa mañana en su jardín y cayeron con un sonido sordo, y después empezaron a tirar paletadas de tierra y las rosas quedaron cubiertas y yo habría querido gritarle: «¿Por qué no me dejaste conocerte, acercarme a ti, por qué no me permitiste quererte? ¿Por qué eras tan hermosa y tan lejana? ¿Cómo puedes irte sin que haya podido saludarte?», y sentí una horrible frustración. Pero lo que más me dolió fue que algunas personas presentes en el funeral ni siquiera sabían que tenía una hija y pensaron que seguramente yo era una sobrina o una antigua *au pair*. Algunas de las caras inexpresivas que se volvieron a mirarme parecían auténticamente perplejas.

Jack tenía una manera de sonsacarme las cosas con sus preguntas a bocajarro que habría parecido ridícula cualquier reticencia por mi parte, como si diera demasiada importancia a sus ganas de ir al grano. Nunca intentaba compadecerse de mí, siempre replicaba con una pequeña broma y eso me gustaba.

Hacia el final de las seis semanas, hasta me sorprendí buscándolo algunas veces, intentando localizar su cara afilada y su lacio pelo negro y sus hombros encorvados.

Pero Jack se movía en la periferia, mi verdadero centro focal eran Brighton y Joy y Willow y Rainbow.

Joy y yo recuperamos nuestra intimidad, pero muy raras veces hablábamos de David y de Nathan. Era como si después de aquella primera ocasión en que nos confesamos nuestros sentimientos hubiéramos dado un paso atrás, temerosas de repetirlo, pues cada vez que lo decíamos en voz alta adquiría mayor realidad. Pero el conocimiento recíproco de nuestra situación se manifestaba de muchas otras formas, nuestro afecto y el interés que sentíamos la una por la otra ya no dependían únicamente del pasado.

No tenía prisa. Una infinidad de lunes se extendían ante mí, al menos hasta el otoño. Solo estábamos en agosto y, quizá cuando empezaran a caer las hojas y nos pusiéramos un jerséi por primera vez, el momento sería más

oportuno para hablar de nuestras penas, pues ya no tenía la menor duda de que se lo contaría a Joy, solo era cuestión de decidir cuándo.

Al principio, todavía me preocupaba por pequeñeces. Joy quería ayudarme demasiado a menudo a cambiar los pañales y a llevar a Rainbow al váter, pero al fin conseguí hacerle comprender que las niñas eran muy tímidas y que realmente sería preferible que no me ayudara; finalmente lo aceptó y yo empecé a sentirme muy relajada y confiada.

El sexto lunes, la octava vez que llevaba a las niñas allí, estaba más feliz que nunca, si la felicidad puede admitir comparaciones. Ahora Rainbow adoraba sus vestidos y parecía gustarle tanto como a mí ir a Brighton. Había resuelto el problema de desnudarlas en la playa con la excusa de una piel muy blanca, ligeramente desmentida por la facilidad con que la cara y los brazos y las piernas de Rainbow adquirieron un moreno dorado como la miel. Joy y yo también nos pusimos muy morenas e incluso Willow estaba sonrosada y llena de color.

Ese día concreto volvimos andando al piso, arrastrando con nosotras una estela de felicidad junto con el cubo y la pala y los guijarros cuidadosamente recogidos en la playa, canturreando trozos de canciones pop y riéndonos de Rainbow, que intentaba atrapar su sombra. Cuando llegamos, Nathan se nos había adelantado, pero ni siquiera él consiguió desanimarnos, aunque a estas alturas me inspiraba verdadera antipatía y desconfianza. Un par de semanas antes había intentado llamar a Joy entre semana, solo para charlar un poco, pero el número que marqué, copiado del número que figuraba en la extensión del baño, correspondía a una línea fuera de servicio. En aquel momento me indigné, pero no se lo dije a Joy porque pensé que se sentiría cohibida. Ya tendríamos tiempo de hablar también de eso. Tomamos el té y después, cuando empecé a recoger mis cosas, Nathan me dijo que él me acompañaría a la estación porque Joy parecía un poco cansada. En realidad, se la veía estupendamente y en forma, pero no quisimos discutir con él. Nunca lo hacíamos.

Rainbow quiso ir al lavabo justo antes de partir y después el tráfico estaba muy mal y llegamos con el tiempo muy justo. Sin despedirme siquiera de Nathan, eché a correr hacia el tren con Willow en la sillita y Rainbow trotando detrás agarrada a mi falda.

Llegamos al andén cuando el tren ya se alejaba, pero estaba tan contenta que incluso eso me pareció un contratiempo sin importancia. Fui a comprar una revista para mí y un tebeo para niñas para Rainbow, y después entramos en el bar a matar el tiempo hasta el tren siguiente. Algo me impulsó a mirar hacia la entrada de la estación y vi a Nathan, que entraba en una cabina telefónica. Eso me sorprendió; ni siquiera sabía que había bajado del coche. Parecía tener un aire un poco culpable y recuerdo que creí que probablemente tenía una amante y la estaría llamando para quedar. Pensé que ojalá no me hubiera visto y que no se sintiera obligado a acercarse a darme charla, porque estaba muy contenta de poder pasar otra hora en compañía de mis hijas. Cuando estaba con ellas andaba derecha y erguida, sin ocultar la cara bajo el pelo, y tampoco me sentaba en los rincones, de espaldas a la sala. Nos sentamos en la mejor mesa, donde pudiera vernos todo el mundo. Sabía que componíamos un bonito cuadro, las tres chicas, y la gente siempre nos miraba, incluso cuando no quería que se notara.

Le leí el tebeo a Rainbow, infinitamente paciente, estrechándola contra mí. Willow se quedó dormida con su vestido plisado ribeteado de encajes que le colgaban muy por debajo de los pies, lo que le daba un aire de recatada doncella preparada para el sacrificio, con la cabeza caída sobre el pecho. En esa posición no se notaba su fealdad, así que no la toqué; hacía ya tanto tiempo que me era mucho más fácil amar su imagen que amar su realidad... Tomé otra taza de café y Rainbow se acabó la leche y después leímos de nuevo el tebeo. Todavía teníamos que esperar un rato, y hurgué en mi bolso en busca del paquetito envuelto en papel de seda con mis tijeritas, en vista de que Rainbow empezaba a impacientarse. Se las enseñé y me las cogió de la mano y las sujetó en su manecita y de pronto parecieron mucho más grandes. Las contempló con una sonrisa, no podía despegar los ojos de ellas y yo volví a oler la hierba en llamas y oí el ruido del tren y me alegró verla con ellas en la mano, esa hija tan deseada y su legado. Se negó a devolvérmelas y eso me pareció un buen augurio.

Y entonces llegó el tren y subimos y nos sentamos, no demasiado cerca del lavabo, esperando que arrancara.

XXIV



Era un tren posterior al que tomábamos habitualmente e iba muy lleno, lo cual me alarmó un poco. El Brighton debía de jugar un partido fuera de casa en Londres esa noche, aunque solo estábamos en agosto, porque un montón de jóvenes seguidores del equipo de fútbol invadían los pasillos. Siempre había pensado que los partidos de fútbol se celebraban los sábados y no comprendía qué hacían aquel día en el tren y entonces tuve de pronto la extraña sensación de que había confundido los días y a lo mejor en realidad era sábado.

Había algunas personas ya maduras, algo arregladas, y saltaba a la vista que iban a pasar una velada en la ciudad, probablemente para ver una farsa de Brian Rix. La pareja que tenía sentada delante se dio un ligero codazo y sonrieron a las niñas y después dos mujeres las vieron desde el otro lado del pasillo y profirieron unos cuantos ohs y ahs.

Les sonreí amablemente, con benevolencia, como recibiendo pleitesía de mis súbditos plebeyos. Éramos las reinas del mundo.

Entonces uno de los jóvenes aficionados reparó en Rainbow y se agachó a charlar con ella y su cara recuperó una expresión muy juvenil y vulnerable. En realidad no sabía qué decirle, de modo que se limitó a mirarla y sonreír y sonreír y ella le devolvió la mirada sonriendo y sonriendo. Después el chico se volvió hacia mí y dijo:

—Mi mamá quería niñas. Lo intentó varias veces. Cinco chicos. Usted ha tenido suerte.

—Sí —respondí dulcemente—. He tenido suerte. Pero seguro que ahora tu madre está orgullosa de ti.

Él hizo un gesto de negación y luego dijo:

—Mi padre está contento. Así ha podido llevarnos al fútbol. Dice que uno de nosotros acabará convirtiéndose en un marica y que a mi madre le estará bien empleado.

Se rió y a mí me habría gustado acariciarle la cara.

Entonces se acercaron sus compañeros y el chico se levantó cohibido,

pero continuó mirando a Rainbow y, cuando algunos empezaron a ponerse insolentes, les dijo:

–Más respeto. Hay críos delante. Niñas. –Y lo dijo con tan espontánea autoridad que todos se quedaron quietos y callados.

Hojeé mi revista, repentinamente temerosa de encontrar las miradas de la gente y preguntándome hasta cuándo podría retrasar nuestra visita al lavabo. El tren llevaba las luces encendidas y el violáceo atardecer veraniego resultaba oscuro y casi siniestro por contraste. El muchacho continuaba de pie a nuestro lado; protegiéndonos de las palabras groseras y las payasadas de los demás chicos. Sentí un enorme cariño por él y pensé que su mamá se enorgullecería de él algún día.

Ya no podía entretenerme más, conque recogí nuestras cosas y me levanté para salir. Cuando le expliqué que tenía que llevarlas al lavabo y cambiar a Willow, el chico dijo que nos acompañaría, que me ayudaría a llevar las bolsas. Sentí una punzada de temor que había llegado a ser desconocida para mí, pero conseguí decirle:

–Mira, si de verdad quieres ayudarnos, ¿por qué no nos guardas el sitio? Puedes sentarte en uno de nuestros asientos para que no se enfríe. –Y le sonreí.

–Sí, claro. De acuerdo. Así lo haré. Las veré luego.

–Hasta pronto –respondí, segura de que no volvería a verlo.

Y luego ya estábamos encerradas otra vez en el lavabo y rehíce el proceso a la inversa, transformando mis mariposas nuevamente en crisálidas. Primero cambié a Rainbow, pues Willow todavía dormía, y la niña me ayudó, levantando los bracitos y quitándose las bragas y enfundándose los calzoncillos y el mono y una camiseta y reapareció Matthew apretando todavía con fuerza las tijeritas en la mano. Cuando intenté quitárselas dijo:

–No, mamá; no, mamá.

Y se las dejé un ratito más. Después le tocó a Willow. Cambiarle la ropa a ella era mucho más difícil porque era demasiado pequeña para ayudarme y el espacio era muy reducido. Se echó a llorar en cuanto empecé y cuando terminé estaba berreando verdaderamente a gritos y maldije los Ferrocarriles Británicos por no tener un lugar para que las madres pudieran cambiar a sus bebés.

Una vez, cuando Matthew tenía la edad de Orlando, cogí el tren con él para ir a visitar a mi abuela en Salisbury y, sin pensarlo demasiado, lo cambié en el vagón. Solo había otra persona en el compartimento, un hombre bastante joven, y sin decirle nada me limité a hacer mi tarea. Y Matthew se había ensuciado el pañal y el hombre se levantó de un brinco y me dijo que era repugnante y yo una desconsiderada y que había pagado su dinero para subir al tren y que si hubiera querido viajar en un lavabo ya se habría sentado allí directamente y salió dando un portazo. Recuerdo que me puse muy colorada, porque comprendí que lo que había hecho no estaba bien, pero era incapaz de disculparme después de su estallido, y luego el hombre volvió porque se había dejado el paraguas y yo no sabía qué hacer con las manos y le clavé un imperdible en la barriga al pobre Matthew.

Por fin, Willow volvió a ser Orlando y continuaba berreando, más o menos como Matthew en aquel otro tren. Hice desfilas a todo el grupo por la puerta del lavabo y nos dirigimos a la parte delantera del tren, alejándonos del chico que me guardaba el asiento y de su ternura, avanzando entre todas las caras inexpresivas de los viajeros habituales. No había ningún asiento libre en ninguna parte y todos los hombres que nos veían avanzar, tambaleándonos y tropezando con las cosas, se limitaban a levantar un poco el diario y se hacían los distraídos.

Al fin tuve que darle de comer a Orlando apoyada contra el extremo de un asiento, contenta de llevar un biberón y no verme obligada a descubrirme un pecho delante de todos esos periódicos. Cómo había cambiado; no hacía demasiado tiempo los habría escandalizado muy satisfecha, como había hecho en el primer viaje a Brighton.

Finalmente, una mujer ya mayor vio lo que estaba haciendo y se levantó de su asiento exclamando al mismo tiempo en voz muy alta:

–Oh, pobre criatura, no puedes darle el biberón al niño de esta forma. Siéntate aquí, por favor. Dicen que los jóvenes no tienen modales, pero se equivocan. Todos estos viejos tampoco tienen modales. El caso es que llevan tanto tiempo diciendo eso de los jóvenes que no han notado que entretanto estos se han vuelto viejos. Qué vergüenza.

Fue un estallido de indignación sorprendente en una señora tan gris e insignificante; chaqueta gris, vestido gris, cara gris, pelo gris. Los diarios se

levantaron un poco más y se acercaron todavía más a la cara de los hombres. Ni una sola persona dio muestras de haberla oído. Le di las gracias, me instalé en su asiento y terminé de darle el biberón a Orlando, que ahora estaba saciado de leche y soñoliento y tranquilo y pesaba mucho.

Mientras tanto, ya nos habíamos adentrado por completo en los suburbios y estábamos muy cerca de la estación Victoria; Matthew parecía a punto de dormirse apoyado en la señora gris, que parecía orgullosa de merecer su confianza, y Orlando estaba sumido en un estupor, muy satisfecho con su barriguita llena.

Había llegado el momento de fumar un cigarrillo. Con Orlando apoyado en el hueco de uno de mis brazos, encendí el cigarrillo con la otra mano y me recosté en el asiento, sintiéndome repentinamente muy cansada.

Había sido un día agradable.

Debí de quedarme dormida de verdad, porque de pronto la señora gris me retiró el cigarrillo de la mano, muy suavemente, y Orlando gritaba porque le había quemado el dorso de su confiada manecita. Segundos antes de despertar pensé que tenía una pesadilla y que había soñado que viajaba en un tren lleno de gente y había quemado a un niño, solo que no era mi hijo, sino el niño de otra persona. Y entonces me desperté y me encontré inmersa en una pesadilla y varios rostros se volvieron a mirarme pálidamente acusadores mientras entrábamos en la estación Victoria.

Tranquilité a Orlando, le chupé la mano y lo abracé con fuerza. Matthew se recostó fuertemente contra mí, como a veces hacía cuando quería que me enterara de que me quería hiciera yo lo que hiciera. Lo rodeé con el brazo que no tenía ocupado sujetando a Orlando y volvimos a encontrarnos los tres firmemente abrazados, unidos contra el mundo. Y al estrecharlos así contra mí sentí un enorme cariño por ellos, una mezcla de ternura y pasión y dolor que me dio fuerzas para bajar del tren y volver a casa, con la firme convicción de que los querría todos los días de la semana que no fueran lunes. Quizá. Fuimos casi los últimos en apearnos y el andén estaba muy lleno de gente. La mayoría de las caras parecían mirar en sentido contrario a la barrera, hacia la otra punta del tren, y yo también volví la cabeza para ver qué miraban. Lo único que vi fueron más caras vueltas hacia mí. Entonces me arrastró una corriente de gente en movimiento. Me pregunté qué estaría

pasando, pero me sentía demasiado bien apuntalada por el destello de esperanza que había vislumbrado antes de bajar del tren y no tenía excesiva curiosidad. Ahora todo parecía posible, incluso para la madre de unos hijos.

Al acercarme a la barrera donde controlaban los billetes, empujando a Orlando flanqueado por las bolsas y sujetando con fuerza la mano de Matthew, vi una ambulancia que esperaba con la luz azul todavía girando. Volví de nuevo la mirada, incapaz de resistir la curiosidad, para ver quién había caído enfermo. Entonces caí en la cuenta de que probablemente fuesen los seguidores del equipo de fútbol. Quizá alguno había hecho una tontería. Rogué que no fuera el muchacho que había quedado tan seducido por Rainbow. Cogí a Matthew en brazos para enseñarle la ambulancia y su carita se iluminó. Era un verdadero acontecimiento para él. Los coches de bomberos, los coches patrulla y las ambulancias ocupaban lugares equivalentes en su corazón, pero ver una ambulancia tan de cerca sería un auténtico regalo para él.

Luego tuve que bajarlo porque había demasiada gente y tenía que empujar a Orlando al mismo tiempo, pero le prometí que enseguida nos acercaríamos más. Saqué el billete. La gente que ya había cruzado la barrera se volvía a mirar a los demás y la luz giratoria dibujaba figuras azules en su rostro.

–Ya casi hemos llegado –le dije a Matthew, y entonces me agaché, porque acababa de recordar que todavía tenía mis tijeras, pero se negó a soltarlas, y se las dejé. Ya las recuperaría cuando se durmiera.

Cada vez estábamos más cerca. Extendí la mano enseñando el billete y tropecé con algo. Manos amables me ayudaron a levantarme y de pronto me encontré mirando cara a cara a David y al doctor McCoy y los dos me sonreían. Volví la cabeza una vez más y ante mí apareció el muchacho del tren, y estaba llorando, y luego los empleados de la ambulancia me condujeron hacia la luz azul y alguien apartó a los niños de mi lado, y sus gritos todavía resuenan a través de mis noches.

Las puertas se cerraron de golpe y se apagaron las luces y yo era la persona que se llevaban. Y nadie había dicho ni una palabra. Y mis niños gritando.

XXV



Eso ocurrió hace casi cinco meses. No me han dejado volver a ver a mis hijos.

Me condujeron hasta un lugar de las afueras de Londres en mitad de esa noche de verano. Allí me desnudaron, me quitaron todas mis cosas, me vistieron con un camisón que no se abrochaba y me encerraron sola en una habitación. Todavía nadie me había hablado. Una enfermera entró a ponerme una inyección, también en completo silencio, y empecé a pensar que me estaba volviendo loca. Y entonces noté el olor del paraldehído y cuando recuperé el conocimiento era una hora avanzada del día siguiente y me sentía mareada y confundida, y todavía estaba sola.

Después me trasladaron a una enorme sala y me señalaron una cama junto a la mesa de la enfermera. Todo con signos, como si fuera sordomuda.

Continuaba el silencio. Me dormí y cuando desperté me encontré rodeada de caras que me miraban. Una mujer me llamó degenerada. Creo que otra me escupió, pero quizá era vieja y no tenía dientes.

Al día siguiente me trasladaron a otro hospital, en Muswell Hill. El camillero que viajó conmigo en el furgón de la ambulancia me pareció el hombre más simpático que había conocido en mi vida y en sus brazos protectores lloré por primera vez.

Él se limitó a abrazarme y me dejó llorar y tampoco me habló, excepto para decir:

–Tranquila, muchacha, tranquila, todo saldrá bien, aquí te cuidarán; llora, muchacha, ahora que puedes hacerlo.

Cuando me dejaron en el hospital oí que le comentaba al conductor:

–Si ella está loca, yo soy marica.

El aturdimiento me permitió soportar los primeros días.

Pero continuaba el silencio. Me servían las comidas en una bandeja, aplastaban las pastillas y me las metían en la boca con una cuchara, me tomaban la temperatura, regaban las flores –que no eran mías–, me hacían la cama. Ni una palabra.

Mi sensación de pérdida era pasmosa; como si mis hijos hubieran muerto. Pasaron cuatro días hasta que vi a un médico. Sin embargo, alguien me había recetado las pastillas. ¿Cómo, sin hablar conmigo?

A veces descubría un ojo que me miraba a través de la ventanita circular de la puerta y cuando el médico entró a verme la ventanita parecía estar llena de ojos. Era un hombre de mediana edad, exuberante, sano, alegre; eso acentuó mi sensación de aislamiento.

No podíamos comunicarnos en ningún nivel y después de la primera visita dejó de intentarlo. Pensaba que yo debía dejar de portarme como una niña tonta y adoptar una actitud adulta.

Los demás internos me trataban con cautela y respeto, como si pudiera ser peligrosa. Sedada hasta perder la sensibilidad, pasaba la mayor parte del tiempo durmiendo.

El verano dio paso al otoño; el tiempo lloraba muy en consonancia con mi estado de ánimo. Añoraba dolorosamente a mis hijos, sufría anhelando sus cuerpos calientes, lloraba por su felicidad.

Y cuando empezó a llover en serio se acabaron las lágrimas, me quedé aturdida otra vez. Tenía miedo de hablar, me quedé muda. Hacía bandejas y pantallas para lámparas; dormía, comía, caminaba, me movía. Pero nada más. Tal vez era suficiente.

Pasados dos meses oí llamar a mi puerta y una enfermera dijo:

–Una visita para usted, señora Armitage.

No me volví; ya habían cometido el mismo error otras veces, pues había otra señora Armitage. Entonces una mano se posó en mi brazo, un pelo lacio rozó el mío. Jack.

Habló él; yo ahora guardaba silencio. Otra llamada a la puerta. Una carta. David.

Se había ido de Londres con los chicos y un ama de llaves. Era mejor que yo no supiera la dirección. Estaban muy bien. No me echaban de menos. Volvería a escribir cuando estuvieran más instalados.

Jack leyó la carta y mientras tanto se acariciaba la nuca con una mano. Después se fijó en las cicatrices circulares y encendidas en el dorso de mis manos.

–¿Un cigarrillo?

Asentí.

Él me cogió la mano.

—Ahora no. Jodie. Todavía no. Pero, cuando quieras hablar, ¿hablarás conmigo? Deja que sea yo quien te escuche.

Me encogí de hombros. Él no se fue.

Me contó cuánto le había costado averiguar dónde estaba. Al principio, David no quería decir nada, dijo que yo estaba loca, encerrada en el lugar que me correspondía. Jack insistió; día tras día, lo llamó por teléfono, fue a verlo. Poco a poco fue averiguando retazos sueltos de lo ocurrido.

Había sido Nathan, evidentemente, que no estaba llamando a una amante ni mucho menos. Le dijo a David que yo había perdido el tren, que llegaría tarde y que las niñas parecían cansadas. Nada más que eso. David se quitó triunfalmente su guante de terciopelo. Me había pillado.

Jack fue dándome esa información poco a poco. Visitas diarias. Un día una frase, en medio de su conversación sin interlocutor. Nathan no quería decirle a Joy dónde estaba yo. Jack había ido a Brighton. Nathan le había bloqueado la puerta; dijo que Joy estaba enferma. Y encinta. Eso me afectó, se sumó a mis zonas de duelo, pues ahora también había perdido a Joy.

Había zonas de dolor y de pérdida y de remordimientos que no puedo describir, aunque todas me son muy familiares. Una angustia inconcebible. ¿Cómo podía sufrir tanto y no hablar de ello, no articular el dolor? Creo que Jack lo comprendía. No sabía nada de él y él me conocía muy bien en aquellas zonas que no me llenaban de vergüenza, pero también estaba empezando a descubrir las otras.

Venía cada día, me restregaba las manos heladas, me ponía crema sobre los labios inertes, velaba mis ruidosos silencios. Se interesaba por mí.

Navidad. Entró la enfermera, gruesa, atareada, con la sensibilidad de un amante desdeñoso.

—Hoy nada de bandejas, señora Armitage. Ángeles. Necesitamos dos ángeles más. Aquí tiene el papel. La cola. Las lentejuelas. El papel de plata, las tijeras. Y veinte minutos. Dese prisa.

Ni me moví en cinco de esos minutos, con la cabeza paralizada. Luego mis manos cogieron las tijeras, recortaron, doblaron, plegaron el papel, cola, lentejuelas, papel de estaño. Dos angelitos perfectos. Uno más grande que el

otro. Conservé las tijeras en la mano.

Se abrió la puerta y Jack y la enfermera entraron juntos. Jack estaba callado, alerta. La enfermera, ruidosa, sin observar nada.

–Oh, qué manitas tiene. Son preciosos. Tan reales. Cuando los vea el doctor... ¿Cómo se llaman? ¿Quiere que los bauticemos?

Eran más grandes que mis tijeras. Y también más afiladas. Abrí las tijeras, busqué la punta afilada, alegrándome por primera vez de tener las manos tan grandes. Luego hablé por primera vez en muchas semanas.

–La grande es Rainbow y la pequeña, Willow.

Una, dos veces. La punta afilada. Una vez por Rainbow. Dos veces por Willow. Sangre caliente y una verdadera manifestación física del dolor. También lágrimas. Lágrimas frías, lentas; sangre caliente, rápida. La enfermera que agitaba los brazos, apartando los ángeles de la sangre, acercándose a mí.

Jack que la apartaba, abrazándome, protegiéndome, apretando mi muñeca con una mano, mi mejilla con la otra. Tan fuerte como me abrazaba Matthew. Las lágrimas empezaban a calentarse.

La enfermera en retirada, llamando al médico, los infinitos olores del hospital que se colaban por la puerta.

Y Jack, Jack a quien no conocía, abrazándome, abrazándome y repitiendo una y otra vez:

–No es nada, Jodie. Todavía sangras. Todavía estás viva. Yo estoy aquí. Tú estás aquí.

Entonces noté también sus lágrimas y una vez más hizo lo que hacía Matthew, apretó su cara con fuerza contra la mía hasta que no hubo sitio para más lágrimas.

–Cuando estés preparada, Jodie. Todavía no pero, cuando estés preparada, hablaremos. Y recuerda, Jodie, nadie ha muerto nunca de pena. Cuando estés preparada, solo tienes que decírmelo. ¿Jodie?

Asentí con un movimiento de cabeza.

Créditos

Alba **Rara avis**

Título original: *No Mama No*

© Verity Bargate, 1978

© de la traducción: Mireia Bofill y Edhasa

Traducción cedida por Edhasa

© de esta edición: **Alba Editorial, s.l.u.**

Baixada de Sant Miquel, 1 08002 Barcelona

www. albaeditorial.es

Diseño: Pepe Moll de Alba

primera edición: mayo de 2017

Conversión a formato digital: Alba Editorial

ISBN: 978-84-9065-323-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

ALBA

Alba es un sello editorial que desde 1993 ha emprendido una labor de recuperación de literatura clásica (Alba Clásica y Maior), así como de ensayo histórico, literario y memorísticos (Colección Trayectos). Asimismo, merece una especial mención la colección Artes Escénicas, dedicada a la formación de actores y la colección Fuera de Campo conocida por la publicación de textos de formación cinematográfica y literaria en todos sus ámbitos. También destacan sus originales y vistosos libros de cocina, así como sus Guías del escritor destinadas a aficionados y profesionales de la escritura. Por todo ello le fue concedido el Premio Nacional a la Mejor Labor Editorial, 2010. En 2012 ha incorporado a su catálogo dos nuevas colecciones, Contemporánea (dedicada a la ficción de hoy) y Rara Avis (clásicos raros de los siglos XIX y XX).

Consulta www.albaeditorial.es

Alba Editorial, S.L.U.

Baixada de Sant Miquel, 1 bajos

08002 Barcelona

T. 93 415 29 29

info@albaeditorial.es

Notas

¹ Se refiere a alguno de los libros del pediatra estadounidense Benjamin Spock (1903-1998), autor de varios éxitos de ventas sobre el cuidado de niños y recién nacidos. *[N. del E.]*

² Carnicero. *[N. de la T.]*

Table of Contents

[Nota al texto](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[IV](#)

[V](#)

[VI](#)

[VII](#)

[VIII](#)

[IX](#)

[X](#)

[XI](#)

[XII](#)

[XIII](#)

[XIV](#)

[XV](#)

[XVI](#)

[XVII](#)

[XVIII](#)

[XIX](#)

[XX](#)

[XXI](#)

[XXII](#)

[XXIII](#)

[XXIV](#)

[XXV](#)

[Créditos](#)

[ALBA](#)

[Notas](#)